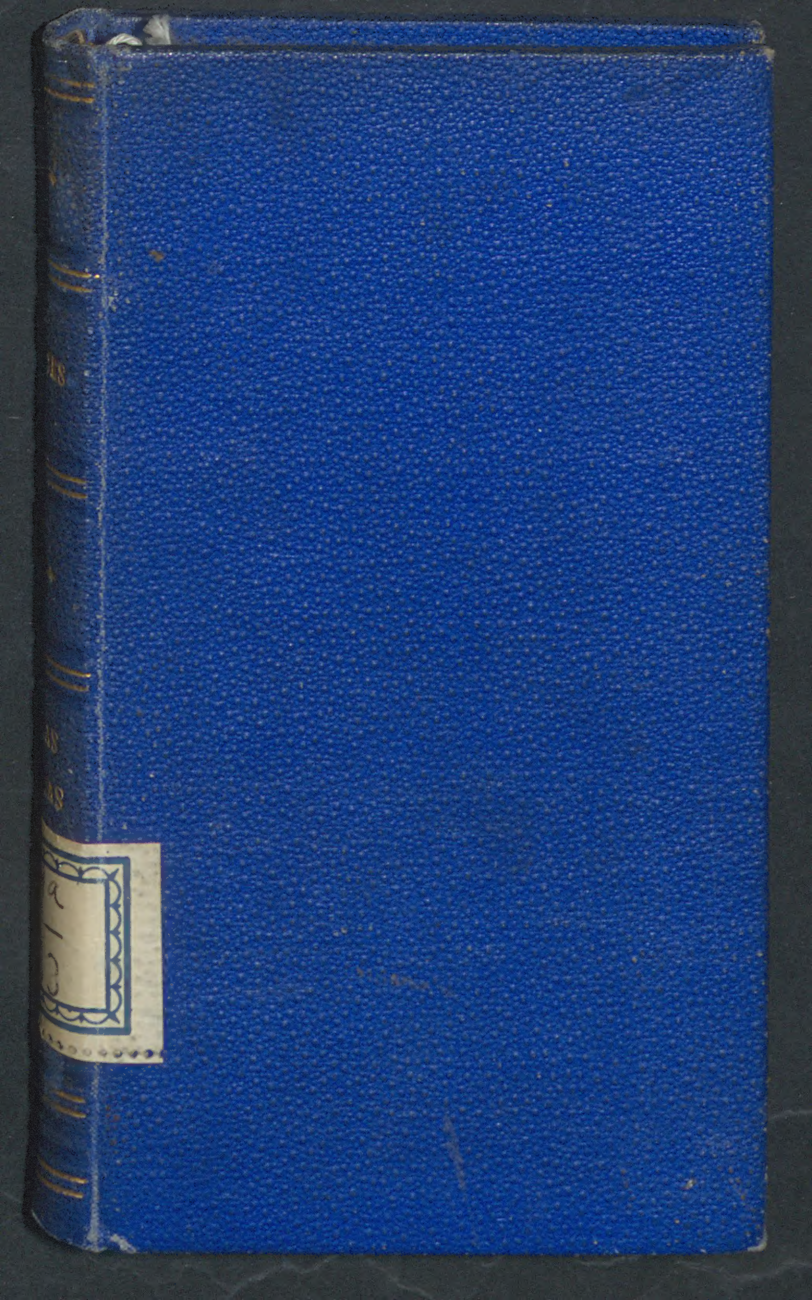
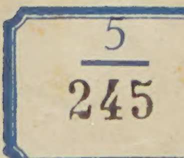
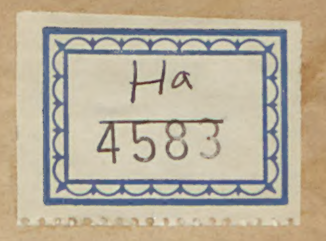



5
245


Ha
4583

FOLLETIN DE «EL UNIVERSAL.»

OBRAS VARIAS

DE

D. ANTONIO GOMEZ AZEVES.



SEVILLA: 1879.
IMPRENTA DE LOS AYUNTAMIENTOS,
SAN ROQUE, 7 Y 13.

LUIS PARDO

I.

El reloj de la Giralda de Sevilla daba las diez de la noche del Domingo 5 de Enero de 1556. El viento rugía en los torreones góticos de la Catedral. La luna ocultaba, de cuando en cuando, su páli do rostro entre nubes cenicientas. Las embravecidas olas del Guadalquivir oíanse á lo léjos. Todo presentaba un melancólico paisage, un cuadro sombrio.

Dos caballeros, lujosamente vestidos, paseaban por «Gradas,» desde la puerta de San Miguel á la [Principal, cerrada

con rejas. Tristes y pensativos recostábanse, á menudo, contra los muros, y mirando al cielo, hablaban bajo.

—¿La has visto esta tarde, Alvaro, en la Parroquia de San Vicente? le preguntó uno de ellos al otro.

—No, no la he visto, Rodrigo. Tal vez, como acostumbra á menudo, haya ido á ver á su nodriza, á su casa, calle del «Peso de la harina.» (1)

—¡Ingrata! ha burlado mi pasion ardiente y leal. Me ha vendido, Alvaro. Por ella hubiera entregado, gustoso, mi hacienda, mi sosiego, mi vida. Mientras yo la amaba con ternura. Mientras yo perdia, hasta el sueño, que no huye ni del lecho del mendigo, su duro corazon nunca jamás latió por mí. ¡Pero escucha: mira! ¿Qué bultos son aquellos, que vienen por la «Punta del Diamante?»

—No sé, Rodrigo. Ahora lo veremos cuando se acerquen más.

(1) Hoy calle de la Luna.

II.

Dos hombres, de aire distinguido, pasan hablando bajo, fronteros á la puerta de San Miguel. Rodrigo y Alvaro, escondidos tras las gruesas columnas romanas del porche, no son vistos por los transeuntes.

—¿Quienes serán? preguntó Rodrigo á Alvaro.

—Si no me engaño, dijo este, juraria, que eran el literato Diego de Giron y el poeta Baltasar del Alcazar

—Y ¿qué llevarán por aquí á estas horas?

—Lo ignoro. Tú que estás más bien enterado que yo en los secretos de Baltasar del Alcazar lo sabrás.

—Pues no lo sé. Esta noche á las «Oraciones,» lo ví en la Parroquia de San Pedro, el Real, siendo, entre otros, padrino de bautismo de un hijo de nuestro amigo Pedro Alonso de Caravallerin.

Despues no lo he visto más. Sigámoslo: sigámoslo. Pero no, no: ¿á qué voy yo á meterme en cuidados agenos? ¡Harto tengo con los mios!

Giron y Alcázar iban diligentes á la rica biblioteca del colegio del Maese Rodrigo, á copiar unas bellísimas traducciones de los versos de Catulo, de Próspero y Juvenal, encontradas por el «divino» Fernando de Herrera, y el erudito y poeta Gerónimo de los Cobos, en uno de sus voluminosos, antiguos «codices.»

III.

—Ya no viene tu page, Rodrigo. ¿A qué lo esperamos más? Vámonos.

—No, no. Deja que dén las once, y entónces nos marcharemos.

No bien D. Rodrigo habia pronunciado estas últimas palabras, cuando divisaron á lo léjos un bulto negro subiendo las «Gradas» por cerca de la «Punta del diamante.»

—¡Aquél es mi page: aquél es! exclamó D. Rodrigo. Como buen criado, ha venido á la cita.

IV.

El page llega, y quitándose el chamberguillo de terciopelo azul, dice:

—Señor: ya estoy aquí á vuestras órdenes, despues de haber cumplido la espinosa comision que me disteis, con la mayor diligencia y exactitud.

—Pues cuéntame, Rafael, cuéntame.

—Señor: antes de las «Animas» ya estaba yo apostado con mi daga en la mano, en la esquina de la antigua calle de la «Zapatería del Rey,» hoy de «Pedro del Alcázar,» que mira al Convento Religiosas de las «Dueñas;» (1) para ver cuando pasaba por allí Luis Pardo, vuestro rival. Más de dos horas lo estuve esperando, al cabo de las cuales, lo ví cru-

(1) Despedazado por la furiosa é impía Junta revolucionaria de 1868.

zar, viniendo de hácia el barrio de San Martin. La sangre hirvió dentro de mis venas: porque como buen criado que soy vuestro: «Quién ofende á mi amo, me ofende á mí.»

—Gracias, Rafael, gracias, interrumpió D. Rodrigo.

—Entra, prosiguió el page, sin reparar en mí, por la calle de la Zapatería del Rey, en una de cuyas esquinas, como ya he dicho, me encontraba yó. Caminaba como loco, iba como ciego, cantando al son de una pequeña, pero bien encordada lira, la trova siguiente:

Giomar, lirio del valle:
Sal á la ventana, sal:
Y escuchará en mi lira
Xácara sentimental.
Del Bétis en las praderas,
No crece tan linda rosa
Ni clavel tan perfumado,
Como tú, Giomar hermosa.
Olvida al nécio Rodrigo:
Que es orgulloso galan:
Amame á mí por tu vida:
Que te quiero con afan.

Conmigo tendrás ventura,
Con él amargo dolor:
¡Cuan dichosa es la muger;
Qué la adora un trovador!

—¡Malandrin! exclamó D. Rodrigo, interrumpiendo á su page: ya verá, lo que le espera, con sus pretensiones y sus trovas. Voy á desafiarlo. Es necesario que el ó yo muera: que él ó yo quede vivo sobre la tierra. Juntos ni separa dos cabemos en ella! Guiomar, perversa Guiomar, tus volubles caprichos van á encharcar de sangre los marmóreos umbrales de la casa donde habitas. ¡Ay, ingrata :quien te hubiera conocido, antes de ahora, para haebrte despreeiado, c... mereces!

V.

El reloj de la Giralda dió las ... Los dos amigos y el pago se pusieron en marcha.

—¿A donde vamos? le preguntó Alvaro á Rodrigo.

—A San Vicente, á la «Casa del Lagarto.» (1)

—¿Para qué?

—Allá lo verás.

—Pues vamos.

VI.

En efecto, los tres llegaron despues de andar muchas plazas y calles, á los piés de los muros de la «Casa del Lagarto.» Un profundo silencio reinaba en sus alrededores solitarios. Sus puertas y sus ventanas cerradas, indicaban que sus amos dormian en mullidos lechos. Solamente los ladridos de los mastines que la guardaban, el lamentar de los buhos de sus torreones, las pisadas de los caballos y las campanillas de las mulas de

(1) Llamada así desde el tiempo de la Conquista de San Fernando.

sus cuadras rompian aquella calma sepulcral.

Por entre las enmohecidas rejas de una ventana alta, sale una blanca mano, y arroja á la calle un papel. Era la de la hermosa Guiomar que, engañada, tiraba una carta á Luis Pardo, creyendo que D. Rodrigo era aquel ilustre poeta, su nuevo amante.

El rival de Luis Pardo tomóla del suelo, y encendiendo su linterna leyó así:

«Mi querido Luis: Esta noche á las tres, aunque mi señor padre está peor de su crónico padecimiento de gota, ven y hablaremos. Cuando veas á Rodrigo, el presumido, no le hagas caso. Es un jóven chocante por su orgullo y su pedantería. Yo no quiero á nadie más que á tí. Aunque mis padres me forzaran á casarme con Rodrigo, no lo conseguirian; pues el mundo es muy grande, para que en nuestra segura huida nos pudieran encontrar. Los bosques, las colinas, los valles, las selvas nos esperarian ansiosas para ocultarnos entre sus espesos ramajes, ó el estendido Occeano nos da-

ria refugio entre sus olas y sus espumas.

Adios hasta las tres, y cree en el tierno cariño y el vehemente amor de tu Guiomar.»

VII.

A la lectura de este fatal billete, don Rodrigo desemblantado y frenético, como un loco, queria, con sus ojos de fuego, disimular algun tanto la honda turbacion de su ánimo; pero bien se traslucía el fiero estado que en aquellos amarguísimos momentos estaba su corazon. ¿Quien no los ha pasado alguna vez en su vida? ¿Quien no ha sentido los mismos dolores? ¿Quien, en fin, no ha sufrido estos agudos, durísimos tormentos? Nadie, nadie.

—Huyamos, dijo D. Rodrigo, de estos tristes lugares, cuyos ámbitos me ahogan y me consumen. Vamos á respirar la blanda brisa de las orillas del

Guadalquivir, que aunque embravecidas nos daran el consuelo y la calma, que necesito. Huyamos, huyamos. Pero nó, no: vámonos á mi Jardin de la Puerta de Córdoba, donde acabaromos de pasar esta noche amarga, esta noche cruel.

Todos pusiéronse en marcha. Ya habian atravesado las collaciones de San Lorenzo, San Martin, San Juan Bautista, vulgo de la «Palma,» cuando al ir, en la de San Márcos, á entrar por la calle de Raspaviejas, oyen suspiros quejumbrosos de muger que salian por una ventana baja de una de sus primeras casas.

—Alvaro: parémonos y veamos la causa de esos profundos sollozos.

No bien Don Rodrigo acabó de decir estas palabras, cuando Don Alvaro, tomando el grueso aldabon de la puerta, dió á ella cuatro fuertes golpes. De repente callaron los suspiros, y un hondo silencio comenzó á reinar en aquellos contornos, mientras que Don Alvaro seguia llamando. Allá, á lo léjos, dentro de la casa, escuchóse una ronca voz, que preguntaba:

—¿Quién?

—Abrid: contestó Don Alvaro.

Un hombre anciano, de alta estatura, cabellera canosa, color amarillo, embosado en una larga capa de paño pardo, y la cabeza cubierta con un gorro de piél de liebre, vino á abrir.

— Señores, ¿qué quereis? le preguntó con humilde acento.

—Al pasar por esta casa, le dijo Don Alvaro, oimos unos suspiros de muger bastantes fuertes, y picados de la curiosidad, nos hemos atrevido á llamar á su puerta; para saber si en algo pudiéramos consolar á la afligida.

—No es posible, señores, dijo el viejo. Esta es la «casa de las maldades y de los suspiros» A sus umbrales jamás se han acercado las risas, ni las alegrías. Aquí se padece, aquí se sufre, aquí se gime, aquí, en fin, corren rios de amargura, mares de llantos.

Al acabar estas sentidas frases, iba el anciano á cerrar la puerta, cuando Don Rodrigo se lo estorbó, diciéndole:

—No, no cerreis. Vamos, de grado ó por fuerza, á reconocer esta casa miste-

riosa; pues es obligatoria ley de caballeros, como nosotros, socorrer al desvalido y amparar al necesitado.

—Bien: contestó el viejo con enfado.

IV.

Los tres entraron. El viejo, gruñendo entre dientes, cerró la puerta. La más negra oscuridad reinaba en el zaguan, los corredores, el pátio y todas las habitaciones de la casa. El anciano, como gran conocedor del terreno, huyó, sin sentirlo nadie. A tientas andaban con los brazos abiertos. A los pocos momentos vieron salir una luz muy ténue, por la gatera y las rehendijas de una sala baja. Llaman. No responden. Entónces Don Rodrigo, Don Alvaro y el page arrimando sus hombros á los anchos tableros de la puerta, con violento ímpetu la echaron abajo.

IX.

Un cuadro lastimero se presentó á sus ojos. Sentada en un viejo sitial de cedro, á la cabecera del lecho, donde estaba un niño moribundo, veíase á una jóven como de veinte años, de figura bella y delicada, limpiándose las lágrimas con su pañuelo. Sobrecojida con entrada tan brusca y violenta, levantándose, dió un grito de horror, diciendo:

—¡Cielos: qué veo: qué es esto!

—Nada, señora, nada: contestaron los tres á una voz.

—¿Quién os há abierto la puerta de la calle?

—Un viejo; dijo D. Alvaro.

Al acabar D. Alvaro estos brevísimas palabras, levantando las cortinas de la alcoba, se presentó en la sala un «sayon,» vestido de negro y enmascarado.

—Buenas noches, caballeros, les dijo, mirando á los tres y haciendo una corte

sía, humilde reverencia, ¿Quien os ha traido aquí?

—Nadie, nosotros solos: le contestaron.

—¿Pues entónces, por ventura, creeis que es un baldío, cuyas puertas están á la disposicion de á quien se le antoje penetrar por ellas?

—No, contestó Don Rodrigo no. Pero unos tristes, fuertes sollozos que oimos, levantaron en nuestros nobles pecho el áura balsámica de la caridad cristiana y llamamos á la puerta; para cumplir con la ley más dulce, más natural, más santa de los caballeros, cual es la de consolar al afligido y auxiliar al necesitado.

—Eso está muy bien: contestó el «sayon;» pero se consuela y se auxilía de otra manera más digna y decorosa, no allanando una casa y rompiendo las puertas de sus habitaciones.

Yo, continuó, soy tambien caballero, como vosotros, y jamás he cometido tamañas faltas, desmanes semajantes. Es precioso, es necesario respetar las casas, tanto las de los ricos como las de los

pobres, las de los pequeños como las de los grandes. ¡Qué fuera de las naciones, ni del mundo entero, si los domicilios no ocultaran las miserias, las desventuras y los infortunios de los hijos de los hombres! No fueran sagrados. No fueran inallanables!

X.

En esto, oyóse dentro de la casa un atronador vocerio, como de hombres que se pegaban.

—¿Qué algazara es esa? le preguntó D. Rodrigo al «sayon.»

—No os asusteis, señores. «Esta es la casa de los crímenes y de los horrores.» En esta casa se reunen todas las noches los mayores truhanes, los primeros delincuentes de Sevilla. Aquí hay monederos falsos, con sus talleres: jugadores con sus barajas: ladrones con sus puñales y sus ganzuas y contrabandistas con sus ropas y sus tabacos. Por e

juego habrán armado, como acostumbran, la ruidosa zalagarda, que estamos oyendo. No para una noche siquiera, en la que no haya algun herido y algunas hasta muertos Mi mala suerte y la de esta muger desgraciada nos ha traido á vivir entre tanta gentuza, entre ladrones y asesinos. Yo, para que no me conozcan, visto siempre este negro ropon, que, como veis, me sirve tambien de careta; por lo que me llaman el «Bú.»

Al concluir estas palabras, tirándolo al suelo, les dijo.

—Ya me veis al vivo. Ya me veis tal cual voy: tal cual Dios me ha hecho: tal cual la Santa Providencia se ha dignado formarme.

XI.

Un jóven, como de veinticinco años, blanco, con barba y bigotes rubios, de alta, esbelta estatura, de aire caballeresco, de finísimas maneras y lujosa-

mente vestido, hizo olvidar á todos, la repugnante figura del «sayon.»

—¡Caballero, le dijo D. Alvaro, grandes serán vuestras desventuras, cuando habeis venido á parar á esta pocilga de vicios, á este garito de crímenes!

—¡Y tan grandes! contestó el «sayon,» mirando, con ternura, á la dama vertiendo abundantes, encendidas lágrimas.

—¿Quereis contárnoslos? le preguntó D. Rodrigo.

—No tengo dificultad, ni inconveniente alguno.

—Pues vamos á oirlas. Más, ante todo, con vuestro permiso, tomaremos asiento en estos sitiales.

—Con mucho gusto: tomadlos, en buen hora.

—Señores: soy noble. Me llamo Ricardo. A los cuatro dias de venir yo al mundo, en la rica, hermosa ciudad de Mexico, mi madre, jóven todavía, entregó su alma á Dios, de resultas de los dolorosos sufrimientos que habia tenido en el parto. Mi padre quedó viudo, no contando más hijo que yo. Era un alto

magnate, por cuyo motivo mi educacion correspondió á mi clase. A los diez años de edad, mi padre me mandó á París, á una de sus mejores Escuelas, donde sabios maestros me enseñaron las «Buenas letras,» la historia, la geografía y otros varios ramos del saber humano, saliendo de todos ellos con mucha aplicacion y reconocido lucimiento. Antes de mi vuelta á Mexico, mi padre se habia casado, en segundas nupcias, con una riquísima habanera, la cual por su talento y su belleza hizo furor en la capital de Nueva España. A los pocos dias de mi llegada á Mexico, mi padre atacado de una apoplegia fulminante, murió de repente. Yo me quedé viviendo con su jóven viuda. No pasaron cuatro meses, sin que yo conociera, claramente, por sus palabras y sus obras, que mi madre política enamorada de mí, amábame con delirio. No quise, pues, manchar la bue na memoria de mi padre. En aquel tiempo tenia yo relaciones con una rica, hermosa jóven mexicana, la cual pasaba en la sociedad escojida por una de las mugeres más lindas del «Nuevo Mundo.»

Un elevado funcionario español quiso rivalizar conmigo. Matélo en abierto desafío. Entónces recogiendo la rica herencia de mis padres y casándome con mi bella amante, huimos precipitados de Nueva España, para dirigirnos á Sevilla, donde, como veis, en esta infernal retiro, nos encontramos hace ya cuatro años. Mi casamiento y mi ausencia causaron la muerte á mi madre política dejándome en el testamento, que hizo en la Habana, todos sus ricos bienes. Mi jóven esposa es esa muger, que veis allí á la cabecera del lecho, cuidando á nuestro hijo espirante. De sus lábios eran los suspiros y los ayes que oísteis al pasar por la puerta de esta casa. El hombre que nació, para vivir entre caballeros, hoy, huyendo de la Justicia, vive confundido entre gandules. Esta es mi triste historia.

XIII.

Al finalizar el «sayon» estas palabras, se oyó una gran gritería en la sala inmediata.

—¿Qué es eso? ¿Qué produce esa algazara? le preguntaron don Alvaro y don Rodrigo.

—Ahora lo vereis, contestó el «sayon.»

—¿Quereis, dijo D. Alvaro, enseñarnos esta casa misteriosa?

—Sí.

Levantados de sus asientos, saliendo por la puerta de la sala á los corredores, comenzaron, guiados por el «sayon,» á visitar, una por una, todas sus habitaciones.

—Es esta, señores, donde no se siente el más leve ruido, se encuentra el «Tio Faramalla,» y todos los mayores y más diestros rateros de Sevilla, convinando los robos y las estafas, que en cuanto

apunte la Aurora, han de hacer en la Pescadería y en la Plaza de la Alfafa. ¿Quereis entrar? les preguntó el «sayon.»

—No, no, dijeron todos á una voz. Con vuestra relacion nos basta.

A los pocos pasos llegaron á otra, que estaba junto á un hermoso naranjo.

—En esta, señores, donde oís tan brutal algazara, vénse reunidos los jugadores y los truhanes más famosos de Sevilla. Aquí se roban unos á otros, se engañan, con barajas compuestas, blasfemar, votar y armar grandes escándalos, reñidas peloteras, trifulcas asustadoras, de las cuales, muchas veces, resultan heridas y asesinatos. El juego es uno de los vicios más abominables que puede el hombre tener. Endurece el corazon: apaga la llama de la caridad: acaricia la ambicion: engendra la envidia: levanta el orgullo: produce el desenfreno, creando en nuestros pechos, un afan reprensible y criminal por el oro y por la plata.

Mucho gustó á todos este ligero, pero

sábio razonamiento del «sayon,» en el que demostró su buena inteligencia.

Al pasar por una sala cercada á la puerta de hierro de un jardin, les dijo el «sayon.»

—Oís, señores, ese ruido de tornos, de limas y de martillos, pues lo produce la elaboracion de monedas falsas. Aqui están los monederos falsos, los cuales son hombres viles que estafan, engañan y roban á los pobres con la espendicion de sus obras. El monedero falso hace quedarse sin pan muchos dias á una familia necesitada. El monedero falso es la mas vil polilla de las ciudades y de las naciones.

—En esta, en fin, dijo el «sayon,» acercándose á un ángulo del pátio, se encuentran los contrabandistas y los saltimbanquis, los cuales hermanan maravillosamente.

—No sé, señores, continuó, como hombres de tan opuestas condiciones, de hábitos tan contrarios, se amalgamen y se llevan con tanta amistad, con tanto cariño. El contrabandista valiente y fanfarron, el saltimbanqui pusilánime

y cobarde, debiera siempre rechazarse. Pero no, no es así. Ciertamente es una rareza, un contrasentido inesplicable, que seres de tan hetereogéneas costumbres, ocupaciones é intereses vivan juntos en armonía pacífica y hasta cariñosa.

XIV.

Habiéndose, pues, despedido de la dama y del «sayon,» salieron á la calle.

—¡Buena casa! exclamó D. Alvaro. No parece sino que en ella se han reunido todos los vicios del mundo, todos los diablos del infierno. ¡Pobre D. Ricardo, condenado á vivir en ella para librarse de las delaciones y de las garras de la Justicia! (1)

(1) D. Ricardo, para el caso de ser aquella casa registrada por la Justicia, habia mandado labrar una galería subterránea de escape, la cual tenia salida en la cocina de tres casas más allá de la suya. La galería arrancaba desde su misma alcoba.

Todos dirigiéronse otra vez á la «Casa del Lagarto.» Eran cerca de las cuatro de la madrugada. La linda Guiomar, desde una ventana alta, estaba todavía hablando con Luis Pardo, el cual, con su espada al cinto, puesto de pié enmedio de la calle, le juraba «amor eterno.» El valiente soldado de los Tercios de Flandes, el poeta insigne, el sábio erudito, al sentir pasos detrás de sí, desenvaina la espada, y andando hácia los que venian, con tono imperioso, les gritó así.

—¿Quiénes van allá?

—Tu rival, contestó D. Rodrigo, tu contrario; el que esta noche vá á beber de tu sangre,

—¿De la mia? preguntó Pardo con acento burlon.

—Sí, de la tuya, de la tuya.

—Es muy amarga, señor. Está muy espesa, para beberla. Os vais á ahogar con ella.

Al escuchar la hermosa Guiomar este corto, pero asustador diálogo, cayó al suelo desmayada, exclamando:

—¡Infeliz Pardo mio!

—¿Dónde vá á tener lugar nuestro desafío? preguntó D. Rodrigo.

—Aquí mismo. Sacad vuestra espada. Donde un caballero ofende á otro, allí debe pagar su atrevimiento.

XV.

Retirándose algunos pasos D. Alvaro y el paje los dos combatientes comenzaron el duelo. Pardo, diestro, por su carrera militar, en la esgrima, conoció desde los primeros arranques, que don Rodrigo era bastante bisoño, bien inesperto en el manejo de las armas, por cuya causa iba con maestría, tirando golpes al aire, para rehuir una segura catástrofe. Pero irritado, lleno de ira, por las palabras ofensivas, por los afrentosos denuestos de su contrario, y por una leve herida que recibió en la cara, asestando su espada al pecho de sa orgulloso rival, le dijo:

– D. Rodrigo, no quisiera mataros;

pero me veo precisado á hacerlo. Encomendaos á Dios y á María: y de una profunda estocada le atravesó el corazon

D. Rodrigo cayó al suelo, y revolcándose en su sangre, pagó bien caro sus palabrotas y sus insultos.

XVI.

Luis Pardo huyó precipitadamente, de aquellos tristes lugares. D. Alvaro y el page hicieron lo mismo. A la mañana siguiente, la poderosa familia de D. Rodrigo, recogió el cadáver para darle sepultura. Luis Pardo, temiendo las seguras persecuciones de la Justicia, se embarcó para el Nuevo Mundo. Guiomar, llena de remordimientos por haber sido causa de la muerte de D. Rodrigo y de la expatriacion de Luis Pardo, llorando, á mares, sus veleidades y sus coqueterías, falleció á los pocos meses en una

magnífica Hacienda de olivar, propia de sus padres, término de la ciudad de Carmona, á donde habia ido para restablecerse.

Á UN LITERATO INGLÉS.

Sevilla 24 de Mayo de 1852.

Muy señor mio y amigo: con motivo de mi paso por la pequeña villa de la Campana, provincia de Sevilla, me pregunta V. si he visto en ella alguna cosa, digna de la curiosidad de los inteligentes.

Como es tan grande y esquisita la aficion que tiene V. á las creaciones de España, no deja pasar nada que le sea útil, para ilustrarse en ellas.

La villa de la Campana, á diez leguas de Sevilla y cuatro de la ciudad de Carmona, está situada entre unos dilatados palmares. Su poblacion es poco numero-

sa. Tiene un pago de olivar de alguna consideracion. En la época del Gobierno de nuestros nobles Reyes era Corregimiento. Hay en ella un convento de frailes de San Antonio, donde, antes de la extincion, florecieron muchos sábios varones.

La Iglesia Parroquial de Santa María, la Blanca, (1) ya fundacion, no podrá pasar del siglo XVII, tiene bastante pe-

---

(1) Hasta los últimos años del siglo pasado lucía en esta Iglesia Parroquial un precioso cuadrito de Murillo, figurando á la linda doncella é ilustre sevillana Santa Aurea, en el acto terrible del martirio.

Ahora, pues, que por incidencia me ocupo del «Pintor de la Gloria,» voy á dar noticias verdaderas y fehacientes de su más cercana parentela.

Sus padres fueron Gaspar Estéban, maestro barbero y cirujano, y María Perez Murillo, hermana de Antonio Perez Murillo, pintor, padres de Andrés Perez, aquellos vecinos de la collacion de la Magdalena y éstos de la de San Juan Bautista (vulgo de la Palma.) Tuvo dos hermanos, la mayor Ana, casó en segundas nupcias con el maestro barbero y

salez. Está formada de una gran nave y dos más pequeñas, con tres puertas. La principal á los piés del templo y las otras dos, una al lado del Evangelio y otra al de la Epístola.

En el Altar Mayor tiene un cuadro

---

cirujano Juan Agustin Lagares, vecinos de la Magdalena, en la pequeña plazuela de San Pablo. Tuvieron una hija, muger hermosa, la cual contrajo matrimonio con el señor don José de Veytla y Linaje, Contador del Tribunal de la Contratacion de Indias y despues Secretario Universal del Rey D. Cárlos II, último de la rama austriaca. Esta señora está sepultada, por espreso mandato de su testamento, en la Capilla Sacramental del extinguido Colegio franciscano de San Buenaventura de Sevilla. La menor, llamada María, fué esposa del erudito Doctor en medicina D. Jerónimo Diaz de Pavía, los cuales habitaban en una casa de la calle Catalanes. Los padres de Murillo fallecieron desde 1628 á 1630, dejándolo huérfano, bajo la tutela de su hermano político Juan Agustin Lagares y el magisterio de su tio carnal Antonio Perez Murillo. Estos son, pues, los verdaderos parientes del «Génio de la Escuela Sevillana.»

de excelente colorido, buen dibujo y bellísima composicion, que representa la «Anunciacion,» de la manera del aventajado discípulo de Ticiano, el Canónigo Juan de las Roelas. A los piés de esta pintura arrogante vése otra de la misma escuela y mano.

Nave del Evangelio. En el testero de esta nave hay un altar, que sirve de comulgatorio, donde se venera á un «Señor de la Vera Cruz,» escultura de gran mérito artístico, aunque algo exagerada

Nave de la Epístola. En un altar de esta nave vése una linda estátua, que figura la «Concepcion,» del estilo delicado de Juan Martinez Montañés. En una columna un cuadro representando á un «San Pablo,» de medio cuerpo, obra bellísima de Juan Simon Gutierrez. En otra, en fin, un bonito apaisado con la «Venida del Espíritu Santo,» obrita de bastante aprecio por su dibujo, su tono y correccion.

Esto es lo más notable que he visto en mi ligerísima visita á esta Iglesia Parroquial. Puede V. tomar apuntes de ella, para enriquecer, en algo, sus volu-

minosos manuscritos sobre la estimable historia de la «España Artística,» que piensa publicar á su vuelta á Inglaterra.

Me anuncia V. en su última carta su partida para Italia, Grecia y Tierra Santa. Con razon espero que su corto viaje abrirá anchos horizontes, campos amenos á las investigaciones de los historiadores y de los arqueólogos.

Aquellos tres grandes pueblos, que pasaron, bien merecen que los hombres de talento contemplen de cerca sus templos desbaratados, sus carcomidos anfiteatros, sus humildes termas, ó sus panteones hecho pedazos. Yo aseguro á usted, que entre los escombros de Herculano, á la sombra de las columnas del Partenon, subiendo las cuestas del Pindo, saciando la sed en las aguas de Aretusa ó sentado bajo las adelfas de las orillas del Jordan, meditando un poco, conviene claramente el estravío y la humillacion de las razas humanas, la caida de los imperios, los estragos de la ignorancia y la nada de las cosas de este mundo.

AUREA.

EPISODIO DE LA GUERRA DE SUCESION

I.

En el año de 1762, junto á la orilla izquierda del Guadaira, no léjos de la villa de Alcalá, una pintoresca «Casa de campo,» entre gracioso bosque de romerales, levantaba sus humildes muros. El sitio halagüeño donde yacía, el aire perfumado que la rodeaba, el canto de las aves, y el suave murmullo del rio Guadaira, imprimian en sus deliciosos alre-

dedores un mágico sentimentalismo. No parecía sino una blanca paloma recostada sobre lecho de rosas y de arrayanes. Allí, como en el antiguo Eurotas, el alma podia conocer nuevos encantos, el corazon latir con dulzura, y la imaginacion crear desconocidas fantasías.

Habitábanla Pedro y sus hijos Alonso y Aurea. Viudo, hacía algunos años, era amado de aquellas dos benditas criaturas, las cuales se desvivian por asistirlo y acariciarlo. Alonso, aunque de catorce años, le ayudaba ya á su padre en las duras faenas del campo, y la preciosa Aurea, «el Jazmin del Guadaira,» de trece años, dedicada á los quehaceres domésticos, le cuidaba non el más esquisito esmero. Pedro era, pues, el más venturoso labriego de las alegres márgenes del Guadaira.

II.

Una tarde de Otoño, cerca del oscurecer, perdido un jóven extranjero, llama-

do Enrique, que cazaba por aquellas inmediaciones, llega á las puertas de la «Casa de campo,» llama, y Pedro abriéndosela, le pregunta;

—¿Qué quereis, señor?

—Asilo Yo soy un extranjero, que cazando por estas dehesas cercanas, separado de mis paisanos, me he perdido. Vengo, pues, á imploraros albergue, siquiera para esta noche.

—Entrad, señor, ya lo teneis por todo el tiempo que querrais. En los campos el hombre ayuda al hombre, lo ampara y lo favorece. En ellos se ejerce la hospitalidad con más frecuencia y mejor resultado que en las ciudades. El silencio de los valles, roto solamente por el soplo de Dios, cuando agita las flores y los arbustos, crea nobles sentimientos: mientras que la algazara atolondradora de las poblaciones, haciéndolos mezquinos y rateros, los embota, los ensordece y los extingue.

Alonso y Aurea llegaron al portal para recibir al recien venido, el cual al ver la hermosura del «Jazmin del Guadaira,» dardo gracia al Eterno, quedó

ciegamente enamorado. Tampoco le fué indiferente á Aurea la vista del jóven extranjero.

III.

Doce dias estuvo Enrique en la «Casa de campo,» tratado con amabilidad y largueza; en ellos, estudiando el manejo y las virtudes de tan buena familia, disfrutó de ratos dulcísimos. Aurea tambien se mostró contenta con su huésped, el cual, no obstante sus repetidas preguntas, le ocultó siempre su pátria y su apellido.

Al décimotercio, muy de mañana, el extranjero, montado en un hermoso caballo, que habia comprado en la inmediata villa de Alcalá, se despidió de los tres á la puerta de la «Casa de campo,» diciéndoles: —Quedaos con Dios. Quiera el cielo, que si otra vez nos volvemos á ver sobre la tierra sea para pagaros con ventaja los beneficios que me habeis he-

che. Una familia, que como vosotros, acoge en su casa con tanta amabilidad á un jóven extranjero descaminado, hoja extraña revolcada por los huracanes, merece, con mucha justicia, su amor y su agradecimiento.

Al acabar estas palabras, espoleando á su caballo, rompió la marcha hácia el arrecife de Cádiz. A lo lejos volvía la cara y saludaba con el pañuelo. Aurea quedó triste y pensativa; pero ni su padre ni su hermano notaron nada de lo que pasaba dentro de su corazon. La mujer, cuando disimula, es un arca cerrada, que nadie puede abrir.

IV.

A los seis años, Alonso tuvo la mala suerte de salir soldado, cuyo contratiempo afligió sobremanera á su padre y á su hermana.

La «Guerra de Sucesion» estaba en su mayor crudeza. Felipe V, el «Animoso», defendiendo sus derechos al trono de Es-

paña se batia con valor. Sus tropas, llenas de entusiasmo, lo imitaban. La nacion podia decirse, que de una jarra de flores se hallaba convertida en un piélago de sangre.

Nuestro quinto, ántes de marchar, recibió hincado de rodillas la bendicion de su padre, el cual, poniéndole la mano sobre la cabeza y siendo Aurea espectadora de aquel cuadro tiernísimo, le dijo así:

—Hijo mio: el Señor vaya contigo. Su misericordia te acompañe en las batallas. Sé valiente, compasivo y fiel á tu pátria y á tu rey. Obedece á tus jefes. Tus abuelos, á las órdenes del Marqués de la Mina, mancharon con su sangre los campos de Niza y de Saboya. Imita su noble ejemplo. No rebajes su buena memoria. Yo vivia entre dos hijos benditos, entre dos ángeles; me vá á faltar uno; pero gustoso me resigno con la voluntad de la Santa Providencia, que para mi consuelo, me deja otro. Adios.

V.

Alonso marchó y su padre y su hermana, llorando á mares, quedaron sumergidos en la más profunda tristeza. Incorporado á un Regimiento de Infantería encontróse en varias batallas teniendo la fortuna de salir bien de todas ellas. Alonso era, pues, un soldado de pundonor y de bravura. Solia escribir con frecuencia. Sus cartas, llenas de sencillez y de cariño, consolaban algun tanto á su padre y á su hermana, los cuales, al leerlas, dando gracias al Señor, vertian copiosas lágrimas, exclamando:

—¡Dios de los Ejércitos: Dios de las Misericordias: librad á esa pobre criatura de los peligros de la campaña!

VI.

Vino, pues, un tiempo en que en más de cuatro meses no tuvieron carta, ni

noticia alguna de Alonso, por cuyo justo motivo estaban doloridos. La incertidumbre de su suerte atormentaba sus afligidos corazones de tal manera, que no podian vivir. La «Casa de Campo,» ántes de la ausencia de Alonso, tan alegre y halagüeña, se habia convertido en un triste osario albergue de pesares mansion de desdichas, hogar de llantos.

Pedro y su hija Aurea pasaban las noches y los dias taciturnos y desconsolados. El dolor habia erigido su pálido trono en aquella «Casa de Campo,» y donde en otro tiempo, vagaban las inocentes risas, como el cefirillo que juguetea entre las flores del bosque y se oian los dulces arpegios del ruiseñor y del jilguero, ya no se escuchaban sino los lamentos del triste buho ó las endechas de la corneja mortuoria. Allí todo era luto, llanto y pesar.

Determinados, pues, Pedro y su hija á ir á buscar á Alonso, una mañana temprano cada uno montado en su caballo pusiéronse en camino. Llegaron felizmente á Madrid, desde donde se dirigieron al ejército de Felipe V.

Acababa de darse la famosa batalla de Almenara, ganada por los «Aliados» El ejército español disperso, vagaba por los campos. Aquí heridos en carradas exhalaban doltentes ayes: allí cañones de campaña, cuyas rotas cureñas atravesadas en los caminos impedian el paso, hombres y caballos muertos, fusiles y cananas, lanzas y sables, sillas y arneses, mechones de cabelleras y de hilas, tirados por los suelos y la tierra salpicada de sangre, era el horroroso cuadro que presentaban las inmediaciones de Almenara.

La guerra es un estado antinatural del hombre La mision de este en el mundo no es de fuego, ni de sangre, síno de paz, de amor y de caridad. Hay sin embargo «guerras santas.» Son, pues, aquellas en que las bocas de los cañones arrojan, como el rocío del cielo, los gérmenes de la verdadera civilizacion cristiana sobre un país bárbaro, impío ó gentil. Godofredo de Bullon, conduciendo á Jerusalen á sus valientes cruzados, para ganar el Santo Sepulcro. Hernan Cortés, llevando á México sus

tercios invencibles, para cristianizar á los idólatras y el Rey batallador capitaneando á su terrible mesnada, para librar á Sevilla de la cortante cimitarra de la feroz morisma, prueban, hasta la evidencia, que la guerra, aunque estado antinatural del hombre, es, en algunas ocasiones, saludable y santa.

VII.

Horrorizados Pedro y Aurea de lo que veian, quisieron volverse atrás; pero puestos en manos de la Divina Providencia, siguieron adelante. Ya era de noche, cuando divisaron á lo léjos las luces y oyeron los cantos de los gallos de un pobre lugarejo, ocupado por la caballería inglesa. Dirigiéronse á él. Antes de entrar por sus terrisas calles, un aldeano que salia de ellas iba diciendo así:

—¡Pobrecito, pobrecito: lo ván á arcabucear mañana por creerlo espía; no siendo otra cosa, sino un infeliz soldado

disperso! qué dolor: tan jóven y morir arcabuceado y un mozo tan gallardo! Es preciso, que le cueste la vida á sus padres, ó se vuelvan locos, cuando lleguen á saber su desgracia El Coronel inglés del Regimiento de Húsares que manda toda la caballería que está en mi pueblo, sin haber visto siquiera al «pobrecito.» atenido á la Ordenanza, le vá á imponer este horrible castigo, á no ser que por un milagro patente, lo libre Dios.

Pedro, acercándose al labriego que salia del pueblo, le pregunta:

—Buen hombre: ¿Cómo se llama el Coronel inglés?

—Don Enrique.

—¿Y el soldado que vá á entrar en Capilla?

—Alonso.

—¿Qué señas tiene?

—Es alto, rubio, con ojos negros: todo un buen mozo.

—¿De donde es natural?

—De Alcalá de Guadaira, provincia de Sevilla.

—«¡Hijo de mi corazon!» «¡Hermanó

de mi alma!» Exclamaron á una voz Pedro y Aurea.

El labriego, espantado, mirándolos, á la luz de la luna, de hito en hito, le pregunta á Pedro:

—¿Sois acaso su padre?

—Sí, y esta es su hermana: señalando á Aurea.

—Pues entónces no entrará en Capilla, nó.

—¿De veras?

—Y tan de veras. Ahora lo vereis, venid conmigo. Don Enrique está alojado en mi casa: es un hombre formal, un buen sujeto.

—Pues vamos, dijeron Pedro y Aurea, desmontándose de los caballos. Callad todo esto á Don Enrique.

—Bien está.

¡Bendita sea la Vírgen del «Aguila,» madre amorosa de los alcalainos, que vá á librar del patíbulo á mi hijo! exclamó Pedro.

—Padre, le dijo Aurea, ¡vaya, que el Coronel es el extranjero Enrique, que ahora años llegó á nuestra «Casa de Cam-

po,» perdido y estuvo con nosotros doce dias!

—¡Hija del alma: yo tambien me lo figuro.

Poco tiempo estuvieron en la incertidumbre.

VIII.

Serian las ocho y media de la noche. El silencio reinaba en aquellos campos. La Luna, alumbrándolos, les daba esas rústicas fantasías, esas tintas melancólicas, que solamente entona é idealiza el soberbio pincel de la Divina Providencia, cuanno llegaron á la casa del aldean, oel cual condujo los caballos á la cuadra y volviendo entró en la habitacion de Don Enrique, para anunciarlos.

Don Enrique, que sentado en un sillon de brazos, estaba á la luz de una palmatoria escribiendo sobre una mesa pequeña, levantóse á la entrada de Pedro y de Aurea en la habitacion, que

que era una sala con ventanas á la calle.

Sin conocerlos todavía, haciéndoles un saludo grave y ceremonioso, les preguntó:

—¿Qué queréis?

—Hablaros, le contestó Pedro.

—¿Sobre qué?

—Sobre un asunto de mucha importancia.

Entónces el Coronel Enrique reconociéndolos, poniéndose las dos manos sobre la cabeza, como abismado, exclama:

—¡Dios mio: qué veo: qué escucho! Será un sueño! No; no. Vosotros sois aquellos mis bienhechores de las orillas del Guadaira; cuando perdido me hospedásteis en vuestra «Casa de Campo» donde fuí tratado como un hijo los once dias que permanecí en ella.

¡Pedro, Aurea: ya nos hemos vuelto á unir sobre la tierra! El cielo quiere que sea para no separarnos jamás ¿no ha venido Alonso con vosotros? preguntó con impaciencia.

—Sí, dijeron á una voz Pedro y Aurea.

—Y ¿adonde se ha quedado? ¿Donde está?

—En un calabozo, para entrar mañana en Capilla.

—¿En la cárcel de este pueblo?

—Sí, contestaron Pedro y Aurea, dando fuertes suspiros y rompiendo en amargo llanto.

—¡Pedazos de mi corazon: no lloreis; no lloreis, les dijo Don Enrique, que ahora mismo lo voy á traer aquí sano y salvo! Yo no lo he visto, ni sabia su nombre, ni su pátria; esta mañana al amanecer, mis húsares lo encontraron en unos pinares de estos alrededores y teniéndolo por espía lo prendieron y sin yo verlo metiéronlo en un calabozo, para mañana, segun la Ordenanza, arcabucearlo, si vosotros no hubiérais llegado á tiempo. ¡Bendito sea el Dios de las Misericordias, que ha permitido nos volvamos á ver sobre la tierra, para, como os ofrecí, pagaros con ventaja los beneficios que me hicisteis en vuestra cari-

ñosa «Casa de Campo» de las orillas del Guadaira!

Voy, pues, por Alonso, continuó el Coronel. Esperadme un poco, mientras lo traigo. Acabando estas tranquilizadoras palabras, tomó el baston y el sombrero y marchó.

IX.

No tardaron veinte minutos, cuando el Coronel, trayendo de la mano á Alonso, se lo presentó á su padre y á su hermana, diciendoles:

—Aquí lo teneis ya libre y sano.

Entónces Alonso, abrazándolos con ternura y rompiendo en desatado lloro, les habló de esta manera:

—¡Padre de mi alma! hermana de mi corazon! La Vírgen del «Aguila,» nuestra Patrona, á la que me encomiendo todas las noches, librádome ha de una muerte segura, de un afrentoso patíbulo, de morir mañana arcabuceado. Vuestra dulce memoria me aflijía, [illegible]

mentaba cruelmente. Acordábame tambien de mi buena madre, que cuando niño, bajo su dulce patrocinio, en tardes apacibles, jugaba yo entre las adelfas y los tomillos del Guadaira. Estos grandes recuerdos, como volcanes encendidos, atravesaban por mi cansada frente, al llegar este caballero á las puertas de mi calabozo, para sacarme de él. ¡Bendito sea Dios por los siglos de los siglos!

El Coronel entónces besa la mano de Pedro, y con acento tiernísimo le pregunta:

—¿Me dais la de vuestra hija, la de la preciosa Aurea, la del «Jazmin del Guadaira?» Yo soy católico, como vosotros; poseo inmensos bienes en Inglaterra. No tengo padres ni hermanos. Cuando descaminado llegué á vuestra «Casa de Campo» iba de cacería con otros jóvenes paisanos, á los que jamás he vuelto á ver. Hace seis años que entré á servir. He estado en muchas batallas, de las cuales he salido sin lesion alguna. Si me dais, pues, la mano de vuestra hija, nos iremos todos á Inglaterra, para vivir con paz y con ventura.

—Por mí, le dice, Pedro la teneis concedida; pero es menester, que oigamos á Aurea.

El «Jazmin del Guadaira,» ruborizada, mirando á su padre le habló así:

—Bien sabeis, padre mio, que desde niña, como buena hija, he obedecido vuestros mandatos, dándoos gusto en todo. Una insinuacion vuestra ha sido para mí siempre una ley inquebrantable. De consiguiente daré, con libre voluntad, la mano á este caballero, el cual juzgo, que me hará feliz.

—Sí, lo sereis á mi lado, Aurea. Desde que os ví en la «Casa del Guadaira,» os amé. Jamás, jamás he podido olvidaros. Veia vuestra bella, pura imágen entre el polvo de los caminos, el follage de las selvas y el humo de los cañones Os recordaba en medio de las batallas, del estruendo de los obuses, del rechinar de las lanzas, del lamento de los heridos y del «ay» de los moribundos. El «Jazmin de Guadaira,» nunca, nunca, se ha apartado de mi memoria.

—Agradezco mucho, caballero, vues-

tras corteses palabras, las creo y gustosa las admito.

X.

Dispuestos los preparativos para el casamiento, el Coronel Enrique pidió su retiro, el cual no tardó en concedérsele.

Serian las ocho de una apacible noche de invierno. Los relinchos de los caballos, el eco de los clarines, el balido de los rebaños, el blando suzurro de los bosques, agitados por los céfiros, y la luna con sus pálidas tintas, daban á los campos de Calatayud ese «claro-escuro» placentero é indefinible, reservado únicamente á los pinceles del Eterno, cuando Enrique y Aurea, en presencia de Pedro y Alonso, como testigos, recibieron de manos del Párroco de una cercana villa, las bendiciones nupciales de la Iglesia, «únicas verdaderas,» no bajo techos mármoreos, ni con músicas acordadas, sino bajo el verde follaje de las

selvas y con el murmurio quejumbroso de los juguetones vientecillos.

A la mañana siguiente pusiéronse en camino para Inglaterra, donde todos vivieron con la más cumplida ventura, que puede el hombre tener en este mundo.

FIN.

UNA BUENA TARDE
Y UNA NOCHE MEJOR.

En la choza montaráz
Eterniza Dios la paz.

I.

Yo, descaminado, en fria tarde de Noviembre de 1828, me aproximé á las puertas de una cabaña de los desiertos. Yo penetré por ellas. Yo ví á una cotorrilla atolondrada saltando por el suelo. Yó miré á una hermosa pastora, sentada á la lumbre, con sus pequeños hijos. Yo, á su cordial invitacion, tomé asiento, sobre un trozo de pitaco, entre aquella buena gente. Yo escuché á los chi-

ñuelos entonando esta cristiana estrofa:

Aplaca Señor tu ira,
Tu justicia y tu rigor,
Dulce Jesús de mi vida
Misericordia, Señor.

Al acabar los niños esta dulce plegaria, su madre con religioso entusiasmo repetía:

—¡Misericordia, Señor: misericordia, Señor!

II.

¡Qué contraste tan latismero, díje yo entónces dentro de mí, está pastora humilde y estos inocentes pequeñuelos con sus melifluos cantares están alabando á su Dios y Criador, mientras que los impíos desleales, con sus «ásperas negaciones,» lo ultrajan y lo escarnecen!

Me pareció ver allí en aquella ignorada choza al Cielo con Jesús y María con los ángeles y serafines, con las má

tires y las vírgenes, con los santos y los confesores, con los tronos y las potestades. Mi corazon latia con vehemencia y las lágrimas se agolpaban á mis ojos.

III.

La noche caminaba á cubrir la tierra con su triste y negro manto. El balído de las ovejas y el ahullar de los perros oíanse á lo léjos. Poco á poco se iban acercando.

Entónces levantándose la pastora de su asiento, seguida de sus hijos y de la inquieta cotorrilla, se puso á la puerta de la cabaña.

—Ya viene ahí mi Anselmo, dijo, mirándome con respetuoso agrado.

IV.

Un hombre, como de treinta años, alto, rubio, de bella fisonomía, [illegible]

de dos hermosos mastines, entró en la cabaña, diciendo:

—Alabado sea Dios.

—Por siempre sea alabado y bendito, contestamos todos á una voz.

—Anselmo, dijo la pastora, este caballero descarriado, entró al medio dia en nuestra cabaña. Yo, cumpliendo tus mandatos le dí hospitalidad.

—Has hecho muy bien, Eulalia. Esta choza, aunque pobre, siempre bajo sus pajizos techos, recibe con caridad, con amor á los misioneros de Jesucristo, á los caminantes descarriados, á los transeuntes mendigos.

V.

Todos, formando coro, nos sentamos á la lumbre. Como á la media hora de estar entretenidos en dulces conversaciones; tomando el Año Cristiano, le dijo el pastor al más pequeño de sus cuatro hijos.

—Cristóbal, lee, para que este señor te oiga.

El muchacho tomó el libro de las manos de su padre y con buena entonacion, estilo dulce y pronunciando con esquisita claridad, leyó la interesante vida del Santo del dia.

Cuando la acabó, mirándome el pastor, dijo:

—Así, caballero, educo yo á mis niños. Así me educaron mis cristianos padres y á ellos los suyos. Ciento veinte años hace ya, que mi familia habita esta cabaña, sin echar de menos, ni envidiar nunca los tesoros, ni las grandezas del mundo. Estos niños cuando yo muera, tomarán, en sus manos, este cayado, el mismo que empuñaron mis padres y mis abuelos. Yo con esta bendita Eulalia, que el Altísimo me dió, para endulzar las amarguras de la vida, estos muchachos, estos mastines, ese rebaño y esta parlera cotorrilla, que me hace reir muchas veces; soy el más feliz de los hombres Dios me los conserve para mi bien. Dios alargue los dias de sus vidas para mi consuelo. Nada, nada deseo sino la

paz de las soledades. ¡Dichoso aquel, que jamás ha visto el humo de las chimeneas de los palacios, ni de los castillos, ni ha sentido el bullicio de los festines, de las Córtes ni de las ciudades!

VI.

Estas hermosas palabras del pastor me enternecieron sobre manera. Los hombres de los desiertos, conservan todavía en sus limpios corazones, aquel fuego sagrado, aquella ilustre elocuencia de nuestros primeros padres, que el tumulto y la algazara de las Córtes apaga por completo. Una palabra, una mirada, un gesto siquiera de los hombres rústicos, son más espresivos, más insinuantes que todos los discursos, que todas las arengas de los Demóstenes y Cicerones de la tierra: sienten lo que dicen, expresan, lo que sienten.

VII.

Despues de rezar el Santo Rosario, con el zagalillo, que se quedó á la llegada del pastor arreglando el ganado, los niños cantaron las «Letanías de la Vírgen.» Sus dulces sonoras bocas, no parecian de humanas voces, sino de ángeles y serafines. Dios estaba en aquella chozа echándole sus bendiciones. Dios la acaloraba con su amoroso manto. ¡Ay: encima de los techos de los palacios de los reyes, ruedan oscuros, cenicientos nubarrones, mientras la clara luz del sol de la Providencia alumbra las puertas de las cabañas de los pastores!

VIII.

—Eulalia, ya es hora de cenar; dijo el pastor á su mujer.

—Sí, Anselmo, ya es hora, le contestó ésta.

La pastora se puso de pié y trayendo, junto á la lumbre, la mesa, la comenzó á vestir. El gozo rebozaba en su corazon; y la alegria, la paz y la ventura se retrataban en su dulce semblante.

Entre el canto de las aves nocturnas, el suzurro del aire, el halentar de las ovejas del contiguo redil, el perfume de los romerales, las palabras de la cotorrilla y nuestros curiosos diálogos, cenamos hasta la hartura. Nada, nada nos faltó, en aquella mesa pastoril.

IX.

—Ya señores, es hora de descansar. Ya es hora de dormir; dijo Anselmo, mirándonos á todos.

Los niños, al oir las palabras de su padre, cantaron con acento clamoroso, con delicado estilo, esta santa estrofilla:

Pastora María,
Llena de la gracia;
Salva tus ovejas,
Que tu amparo claman.

X.

La buena Eulalia y el zagalillo me llevaron á un aposentito de la cabaña, donde ví un lecho tan oloroso como pintoresco. Componíalo, en su fondo, ramas medio secas de romeros y de tomillos, sobre las que habia dos gruesos colchones de lana con hermosas mantas, labradas por las manos de la pastora. En uno de los rincones del aposento, en gracioso risco, formado de menudas conchas, de lirios blancos y de pintadas rosas, una opaca lamparita alumbraba á «Nuestra Señora de la Concepcion,» estátua esculpida primorosamente.

Yó me eché en aquella agraria cama. Yó dormí mejor en ella que sobre los ricos almohadones de los serrallos de Es-

tambul. No, no; á la verdad, no envidié los ebúrneos lechos de Alejandro, ni de César, de Bayaceto, ni de Napoleon, rodeados de cavilaciones y de sustos. En aquella surtida choza, con aquellos ingénuos pastores, aquellos inocentes niños y aquella habladora cotorrilla pasé la noche más ilusora de mi vida. ¡Y quien nunca los hubiera abandonado para no volver á verlos más sobre la tierra! ¡Quien hubiera muerto con ellos! Peregrino el hombre en el mundo, busca la dicha por todos sus ángulos y cuando la llega á encontrar y á poseer, la deja, la desprecia, para luego llorar su pérdida eternrmente.

XI.

El murmullo de los vientos, el balido de las ovejas, las xácaras del zagal, el ladrido de los mastines y el cantar de [illegible], saludando al Dios de los [illegible] anunciaron el amanecer. La [illegible] Vírgen de la

Concepcion» ardia. Yó, incorporado en el lecho, con el alma llena de inefables gozes, le dirijí á la Señora esta sencilla plegaria:

Dulce Patrona de España,
Errante, descaminado,
Albergue me has preparado
En esta oculta cabaña.
Sola á tí debo el consuelo,
Que me dá esta buena gente;
Desde el Ocaso al Oriente
Bendigante tierra y cielo.

XII.

Ya el pastor estaba levantado, cuando saliendo yó de mi aposento, le dije:

—Señor Anselmo, buenos dias.

—Buenos los tengais, caballero. ¿Qué tal ha sido la noche? me preguntó.

—Muy dulce, la mejor de mi vida. Nada me ha faltado. Nada he echado de ménos.

—Me alegro mucho. Ya Eulalia se

está acabando de vestir, para aderezarnos el almuerzo. Entre tanto bebed, señor, este vaso de leche, que el zagal ha traido del otero, de unas cabrítas que tengo en el rebaño.

Tomé el vaso y bebí la leche más esquisita y pura del mundo.

XIII.

En esto la pastora Eulalia, saludándome salió de su aposento. Los chiquitillos dormian. Muy pronto nos puso, sobre la mesa, un sabroso, rico desayuno, que no lo desdeñarian, á la verdad, los magnates de la tierra, los poderosos del mundo.

Acabado el almuerzo, el pastor se preparó para salir al campo con su rebaño y yo para continuar mi marcha. Sacando algunas monedas de mi bolsillo, quise pagarles tan amoroso hospedaje; pero aquel bendito matrimonio no quiso tomar nada, diciéndome Anselmo:

—Nos insultais, señor. Nos rebajais.

Nosotros os hemos recibido y albergado en nuestra cabaña, sin interes de ninguna clase. Lo mismo hacemos con todos los caminantes descarriados. Lo único, que les pedimos, lo único que les exijimos por nuestro trabajo, es que nos digan sus nombres; para recordarlos y pedir á Dios por ellos. Decid el vuestro y nos habeis pagado con usura.

Yó cumplí su noble deseo. Tomando Anselmo una libreta, lo apuntó.

—Voy, pues, señor á acompañaros, me dijo, hasta la salida de este espeso y oscuro bosque. Allí os enseñaré el camino, que dirije al pueblo más cercano.

XIV.

Habiéndome despedido de la sencilla, graciosa Eulalia, salimos de la cabaña. Prontamente atravesamos el bosque. Una hermosa pradera, de la cual arrancaba un camino ancho y delicioso, ofrecióse á mi vista. Entónces el pastor Anselmo,

dándome un tierno apretado abrazo, exclamó enternecido:

—Caballero, este es el camino. Cuidado con perderlo. Dios vaya en vuestra compañía. «No olvideis nunca la noche de la cabaña.»

—«No, no, jamás la olvidaré;» le dije, al separarnos para siempre.

EL CHARCO DEL MUERTO [1]

I.

En el año de 1214, un anciano, con barba blanca, finas maneras y decir escogido, huyendo de Baeza, cercada por Don Alfonso VIII, Rey de Castilla, vino

---

(1) Está situado media legua al norte de Sevilla, pago de Galuchona. De él nace el arroyo Tagarete, que inmediato á la torre del Oro desagua en el Guadalquivir. Su cielo melancólico, sus tristes alrededores y el aire que allí se respira, infunden en el caminante las ideas de la muerte. Tal vez por esta causa lleve nombre tan lastimero.

á erijir á las márgenes de este Charco, una choza de ramas, para habitar en ella.

Este viejo misterioso aumentó sobre manera la tristeza natural de aquellas soledades silenciosas, interrumpidas únicamente por el murmurar de los vientos, el balido de los rebaños ó las sencillas xácaras de los pastores.

Dos viageros, llenos de asombro, torcian su camino, para no pasar junto á aquella choza fatídica, los ganados huian de sus contornos y hasta los inocentes pajarillos, jamás iban á posarse sobre sus ramosos techos. ¡Tal era el justo horror, que inspiraba la choza de aquel viejo desconocido!

II.

Nunca salia de ella sino al oscurecer, que tomando en sus manos un grueso báculo, acompañado de dos perros negros, caminaba con pasos tardíos, á sentarse á orillas de aquel charco funeral.

Siempre iba con voz asustadora, cantando, en lenguaje extraño, unas palabras, como «caetanos,» las cuales atemorizaban á los que tenían la mala suerte de oirlas.

El «Diablo cano,» que por este nombre lo conocían todos, era el espanto de aquellas comarcas. Muchas veces hasta los mismos guardas de campo, al pasar por allí, se espeluznaban de miedo. La «Choza del Diablo,» que así la llamaban los ganaderos vecinos, los tenia acobardados.

En medio de la oscuridad de la noche, veian salir llamaradas de la «Choza del Diablo,» escuchando dentro de ella ruidos de cadenas y gritos infernales.

III.

Nadie sabia como se alimentaba, ni de qué, el «Diablo cano.» Todo era un alto misterio incomprensible. Con-

ninguno se atrevía á aproximarse á la «Choza del Diablo,» ni los mismos labradores, para arar aquel terreno y sembrar sus mieses, veíase, como isla remota, separada del resto del mundo.

Los muchachos de los caseríos de la redonda, cantaban unas graciosas xacarillas, cuyo estribillo, decia asi:

En el Charco del Muerto,
Vive un anciano;
Al que llaman las gentes,
El «Diablo cano.»

IV.

Dos años pasaron de esta manera, siendo para todos el «Diablo cano» un fantasma aterrador, un castigo del cielo.

Al amanecer de una clara mañana de Abril, cuatro elegantes mozos, cabalgados en magníficos corceles, llegaron á la «Choza del Diablo,» el cual, convertido como por encanto, en un jóven rubio y

bellísimo, á alguna distancia, salió á recibirles.

Los curiosos que vieron la repentina trasformacion del «Diablo cano» de viejo en mancebo, quedaron aturdidos. Ninguno acertaba á descifrar tan raro enigma, hasta que el tiempo vino á aclararlo.

V.

Por un rollo de papeles que, á su partida con los cuatro mozos, dejó olvidado en un rincon de la choza, escritos en castellano y árabe, se supo que el «Diablo cano» era D. Alvaro, mal caballero español, «renegado,» del cual, delirante de amores Zoraida, hija del Rey moro de Jaen, fué perseguido por éste, y buscando la muerte, vino á defender á Baeza, donde herido de un mosquetazo, para ponerse á salvo de sus iras, caminó hácia Sevilla, y juzgando las márgenes del «Charco del Muerto,» muy aproposito á

sus fines, disfrazado de viejo, se estableció en ellas.

Aquellos cuatro moros eran emisarios de Zoraida, la cual, muerto el Rey su padre, habiendo llegado á su noticia, sin saber cómo, ni por dónde, el paradero de D. Alvaro, mandó llamarlo, para desposarse con él, lo cual efectuóse á su llegada á la Corte del Rey difunto.

Al poco tiempo, en el área ó terreno que ocupaba la choza de D. Alvaro, nació un verde pino, estendió su ramaje hermoso, robusteció su tronco, y fué, en fin, la gala de aquellos campos conocido por «El Pino del Diablo.»

LA BUENA FAMILIA.

I.

Los filósofos utopistas del siglo XIX, nécios moradores, que guiados, no por el espíritu de caridad, sino por el de soberbia, quieren trastornar al mundo con sus descabelladas teorías, con sus planes fatídicos, han soñado que el hombre es el Dios de la creacion, que todo lo puede, que todo le pertenece, y que no debe seguir ni obedecer más que á su razon, infalible, reguladora de sus creencias, de sus acciones, y de sus apetitos. ¡Locura

churrigueresca, digna. por cierto, de compasiva lástima!

II.

El hombre no tiene poder para emanciparse de su Dios, ni menos derecho para negarle su augusta supremacía. El hombre, visto con el micoscropio católico, no es más que un sér flaco, débil, caduco, falto de recurso, que tiene para alimentarse y para vestirse, que recibir las primeras materias de otra mano. Él no puede crear la tierra que pisa, el aire que respira, el agua que bebe, la fruta que come: la lana, el lino y la seda, con que cubre sus carnes, para librarlas del rigor de las estaciones. El hombre, pues, no es más que un desnudo mendigo á las puertas del palacio de la Divina Providencia.

III.

Pero el filosofismo del siglo XIX, mucho más senador y atrevido que el de los anteriores, ha dicho, acaso sin creerlo, ni pensarlo: «La humanidad es Dios.» ¡Bárbaro axioma!

Aturdido y guiados por una série de frágiles ideas, de teoremas deleznables, pretende reformar la humanidad dándole nuevos cultos, moral, formas de gobierno, nacionalidades, razas, y otras muchas cosas que no llegaron á pensar siquiera los Platones, los Licurgos, ni los Confucios del mundo antiguo.

IV.

Hace más de tres siglos que, levantando una bandera impía, una escuela de

negaciones, perturbó la tierra entera con sus máximas trastornadoras.

Desde entonces el equilibrio religioso y político del mundo, trastornándose por completo, se desquició, y produjo los mas inauditos horrores. Aquí cadalsos; allí apostacías; acá despojos sacrílegos; allá burlas groseras y asquerosos escarnios á Dios y sus Santos, es lo que ha visto la desgraciada humanidad.

V.

El desatentado filosofismo, avanzando cada dia más en su perniciosa carrera, por boca de un escritor inicuo, ha dicho estas cinco extremecedoras palabras: «La propiedad es un robo.» El mundo tembló al oirlas. El cielo cubrióse de nubes funerarias; mientras el infierno rió de alboroso.

De cinco palabrrs nefandas, ha nacido el socialismo, el comunismo, y todas las demás horribles banderías que hoy

están mortificando á los hijos de los hombres.

VI.

Los perturbadores modernos, allá en sus secretos y oscuros conciliábulos, maquinan acabar con las creencias católicas, con el sacerdocio, con el matrimonio, con la familia, con la propiedad, y con todos los otros sagrados vínculos que unen y estrechan sobre la tierra el linaje humano.

Soñando falsas dichas, quieren repartir los bienes terrenos, desposeyendo á los ricos, de los que, á la sombra de justas ordenanzas, acumularon con sus trabajos, sus fatigas, ó sus economías, para entregárselos á una caterva de holgazanes, cuando nó de «bribones,» que como el hijo pródigo, los disipan á su antojo. ¡Buena está la reforma!

Si quereis, miserables soñadores, ver la única muestra, el solo ejemplo de v...

dadero comunismo que puede existir en la tierra, tomad y leed.

VII.

En uno de los más feraces territorios de Andalucía, no léjos de una ilustre ciudad, y cercano á un rio famoso, encuentra el caminante un prédio rústico, donde una numerosa familia, cultivándolo, logra vivir modestamente, en medio de la paz y de la ventura de los antiguos Patriarcas.

En aquel dichoso prédio, las palabras «mio,» «tuyo,» «suyo,» que por la perversidad de los hombres, despertando la ambicion, han hecho derramar tantas lágrimas en el mundo, se desconocen totalmente.

Pan para todos, es la sola ley de los generosos corazones que lo habitan. Pan para todos, dice el anciano, que, apoyado en su báculo, camina macilento. Pan para todos, repite el niño, que corre alegre por los frondosos naranjales.

VIII.

Las felices criaturas que habitan este pacífico donadío, ligadas con los estrechos lazos del parentesco y de la caridad cristiana, viven en eterna armonía de pensamientos, de aspiraciones, y de intereses. Reinando entre ellas la más dulce confraternidad, desconociendo lo «mio,» lo «tuyo» y lo «sayo,» como en los primeros dias del mundo, gozan todos de lo que hay, ganado con el noble sudor de sus frentes. ¡Bien inefable reservado únicamente á las familias católicas!

IX.

El que rige á toda la familia, compuesta de más de ochenta personas, tie-

ne á su cargo la recta distribucion de los intereses pecuniarios, y de las horas y clase de trabajo á que cada uno está dedicado. Todos lo obedecen. tomando ejemplo de él, que con su prudencia y sensatez, les hace amar las duras faenas del campo. Allí se alimentan, se visten, alaban á Dios, y se entregan, en las horas de descanso, á dulces solaces, tan puros como las flores que aromatizan aquellos recreadores vergeles.

Más de noventa años hace ya que el padre comun de todos ellos, fundó entre sus hijos y hermanos este santo comunismo, el cual, todavía dura, siendo la admiracion de todas aquellas comarcas.

Por lo bien organizado que se encuentra, tal vez viva muchos siglos, saliendo de allí padres honrados, esposas santas, solícitas madres, hijos obedientes, y pueda llamarse algun dia el «Plantel de las Virtudes.»

X.

El donadio rústico, es una rica huerta en las márgenes del Guadalquivir, entre San Juan de Aznalfarache y Gelves; la ciudad, Sevilla, y la buena familia, los «Villaranes.»

Sevilla, 1876.

LAS DOS HERMANAS.

EPISODIO
DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

I.

La guerra es uno de los males con que Dios aflige y castiga la soberbia de los hombres, un espantoso semillero de catástrofes, que causa la ruina de las más grandes naciones de la tierra. Díganlo si nó el Egipto, la Grecia, Roma, Cartago y otros pueblos, que de domina-

dores, vinieron á ser, por los reveses de la guerra, tristes esclavos de los que en ella los habian vencido.

En la guerra todo se olvida y se pisotea. La religion, el respeto, el honor, la moral, padecen en extremo. El corazon humano tiembla. Los sentimientos de caridad se enfrian, se endurecen, se extinguen. Los lirios de las virtudes se tronchan, se marchitan al rabioso huracan de las pasiones brutales, y todo es llanto, miseria, desconsuelo y confusion. El siguiente horrible episodio probará, por completo, estas verdades.

En el año de 1809, á los cuatro meses de la famosa batalla de «Talavera de la Reina,» un pariente mio, «Guardia de Corps,» que, con sus esclarecidos compañeros, tuvo la gloria de encontrarse en ella, disfrazado de aldeano, venia, con licencia de sus jefes, á Grazalema, su pátria, á descansar entre su familia de las fatigas de la campaña.

La noche que llegó á Andújar supo, en una barbería donde lo afeitaban, que el Padre Piyato, Corrector del Convento de la «Victoria,» huyendo de los fran-

ceses, que estaban próximos, marchaba á la mañana siguiente á su pueblo natal, en la cercanía de Ronda.

Mi tio, esperando ser recibido por el Corrector con la amabilidad que era propia, que siempre tuvieron los hijos de San Francisco de Páula, se dirigió á su casa. El Padre Corrector, con su familia, que estaba compuesta de dos lindas sobrinas, recibiólo con la más esquisita finura, la cual se aumentó al saber el nobilísimo Cuerpo á que pertenecía.

—Con mucho gusto, caballero, le dijo el Corrector, seremos acompañados por un «Guardia de la Real Persona,» encubierto con esa humilde vestidura» Desde su fundacion, debida á Felipe V el «Animoso,» han servido en vuestro ilustre Cuerpo los jóvenes más ricos é hidalgos de España. Yo tambien he tenido parientes en él. En Talavera de la Reina os habeis portado con el valor, con la bravura de los que, peleando, defienden á su «Dios,» á su «Pátria» y á su «Rey.» Un edecan del general Cuesta, que hace cuatro dias estuvo hospedado acá, nos dijo que las cargas de los «Guardias»

habian sido brillantes y valerosísimas. Podeis, por lo tanto, estar contento de pertenecer á un Cuerpo tan bizarro y distinguido. Siempre al lado de los Reyes hay y habrá caballeros y valientes. El respeto, el pundonor y la delicadeza, se aprenden en los Palacios, donde habitan los grandes del mundo.

II.

Muy de mañana estaba mi tio á la puerta de la casa del Corrector. Dispuestos los preparativos necesarios, pusiéronse en camino, en un carro muy cómodo y ligero. La jornada fué corta y feliz, llegando á pernoctar en un pueblecito, cuyo meson estaba atestado de gentes, que tambien huian, como nuestros viajeros, de los bárbaros invasores.

Las preciosas sobrinas del padre Corrector, acomodáronse en una salita del patio, y mi tio y otras varias personas, al calor de la lumbre que ardía en una

gran chimenea, pasaron una noche dulcísima, escuchando algunos episodios interesantes de la vida de aquel sábio Religioso.

El Padre Corrector habia recorrido el mundo. Misionero en las Indias Occidentales, el Niágara salpicó su cabellera con sus blancas espumas; los cedros del Uruguay le dieron sombra, y los puentes providenciales de los Andes le habian dado paso en sus santas misiones. En Europa habia costeado las orillas del Eurotas y del Peneo; bebido las aguas de Aganipe y de Aretuza; pisado las arenas de Maraton y de Salamina, y arrancado alabastros al Areopago y al Partenon. En la «Tierra Santa» habia cortado flores á las adelfas del Jordan, y á los rosales de Jericó; subido al Sinaí, y visitado las cumbres del Calvario. El padre Corrector, en fin, habia caminado con inteligencia y gusto, apuntando sus impresiones en un libro de memorias, para despues, enriqueciéndolas, publicar sus «Viajes.»

Elocuente, hasta lo sumo, estuvo el Corrector en su relato. Sus pinturas vi-

vaces, sus doctos consejos, sus consideraciones profundas, gustaron sobremanera á mi tio y á los demás oyentes, los cuales lo miraron con el particular respeto, con la benevolencia dulcísima, que siempre producen la vista y las palabras de un gran sábio, de un crítico severo, de un consumado erudito.

III.

Al salir el Sol, ya estaban de viaje. Aligeraron para no ser sorprendidos por un regimiento de Coraceros, que venia dos leguas á retaguardia.

Era ya el oscurecer, cuando entraron en un lugarillo, hospedándose en un parador que estaba al principio de su calle mayor, y cuyos corrales daban con sus tapias al campo. Los cuatro y el carrero pusiéronse á la lumbre que ardía en la ancha cocina.

Poco antes de las «Animas,» un inmenso vocerío se levantó por todas par-

tos, gritando: «los franceses, los franceses.» Este clamor fatídico oíase en las calles y las plazas. Los hombres, las mujeres, los niños, los ancianos, lo repetían llenos de pavor. «Huyamos, huyamos,» y atolondrados, corrian en tropel.

El posadero, su familia y todos los que estaban en el Meson, se disponían á huir, para ponerse en salvo, cuando hé aquí que un gran piquete de Coraceros franceses, á trote largo, entran por la puerta de la posada, apeándose en el patio. De repente, el terror más espantoso sobrecoje á la muche Inmbre que estaba dentro de ella. El Corrector, sus sobrinas y mi pariente, corren despavoridos á sentarse á la lumbre que habian dejado. Ocho Coraceros entran en la cocina. Quieren indagar en lengua medio española, pronunciada perversamente, sus procedencias, y viendo la belleza de las sobrinas del Corrector, con ánsia impúdica, agarrándolas de las manos, la sacan al campo, detrás de las tapias de la posada. Al verlas ir, acuden otros muchos Coraceros. A la hora, sus almas puras, estaban en la eternidad, y sus

cuerpos, violados por aquellos caribes sibaritas, yacían en el suelo, presentando á los ojos del hombre sensible, el cuadro más horroroso y lamentable. Mi tio, que era hombre de gran serenidad y fuerzas, sujetaba al Corrector, que atacado de rudas convulsiones, se arrastraba por los suelos de la cocina.

Vuelto en sí, con la ayuda de algunos medicamentos, dispuso el entierro de sus desventuradas sobrinas para la mañana siguiente. El cura párroco, algunos religiosos de varias órdenes, que disfrazados, estaban de paso en aquel lugarejo, y mi tio, seguidos de un numeroso cortejo, las acompañaron á su última morada. La enmohecida pala del sepulturero, arrojó sobre las frentes de aquellas dos flores marchitas, la tierra fria, en medio de las sentimentales oraciones de los sacerdotes, y entre las lagrimas de los concurrentes. Así acabó tan lamentable episodio. ¡Guerra maldita: tú traes al mundo estos horrores; tú causas estos desastres!

LA TIA JAQUECA.

I.

A principios del siglo XVIII vivió en la villa de Marchena, calle Turquillo, una vieja de más de sesenta años, vendedora de huevos, de pollos y de gallinas, de color morena, calva, cana, boca y ojos grandes, desgarrapada, muy borracha, embustera y chismosa, conocida por la «tia Jaqueca.»

Nadie del barrio de San Miguel, estaba á cubierto de las aceradas flechas,

de la lengua serpentina de la «tia Jaqueca.» Ni el clérigo, ni el fraile, ni el noble, ni el plebeyo, ni el rico, ni el pobre, ni el casado, ni el soltero, se libraban de sus punzantes sarcasmos. La «tia Jaqueca» decia y aseguraba saber la vida de todo el mundo. Si eran buenos, si eran malos, si eran nobles, si eran pecheros, si eran ricos, si eran pobres. Jamás se le caia el mantoncillo de la cabeza, correteando con sus pollos y sus gallinas, de casa en casa, para formar grandes chismes, en cuyo valioso ejercicio, era una ágil maestra. Por nada hacía la «tia Jaqueca» un bien tejido enredo, el cual llevaba lás lágrimas y las desventuras á toda una familia entera, ora separando esposos, ora hermanos, ora hijos, ora amigos.

Ya porteando sobre sus hombros sus pollos y sus gallinas, y dentro de su cabeza sus chismes y sus enredos, se veia viajar pos la calle de «Moniche:» ya subir por el «Arco de la Rosa:» ya sentarse á descansar á la sombra de las altas piedras del «Barranco:» ya recorrer las «Peñuelas,» la «Senda Ancha» y el «Can-

tillo de la Madre de Dios:» ya, en fin, hartándose de agua, como una hidrópica, en los anchos caños de la fuente de las «Cadenas.» La «tia Jaqueca,» como el génio del mal, se hallaba en todas partes.

II.

En la misma calle Turquillo, no léjos de la casa de la «tia Jaqueca,» vivia un viejo gitano, más feo que Barrabás, esquilador de bestias, llamado el «tio Carambo,» el cual, cuando se embriagaba, que lo hacía diariamente, le daba la borrachera por venirse á su puerta para insultarla, cantándole coplas provocativas. El «tio Carambo» y la «tia Jaqueca,» desde niños, se habian tenido mucha aversion uno á otro, y con los años iba ésta creciendo cada dia más y más.

Cuando la «tia Jaqueca» sentía al «tio Carambo» en la puerta de su casa, poniéndose trémula de ira, se asomaba á

ella. Entonces tenian lugar entre estos dos ridículos personajes los más graciosos y originales diálogos. Bien levantándose las manos, se apostrofaban con dureza; bien riéndose irónicamente, se miraban al soslayo; bien guiñando los ojos, se preparaban á darse puntapiés; bien, en fin, meneando las cabezas, se amenazaban de muerte.

Los vecinos de la calle Turquillo, juntos y congregados en la puerta de la «tia Jaqueca,» reian á carcajadas, con los dichos y las ocurrencias de estos dos feos y desgarrapados contendientes. El «tio Carambo» y la «tia Jaqueca» eran la eterna diversion de todo el barrio de San Miguel. Si Juvenal, Marcial, Alcázar, Cervantes, Quevedo, Iglesias, ó Larra los hubiera visto y estudiado, tendríamos algunas obras más de las razonadas plumas de estos grandes ingenios.

III.

Dificilísimo es, á la verdad, traer al lienzo de la escritura, (permítasenos esta frase), los originales tipos del «tio Carambo» y de la «tia Jaqueca,» sus raros accidentes, sus refrancillos sin iguales. Para estos asuntos el pintor tiene mucho menos que hacer que el escritor. El pintor no tiene más que copiar del natural con grave exactitud, con severa conviccion. El novelista tiene que copiar, y además que crear. La copia del pincel no es tan árdua ni tan trabajosa como la de la plana. De aquí nace que siempre veamos mayor número de buenos pintores de costumbres, que de escritores. Abramos, pues, las historias de todos los pueblos cultos, y nos convenceremos de ellos.

IV.

Una mañana, bien temprano, el «tio Carambo,» lleno de coraje, llamó á la casa de la «tia Jaqueca.» Esta, que aún estaba acostada, le respondió desde la cama.

—Allá voy, «tio Carambo.»

—Pronto, pponto, «tia Jaqueca:» por que si nó, marcho desde aquí á llamar al señor Asistente, y vendrá á levantar á usted con la vara de la Justicia. ¿Dónde tiene V., pícara vieja, las tijeras que, estando borracho, me robó anoche de la cintura?

—¡Está V. loco, «tio Carambo!» ¡Está usted borracho! Yo no he visto, ni tengo semejantes tijeras. Si no es cierto lo que digo, que el «Cristo de San Pedro» no me dé salud.

—No jure V., maldita vieja, porque no le creo ni el Evangelio de la misa. Mi

sobrino Juanillo el «Pastiri,» me lo ha dicho, que vió á V. robármela.

La «tia Jaqueca,» que por oirlo, se las habia quitado, conociendo que el «tio Carambo» tenia razon, pero que venia como siempre á hacerla rabiar, ideó un medio de librarse de las justas reclamaciones de su contrario.

—Allá voy, «tio Carambo,» á dárselas á Vd., que me estoy acabando de vestir.

Entonces, saliéndose al pátio, llenó de cal de Moron una ancha maceta que tenia para blanquear la casa. Con ella en la mano, subió al sobrado, y asomándose á una ventana sin reja, que estaba encima de la puerta de la calle, cerca de la que permanecía el «tio Carambo,» le dijo:

—«Tio Carambo:» allá van las tijeras. Recójalas V. Lanzándole con mucha violencia toda la cal de la maceta.

—¡Ay Vírgen Santísima de los Desamparados!» ¿Qué ha hecho V., maldita vieja, con el «tio Carambo?» le preguntó, bañado de cal de Moron desde la cabeza hasta los piés.

—¡Milagros del Omnipotente! Convertir lo negro en blanco, contestó la «tia Jaqueca,» con tono burlesco.

Así era. El «tio Carambo,» más negro que el grajo de la fabula, habia pasado repentinamente á ser un blanco, elegante templario. Su cabeza, su cara, sus brazos, sus piernas, todo el «tio Carambo» se hallaba albo, como la nieve. No podia mirarse á sí mismo, porque teniendo los ojos llenos de cal, mientras más qnería quitársela con las manos, más y más se los tapaba

Los vecinos de la calle Turquillo, muertos de risa, por ver al «tio Carambo» de aquella manera, lo silbaban tocándole los almireces y los cencerros. Pero el «tio Carambo» con mucha resignacion y fortaleza de ánimo, sufria las burlas y los escarnios de todos. El «tio Carambo» dejaba pasar los ataques burlescos de sus paisanos, de la misma manera que el caminante, sentado á las orillas de un arroyo embravecido, deja pasar sus furiosas corrientes esperando, para atravesarlo, que la Santa Providencia las calme y las tranquilice.

V.

Poco á poco la «tia Jaqueca» y el «tio Carambo» fueron odiándose ménos. Ya los vecinos de la calle Turquillo no los veian reñir tan á menudo ni con tanta fúria.

Nunca pudieron presumirse, que del ódio pudieran pasar al cariño. ¡Grandes y comunes metamórfosis humanas, que la misma mano de Dios, invisible para el impío, las ejecuta, dándonos á conocer en ellas, su amor y su clemencia!

Una mañana, en la Misa Mayor de una de las parroquias de la villa de Marchena, el sacristan leyó desde el presbiterio, la primera amonestacion del castellano nuevo, conocido por el «tio Carambo,» con la «tia Jaqueca.»

Todos los que estaban oyendo misa, se quedaron sorprendidos. Jamás podian imaginarse los sensatos vecinos de Mar-

chena, que el «tio Carambo» y la «tia Jaqueca,» los cuales, desde su más temprana niñez se habian odiado de muerte: que tanto se habian insultado: que tanto se habian maldecido uno á otro, fueran á unirse para siempre con el lazo indisoluble del matrimonio, con el santo lazo, formado por el mismo Jesucristo, para bien de su iglesia y de las sociedades de la tierra; con el lazo suavísimo que une, estrecha é inflama, con sagrado fuego, á dos seres; para vivir juntos amorosamente y para asistirse el uno al otro, en todas las penalidades inherentes á esta miserable vida.

A su tiempo oportuno el Sacerdote del Altísimo los unió para siempre. Desde entónces el «tio Carambo» y la «tia Jaqueca,» que habian sido, por sus malas costumbres, dignos objetos de escandalosas befas, fueron vivos ejemplos de severas virtudes y de altos merecimientos. Devotisimos del «Señor de la Vera-Cruz» y del «Cristo de San Pedro,» acercándose diariamente á las fuentes limpísimas de la penitencia, de edad muy avanzada, acabaron, sus dias. como dos

ángeles del cielo, dejando gratos recuerdos de su arrepentimiento y de su santidad, entre los caballerosos hijos de la noble y piadosa Marchena.

LA CENTURIA ROMANA

I.

Era el año 20 de la muerte de Cristo. Una agradable primavera envolvia, entre delicados perfumes, á toda la Ussethania. Los claveles, las rosas, los lirios y las azucenas, aromatizaban sus alegres territorios. Los altos pinos, azotados por las áuras, movian en giros caprichosos sus verdes ramajes. Las mariposas con su volar revuelto, cruzaban los vergeles y los valles. Los corderillos saltaban triscantes y retozones en las orillas de los rios poetizando con sus balidos melancolicos, los cerros y las ca-

ñadas, los montes y las praderas. La Diosa de los campos, en fin, reclinaba sobre pintadas florecillas, su olorosa frente.

Venía la aurora. A las márgenes de la ribera de Buerba, cerca de Itálica, una airosa Centuria romana, formando círculos, con los caballos del diestro, cantaba un himno marcial, cuyo estribillo era:

Por Roma, muramos,
En sangrienta lid:
Muramos por Roma:
Que es dulce morir.

II.

El arrogante Centurion Virgilio, que la mandaba, con ánforas, llena del precioso vino de la «Huerta de Hércules» (1),

---

(1) Durante la larga dominacion sarracena, se llamó el «País de las flores» ó el «Aljarafe.»

repartía á sus guerreros, diciéndoles:

Bebamos, bebamos:
Por Roma brindemos;
Y en duras batallas,
Siempre venceremos.

III.

Por la misma orilla donde estaba la elegante Centuria de Virgilio, venía una lindísima Pastora tras su blanco rebaño. Empuñaba un cayado de jazmines. Un flotante cendal de gasa blanca, la envolvía. Las cintas azules de su gracioso sombrerillo de paja, flotaban al aire. Sus negros cabellos cubrian sus espaldas. Rodeábanla muchos corderillos, con ramas de azucenas en las bocas, mientras otros, dando amorosos balidos, saltaban á su alrededor.

Al aproximarse la Pastora, los invencibles soldados sintieron dentro de sus corazones un desconocido impulso de

amor, una extraña emocion de esperanza, un raro se timionto de respeto, que jamás hasta entonces habia i experimentado.

El Centurion Virgilio, con el casco de guerra en la mano, acercándose á la Pastora, le dijo así:

—Bella Pastora: los Dioses te guarden. ¿Eres de la vecina Itálica?

—No.

—Pues entonces, ¿de dónde eres?

—Soy de la Judea.

—¡De la Judea! repitió el Centurion asombrado. ¿Conociste á María, continuó, la Madre de Jesús, de aquel bellísimo mancebo, ahora cuatro años, en el Monte Calvario, de quien mi padre, que mandó la Cohorte Romana el dia de su suplicio, me habla siempre con mucho entusiasmo?

—Sí. Yo soy María; esa misma mujer por la que me preguntas.

Al acabar estas palabras, cuatro coros de ángeles, bajando de los cielos, despues de coronar á la Vírgen de nardos y de jacintos, comenzaron á tocar con harpas de oro himnos dulcísimos,

gratísimas canciones, mientras los corderillos alegres vagaban por aquellas perfumadas praderías.

VI.

Sobrecogidos los briosos romanos de pasmosa confusion, mirándose unos á otros, no sabian qué hacer.

Entonces Virgilio, puesto de rodillas delante de la Divina Pastera, exclamó:

—¡Bendita María: estrella de los mares, lirio de las florestas: yo quiero entrar en tu rebaño: yo confieso á Jesucristo, tu Hijo inmaculado, por mi Padre y por mi Dios!

Al llegar aquí el Centurion Virgilio, echando una rápida ojeada sobre todos sus batallones, con tono imperioso les pregunta:

—¿Y vosotros?

—Tambien lo confesamos, fué el grito unánime de la Centuria.

V.

Al momento se apareció, revestido de blanca túnica, rodeado de clarísimos resplandores, S Gerónimo, mártir, obispo de Itálica, y por mandato de María, bautizó, en la inmediata ribera de Buerba, á toda la Centuria, en el nombre del «Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,» á cuya conclusion, la Pastora y su rebaño, rápidamente desaparecieron.

VI.

Las benditas aguas de la ribera de Buerba, lavaron del pecado original y de las feas manchas del gentilismo, las súcias frentes de aquellos ilustres guerreros. Los unos, entre los que se contaba al Centurion Virgilio, comenzaron á

derramar por los pueblos de la «Huerta de Hércules,» las flores olorosas del Evangelio. Los otros, aprisionados por el soberbio Pretor de la Bética, sufrieron la muerte, alcanzando la palma del martirio en el anfiteatro de Itálica.

LESBIA Y AGRIPINA.

I.

Roma, la poderosa Roma, la de los valientes capitanes, la de las legiones invencibles, ilustre cuna de grandes oradores, de poetas inspirados, de profundos críticos y de artífices primorosos, dominaba en la risueña Bética. Templos alabastrinos levantábanse en sus colonias y municipios. Márte y Minerva, Flora y Júpiter, Pluton y Vénus, eran

las principales deidades que adoraban sus pobladores. La luz de la «Buena Nueva,» todavía no la alumbraba, y el Bétis y el Odiel, y el Ménoba y el Dáuro, no habian parado sus áureas corrientes, para escuchar los melancólicos «Trenos» de Jeremías, los «Salmos» robustos del Rey Profeta, ni los sentimentales «Cantos» del sacerdote cristiano.

En la Isla Eritrea, rincon de la Bética, y uno de sus más alegres territorios, (1) vivia una noble familia romana, cuyos mayores sirvieron en las Armadas de la República, y habian batallado contra Cartago en la mayor parte

(1) La Isla Eritrea comenzaba en el puente Zuazo, y comprendía todo el espacio que hay hasta Cádiz. En ella existian algunos puertos de mar, sobresaliendo entre todos, la antigua «Gades,» emporio del comercio y de las riquezas de la Europa Occidental.

Las mujeres de esta isla tenian fama en la Bética por su talento y hermosura. Eran lindas, elegantes, blancas y rubias, como las inglesas de nuestros tiempos. Varios poetas las cantaron en alegres y primorosos dísticos.

de las sangrientas «Guerras punicas.» En ella se contaba á la graciosa «Lesbia,» jóven de diez y seis años, á la que Vénus habia dado su belleza, Apolo su inteligencia y Jano su paz y su templanza. «El Lirio de la Eritrea,» que así la llamaban todos, era la gala de aquellas comarcas.

II.

Enamorada Lesbia de un gallardo Centurion, que habia visto una mañana en el suntuoso vestíbulo de un templo de Minerva, daba á su familia, contraria á estos amores, muchos disgustos. Sus padres habian querido casarla con un primo suyo, el cual, militando con gloria en las legiones de caballería de la República, se ahogó en las costas de la Mauritania Tingitana.

Traida por sus padres á Rómula, á la casa de unos deudos, con el intento de que olvidara al Centurion, cayó á los

pocos dias con una grave enfermedad, que casi la arrastró á las puertas de la muerte.

Ya restablecida, obedeciendo á sus buenos padres, dejó los amores del Centurion. No tardó mucho tiempo sin que éste muriese en la Lusitania en una sangrienta batalla, cerca de la ciudad de Braga. Antes de espirar, hizo testamento, nombrando á la ingrata Lesbia heredera de sus ricos bienes, los cuales consistían en dilatados terrenos en la Bética, á las faldas de los Montes Marianos, y en muchas casas en Roma.

III.

La preciosa Lesbia tomó posesion de tan inmensos caudales, y desde entonces fué la dama más rica y elegante de la alegre Rómula. Sus poetas la cantaban en amorosos dísticos, sus pintores la trasladaban al lienzo, sus estatuarios la esculpian en mármoles de Corinto y de

Paros, sus donceles rendíanle homenages, salpicando su camino de rosas y de azucenas, de lirios y de amarantos, y todos los habitantes de esta gran Colonia la aplaudían sobremanera.

Habiendo, pues, sus padres trasladado su domicilio de la Isla Eritrea á Rómula, vivia Lesbia en medio de la más refinada elegancia y la opulencia más deslumbradora.

IV.

Un viajero romano, hijo de una poderosa familia patricia, que vino á visitar á Itálica, para escribir su historia, vió á Lesbia en las célebres fiestas de «Los llantos de Vénus,» quedando prendado de ella. Jóven de talento, de figura delicada y de profundos estudios, fué admitido en sus pretensiones. Lesbia le dió el «sí.»

Silvio, que así se llamaba el viajero, envidiado era de todos los mancebos ro-

mulenses, á quienes Lesbia habia negado su amor. En los templos, en los paseos, en las tertulias, Silvio ocupaba un lugar distinguido. Su aficion á la literatura y á las bellas artes, le abrieron las puertas de todas las Academias y los Museos, que en aquella remota época florecian en la Reina del Bétis.

Silvio era autor de sentimentales composiciones poéticas, y pintaba paisajes correctísimos. El Bétis, como un cinturon de plata, serpeando por la Ossethania, el Ménoba con sus agrestes tristes orillas, el Guadaira con sus cañadas pintorescas, los cerros de Ossket, y las praderas de Itálica, las habia Silvio traido al lienzo, con dibujo severísimo, dulce colorido y verdad admirable. Sus paisajes, pues, eran el encanto y la envidia de los inteligentes.

V.

Llevado Silvio de su aficion á la literatura y á las bellas artes, visitó, con mucho aprovechamiento, á Caura, á Jucci, á Siárum, á Martia, á Alisa Alicense, á Carissa Aurelia, á Ilipa, á Urso, á Iliturgis y á otras varias colonias y municipios de la Bética, sacando de todos ellos vistas risueñas, bellos paisajes, los cuales, expuestos en Rómula al público, le grangeaban fama justísima de pintor y de literato.

VI.

En la visita que hizo á Carissa Aurelia para estudiar su famoso templo, consagrado al Dios de la Guerra, conoció á un jóven cántabro, que desde su pue-

blo natal «Merodium,» habia tambien venido á visitarlo. Virgilio, que este era su nombre, y Silvio, fueron desde entonces amigos inseparables.

No habia, pues, ninguna jóven de alta clase en la culta Rómula, que no estuviese enamorada de alguno de estos dos brillantes mancebos. Virgilio, además de ser hijo de padres riquísimos, tenia una figura clásica, mucho talento, y cultivaba con profundidad el vasto é insondable estudio de las antigüedades.

VII.

Agripina, hija única del soberbio Pretor de la Bética, jóven lindísima, se enamoró de Virgilio y éste de Agripina. Viéronse la primera vez en una casa de campo á orillas del Bétis, al pié de los montes Ossethanos, cerca de donde hoy está la villa de Gelves, á la que el Pretor mandaba á su familia para pasar las hermosas primaveras. Allí jurábanse

LA DAMA
DEL MANTO NEGRO

I.

La una de la noche del dia 18 de Diciembre de 1624, acababan de dar los relojes de la villa de Marchena. La luna, con pálidas tintas, alumbraba sus silenciosas calles, sus desiertas plazas. El buho, posado sobre las torres, lanzaba lastimeros gemidos por aquellas mudas comarcas. El balido de las ovejas y el ladrar de los perros del ruedo, impri-

mian en el corazon humano grandes sensaciones, despertando en el alma melancólicos recuerdos. Los frailes y las monjas, cual palomas del desierto, dirigian al Todopoderoso sus agradables cánticos. Tal era, en aquellas horas, el cuadro poético de la villa de Marchena.

II.

La «Dama del manto negro,» esperando al «Caballero de la mano de hierro,» pasea por la calle de Orgaz, entre las densas tinieblas de la noche. Tan pronto se asoma á la de San Sebastian, tan pronto á la de Santa Clara. Ya se vé en la esquina de la del Cid, ya en la de Figueredo.

—La una ha dado. No viene. ¿Dónde estará á estas horas? ¿Quién lo habrá entretenido? ¡Voto á brios, que si me falta á la cita, lo voy á atravesar con esta daga! Estuviera bueno que á la «Dama del manto negro,» acostumbrada

á ser la Vénus de los primeros personages de todas las Córtes Europeas; á la que se ha visto sobre los mondados riscos del Mongibelo, y bajo las grandiosas cataratas del Niágara; á la que ha asistido á las bacanales lascivas de la riente Italia, á los suntuosos saraos de la ceremoniosa Inglaterra; á la que, en fin, ha recorrido el mundo, viniera ahora á burlarse de ella, ese oscuro «Caballero de la mano de hierro,» salido de uno de los más pobres y olvidados rincones de Extremadura, de la villa de la Alconera!

Por la calle del Cid, desembocando en la de Orgaz, viene el «Caballero de la mano de hierro,» con ancho sombrero á la chamberga, embozado en su rica capa de azul de terciopelo de Utrech, forrada de finísimas pieles de Arabia.

—¡Ingrato, cruel! le dice con afable tono la «Dama del manto negro.» ¿Dónde te has entretenido?

—Me he entretenido, le contestó, con desfallecido acento el «Caballero de la mano de hierro,» en ayudar á bien morir á un gran pecador, arrancado de la

tierra en la primavera de su vida, y enmedio de sus desenvolturas.

—¿Quién es? ¿Quién es?

—Mi paisano, mi compañero de libertinage, don Alvaro Tinoco de Castilla, natural de la villa de Alange, en Extremadura, el cual vino á Marchena á visitar á una antigua amante que conoció hace doce años en la ciudad de Mérida. Ya habrá sido castigada el alma de mi triste amigo en el Tribunal del Juez de los Jueces. Ya ¡ay de ella! estará ardiendo en los infiernos

Cuando el «Caballero de la mano de hierro» acabó estas últimas tremebundas palabras, la «Dama del manto negro» cayó á tierra desmayada, junto á las paredes de la parroquia de San Sebastian.

Un gran ruido, como de aves de rapiña, revoleteando, se oyó en los aires.

—¡Dios mio, Dios mio, qué me pasa á mí; que escucho, qué veo! exclamó el «Caballero de la mano de hierro.»

En esto, unos cuantos bultos negros aparecen fronteros á la puerta cerrada de San Sebastian, cantando con débiles

voces un melancólico responso.

Aterrado el «Caballero de la mano de hierro» con aquella pavorosa aparicion, dando algunos veloces pasos, llegó al sitio donde la «Dama del manto negro» habia caido al suelo desmayada. Pero en vez de una mujer hermosa, de un cuerpo vivo, se encontró con un rostro verdinegro, con un horroroso cadáver.

—¡Dios mio, exclamó el «Caballero de la mano de hierro,» que castigo tan claro, tan patente y ejemplar! Adios, le dice retirándose á largos pasos; adios mujer ilusora, mujer de mis sueños. ¡Dios te haya perdonado! Yo voy á buscar, desde ahora mismo, el único remedio que hay en la tierra para el alivio radical de mis viejos males. Adios, mujer desgraciada, adios.

III.

La Santa Hermandad recogió por la mañana el feo y azufrado cadáver de la

«Dama del manto negro,» la cual habia muerto repentinamente enmedio de sus escandalosas desenvolturas. El «Caballero de la mano de hierro,» arrepentido de sus liviandades, saliendo de Marchena en aquella misma hora por el arco del Berral, se retiró á una oscura gruta de los montes de Sierra Morena, donde acabó sus dias, mortificando, como otro San Gerónimo, su lasciva carne y sus apetitos desarreglados.

EL CORRAL DEL MOLINILLO.

I.

En la calle de la Morería, collacion de la parroquia de San Pedro, el Real, de la ciudad de Sevilla, que ya, por el derribo de dos cuarteles de soldados, forma la parte de entre Oriente y Norte de la plaza de los Descalzos, despues del Príncipe D. Alfonso, y hoy de Argüelles, habia en el siglo XVI una gran casa de vecinos, llamada el Corral del

Molinillo, cercana á la de la Padilla, donde habitaban muchas pobres gentes. Devotísimas todas ellas de Nuestra Señora del Pilar, Patrona de aquella Parroquia, la festejaban sus dias, poniendo en el ancho pátio de la casa, gracioso tabernáculo lleno de flores, en medio del cual colocaban una linda imágen de la Señora, obra de los buenos pintores de aquella época venturosa.

Las luminarias, las músicas, los bailes, los castillos de fuego y los coros de niños y de niñas, llamaban por la noche al Corral del Molinillo concurrencia numerosa de personas de todos sexos, edades y condiciones.

II.

La de 1545, como á las Animas, entró en el pátio un jóven alto, airoso, de arrogante figura, sentándose en un escaño de madera, que acababa de desocuparse.

Apenas habia tomado asiento, cuando, para retirarse, pasó cerca de él una hermosa Dama ricamente vestida, llevando tras de sí, á respetuosa distancia, á su escudero. Atraido por su rara belleza, si ser notado por nadie, se levantó casi involuntariamente para seguirla. Ya en la calle, acercándose á ella, le dijo en voz baja y afabilísima:

—Señora, perdonad mi atrevimiento. Quisiera hablaros.

—¿Quién sois?

—Un poeta esclarecido.

—Mucho me gustan las rimas. Pero aunque me cantárais con el laud de Tibulo, la lira de Pindaro, ó el caramillo de Virgilio, no puedo escucharos, nó; pues me lo prohiben la moral cristiana, la decencia y mi alta clase.

—¿Por qué, Señora?

—¿No lo adivinais?

—¿Sois casada, por ventura?

—Sí.

—Entonces voy á alejarme de vos.

—Haced lo que gusteis.

III.

A la media hora, despues de haber atravesado muchas torcidas calles y algunas plazuelas solitarias, estaba á la tibia luz de la luna la bella Señora, en una arabesca ventana alta de su palacio pintoresco, volviéndole contésmente un grave saludo al jóven desconocido que, al retirarse, se despedía de ella.

IV.

El jóven desconocido era el «divino» Fernando de Herrera, la Rica Hembra, doña Leonor de Milan. En el Corral del Molinillo se conocieron, para quererse con cariño platónico y eterno. El grande Herrera, pulsando el laud melancólico de Tíbulo y la sonora cítara de Pindaro,

en tristes elegías la cantó con el nombre de «Eliodora.» Hay mujeres afortunadas, y ésta fué una de ellas.

V.

Sevilla, en fin, reduciéndose á menudos escombros silenciosos, se hundirá en la nada. El tiempo echará sobre sus hijos el pesado velo de la muerte, mientras que la hermosa «Eliodora,» salvada del olvido, verá pasar ante sí las edades y las generaciones, las cuales exclamarán así: «¡Esta es Eliodora, doña Leonor de Milan, la hermosa Condesa de Gelves, cantada en robustos versos por el grande Herrera!»

LA CABRERA DE MOGOLLON. (1)

I.

En el año de 1700, en uno de los sitios más alegres de la dehesa de Mogollon, levantábase humilde cabaña, habitada por una piadosa é ingénua familia. Formábanla Eustaquio, su mujer Rufina y dos jóvenes, Perico y Teresa, sus hijos.

En aquella olvidada choza, reunidos

(1) Rica dehesa, una legua del Norte de Sevilla.

en santa paz, alababan á Dios á todas horas. Allí se amaban todos con el amor de los ángeles. Allí deslizábanse los dias de la vida humana, como las gotas de rocíos por las frondosas hojas de los árboles. Allí, en fin, resonaba el dulce nombre de «María,» como el áura entre la espesura de las selvas, ó entre el hondo silencio de los valles.

Una piara de cabras sostenía á aquella familia. Todos las madrugadas, montado en una mula, venía Eustaquio á Sevilla á vender la leche, llevando á su vuelta á la Cabreriza el diario abastecimiento.

II.

Perico y Teresa eran las únicas delicias de aquellos venturosos padres. Sumisos, afables y obedientes, como hijos de bendicion, endulzaban los dias de Eustaquio y de Rufina. Perico ayudaba á su padre en la guarda y el cuidado de

la manada, y Teresa á su madre en los quehaceres domésticos. La linda Teresa, bella como Vénus, era «la flor» de aquellas soledades. Su tipo griego, su gracia, su gentileza y su carácter dulce y benévolo, formaban el encanto de todas las gentes que la conocian.

III.

Al alba de una tenebrosa noche de invierno, que bramaba el huracan furioso, y la lluvia, á torrentes, caia de los cielos, dos fuertes aldabonazos, dados en la puerta de la cabreriza, despertaron á aquella buena familia. Eustaquio, lleno de susto por tan impetuosos é inesperados golpes, saltando del lecho, con firme voz pregunta:

—¿Quién llama?

—Abridnos. No hay cuidado, contestaron dos voces varoniles.

—¿Quiénes sois? volvió á preguntar Eustaquio.

—Caminantes descarriados.

Entonces Eustaquio, encendiendo el belon, acercándose á la puerta, tirando del cerrojo, la abrió de par en par, y viendo á dos jóvenes, ginetes en magníficos caballos, los saludó, diciéndole:

—Buenos dias, señores. ¿En qué puedo serviros?

—En darnos posada, contestó uno de los ginetes.

—Pues apearos ya, que aquí la teneis limpia, segura y de buena voluntad.

IV.

Los dos caballeros se desmontaron. Eustaquio y Perico condujeron los briosos corceles á una cuadra, contigüa á la choza, y los dos huéspedes fueron después presentados á Rufina y Teresa, las cuales recibiéronlos con grata amabilidad.

D. Gonzalo, que así se llamaba el mayor y más gallardo de los recien llega-

dos, al ver la hermosura de Teresa, al punto se enamoró de ella. Herido de repente su corazon, tuvo que reprimirse mucho para no manifestarlo á las claras.

—¡Qué jóven tan bella! La Flora de estas soledades, le dijo en voz baja á su compañero Alvaro.

V.

Como la mujer generalmente es curiosa por índole y por costumbre, luego que los viajeros, para secar sus ricas vestiduras tomaron asiento alrededor de una viva hoguera encendida al caso, Rufina les hizo las siguientes preguntas.

—¿Quiénes sois?

—Caballeros Gaditanos, contestó don Alvaro.

—¿Dónde caminais?

– A reunirnos al Cuartel Real de Felipe V «el Animoso,» para combatir á

los Aliados, que les disputan el Trono de España.

—¿Teneis padres?

—Sí; ellos nos envían.

—Pues entónces Dios manda la obediencia. Él irá con vosotros

VI.

Durante este ligero diálogo, don Gonzalo no habia apartado la vista de Teresa, ni ésta de don Gonzalo. Los dos estaban ya poseidos de una misma idea, de un mismo sentimiento; el «amor,» que salta por todas las consideraciones sociales; que atropella todos los respetos humanos.

Despues de la cena frugal, pero sana, los caballeros con la familia, rezaron el Santo Rosario, y ántes que Eustaquio marchara á Sevilla, fuéronse á descansar á un pequeño aposento, en lechos blandísimos.

Una lamparita de cristal, alumbraba

á una graciosa estátua, efigie de «Nuestra Señora del Amparo,» á cuya luz, sobre una limpia mesa de encina, don Gonzalo escribió, con lapiz, la siguiente carta, que metió debajo de las almohadas.

A Eustaquio y á Rufina.

Cabreriza de la dehesa de Mogollon, 14 de Diciembre de 1700.

Mis queridos bienhechores: Mañana cuando leais esta carta, ya estaré yo léjos de vosotros. Pedid al Dios de los Ejércitos que me salve de los peligros de la guerra. Si de ella salgo con vida, volveré á esta cabreriza, donde dejo un pedazo de mi corazon, mi dulce porvenir.

Despedidme de vuestro dos hijos, Teresa y Perico. Acordaos de mí en vuestras diarias oraciones, y mandad lo que gusteis á vuestro agradecido amigo y servidor, que nunca os olvidará, Gonzalo.

Cerró la carta con lacre y la escondió, como ya hemos dicho, debajo de las almohadas de su cama.

VII.

Tan luego como volvió Eustaquio de Sevilla, despues de haber almorzado, ensillando Gonzalo y Alvaro sus caballos, entre ofrecimientos cariñosos á aquella buena familia, prosiguieron su camino.

Llegados al Cuartel Real de Felipe V, tomando la bandolera de «Guardias de Corps,» marcharon con S. M. á Italia, donde en la batalla de Luzara, mandada por el mismo Rey, lucieron su denuedo y valentía.

Vueltos á España, el noble Gonzalo se encontró en las gloriosas batallas de Almansa y de Brihuega, en la que fué uno de los que cogieron prisionero al soberbio general inglés Stanhope.

Pero en medio de los combates, de las marchas y de todas las fatigas y azares de la guerra, Gonzalo no podía olvidar, ni un momento, á la linda «Cabrera de Mogollon» Solo ya, porque su amigo

Alvaro, mandando un escuadron de lanceros, habia muerto en la batalla de Almenara, perdida por el rey Felipe, daba ensanches á sus memorias amorosas, recordando aquella feliz noche que pasó bajo los techos de la cabaña de Teresa, y la carta, que dirigida á sus padres, habia dejado entre las almohadas de su lecho.

—¿La habrán leido? ¿Qué habrán pensado de mí aquellos ingénuos campesinos? se preguntaba muchas veces á sí mismo.

En efecto, los padres, bañados en lágrimas, la leyeron y la guardaron, sin darse por entendido con su hija Teresa. Como buenos cristianos, se entregaron en manos de la Divina Providencia, exclamando á una voz:

—¡Hija de nuestra vida: cúmplase en todo la voluntad de Dios!

VIII.

Muchas noches los padres de Teresa, encontrandola con las megillas llenas de lágrimas rezando arrodillada á los piés de «Nuestra Señora del Amparo,» le preguntaban:

—¿Por quién lloras? ¿Por quién rezas?

—Por aquellos dos viajeros que iban á la guerra, para que la Virgen Santísima los ampare y los socorra en todas las tribulaciones, salvándolos de los peligros de las batallas. ¡Pobrecitos, tan jóvenes como eran, y ya estarán oyendo el estruendo de los cañones, el lamento de los heridos, el «ay» de los moribundos!

—¡Hija bendita, no llores! Enjuga tus lágrimas. María los librará. Si mueren en el fragor de la pelea, bajando de los cielos, los cubrirá con su benéfico manto, para que espiren entre sus brazos amorosos No lo dudes, hija bendita, no!

IX.

De esta manera se pasaron diez años, al cabo de los cuales, una hermosa noche de otoño, en que la luna alumbraba con sus pálidas tintas los senderos y los matorrales de la dehesa de Mogollon, Eustaquio. Rufina y sus dos hijos, que estaban sentado á la puerta de la cabroriza tomando el fresco, sintieron á lo léjos las fuertes pisadas de un caballo galopando Teresa, llena de curiosidad, poniéndose de pié para mirar hácia dónde sonaba el galope del caballo, gritó con extrema alegría:

—¡Gonzalo, Gonzalo, allí viene Gonzalo!

Teresa no se habia engañado. Sus padres y su hermano, poniéndose tambien de pié, recibieron con marcadas señales de cariño á Gonzalo, el cual, despues de habar derramado su sangre en cien combates por su «Dios,» por su «Pátria» y

por su «Rey,» venía á ofrecer su mano á la linda «Cabrera de Mogollon.» ¡Hecho digno del mayor elogio, muy comun en aquellos tiempos de la castellana religiosidad, de la hidalguía española!

—¿Y don Alvaro? le preguntaron todos.

—Encomendadlo á Dios. Batiéndose al frente de un Escuadron de Lanceros en la infortunada batalla de Almenara, murió á manos de un capitan inglés de caballería, que desde el principio de la refriega habian peleado desesperadamente. El inglés, atravesado de un lanzazo, tambien murió en su último encuentro con don Alvaro. Momentos antes de espirar éste, mirando al cielo con ojos de dulce esperanza eterna, me dijo estas dolorosas palabras, las cuales tendré siempre grabadas en mi alma:

—Gonzalo mio, consuela á mis ancianos padres. El cielo ya me espera. No olvides, no, á los buenos cabreros que aquella noche tormentosa con tan afable hospitalidad, con tan dulce cariño, nos dieron asilo en su cabaña de la dehesa de Mogollon, cerca de Sevilla. Si algun

dia los vuelves á ver sobre la tierra, díles que el agradecido Alvaro, ya moribundo, se despide de ellos hasta la eternidad. Adios, Gonzalo, adios.

Al acabar estas sentidas frases, espiró entre mis brazos.

X

Marcadas ssñales de dolor salieron repentinamente á los pálidos semblantes de toda aquella buena familia, y con lágrimas en los ojos exclamaron:

—¡Pobre de don Alvaro, pobre de don Alvaro, morir tan jóven. El Señor lo haya recibido en su blando seno!

—Recemos un «Padre Nuestro» por sn alma, dijo el piadoso Eustaquio. Así lo hicieron.

Habiendo entrado don Gonzalo en la limpia cabreriza, fué á hacer oracion ante la imágen de «Nuestra Señora del Amparo,» alumbrada por la misma lámpara de cristal,

Puesta la mesa fuera de la cabaña, todos cenaron con santa paz.

XI.

A la mañana siguiente, cuando Eustaquio volvió de Sevilla de vender la leche de su piara, esperándolo don Gonzalo á la puerta de la cabaña, le dijo:

—Eustaquio, tenemos que hablar á solas.

—D. Gonzalo, cuando querráis. Ahora mismo.

Sentados entrambos sobre un banco de tierra, bajo los frondosos carruajes de un verde acebuche, cercano á la cabañariza, mirando don Gonzalo á Eustaquio con ojos de hondo cariño, de respetable obediencia, le habló así:

—Eustaquio: desde la primera vez que en aquella dulce noche, dándonos hospitalario albergue á mí y á mi infortunado amigo don Alvaro, ví á la bella Teresa, me enamoré de ella. En esta

cabreriza la comencé á amar. En Luzára, en Almansa, y en Brihuega, la seguí amando. En medio del humo y del estruendo de la artillería enemiga, que vomitaba la muerte por todas partes, del golpe de las lanzas, del clamoreo de los heridos, su imágen y su memoria, dándome ánimo, fortalecían mi brazo para batirme contra los Aliados, y coger los laureles del triunfo.

Yo quiero, con vuestro beneplácito, unirme á Teresa en matrimonio. Puedo ofreceros á todos un porvenir venturoso, porque tengo inmenso caudal en bienes raices, heredado de mis buenos padres. Ya he servido á mi pátria con denuedo y fidelidad en cien batallas Dios me ha salvado en todas ellas. ¡Bendito sea por los siglos de los siglos!

—D. Gonzalo, nada me ha sorprendido vuestra declaracion, despues de la lectura de la carta que dejásteis bajo las almohadas del lecho. Pero antes de daros mi consentimiento, es preciso oir á mi mujer Rufina y á mi hija Teresa.

—Bueno. Estoy conforme con vuestro deseo. Ese es tambien el mio.

Aquella misma noche, antes de acostarse, Eustaquio comunicó á Rufina y á Teresa las intenciones de D. Gonzalo, que ambas recibieron con claras muestras de aprobacion.

XII

D. Gonzalo, que á sus espensas habia hecho la campaña, sin querer recibir del generoso Rey Felipe V destino, ni consideracion alguna, á los cuatro dias, ya en relaciones amorosas con la linda Teresa, marchó á Cádiz al arreglo de sus negocios, volvi ndo al poco tiempo á la cab ıña, á la que, para desposarlo con la «Cabrera de Mogollon,» trajo consigo á un sacerdote gaditano, primo suyo, llamado el Padre Aurelio.

Una hermosa mañana de otoño, en la que el astro del dia alumbraba la ti rra, las av cillas, saltando de rama en rama, dirigian sus trinos al Dios de las florestas, y las saludables brisas refrescaban

los vergeles de la dehesa de Mogollon, el Padre Aurelio, revestido como manda el Ritual Romano, unió para siempre, con los indisolubles lazos del matrimonio católico, el solo «limpio, honesto, santo y verdadero,» á Gonzalo y á Teresa, entre las lágrimas de alegría de ambos contrayentes, del sacerdote y de los espectadores. El Dios del Sinaí los enlazó, los ángeles bajaron en armoniosos coros, las avecillas rompieron en músicas deliciosas, y Eustaquio y Rufina y Perico, con sus corazones palpitantes, llenos de alborozo, los bendigeron. ¡Religion santísima, religion católica, que creas tan grandes escenas, que promueves tan altas emociones en el corazon humano; quién podrá negar tu divinidad! ¡Sí, tú solas eres la verdadera, la santa, la sublime, la que honra, la que salva á los pueblos y á las naciones de la tierra! Religion santísima, ¡quién no te acata y te venera!

XIII.

Habiendo Eustaquio vendido la piara de cabras á un pastor de la dehesa de la «Caridad,» marcharon todos á Madrid. Establecidos en la Córte, vivieron juntos con las pingües rentas de don Gonzalo, cuyo caudal, á cargo del virtuoso Aurelio, les daba sobradamente para hacer limosnas y pasar la vida cómoda y regalada. La bella «Cabrera de Mogollon» y don Gonzalo, se amaron con delirio. No tuvieron hijos. Los padres de Teresa y su hermano Perico, ya habian muerto, cuando ella tambien bajó al sepulcro. D. Gonzalo no tardó en seguirla. Por expreso mandato de su testamento, el Padre Aurelio, despues de cumplir algunas mandas piadosas, repartió los bienes entre los pobres, prefiriendo á aquellos que hubiesen militado bajo las gloriosas banderas de Felipe V «el Animoso,» ó fueran sus legítimos descendientes.

DIOS.

I.

«Dios!» ¡Qué palabra tan dulce, tan poética, tan mágica, tan rotunda! El corazon la siente y la boca la repite con veneracion, lo mismo sobre las escarpadas cordilleras del soberbio Himalaya, que entre los humildes arenales de la Libia: en las ardientes faldas del Mongibelo, que en las heladas lagunas de la Siberia: en el impetuoso torrente del Niágara, que en el curso tranquilo del

Guadaira: en la choza pastoril, que en la Academia científica y literaria. ¡Palabra sentimental! esculpida en piedra preciosa, coronada de flores, que inspira grandes pensamientos, acciones generosas, heróicos hechos. Sin ella, falta la virtud, muere el saber, se borran los idiomas, y una espesa tiniebla de degradacion y de barbarie abre la faz de la tierra.

VI.

«Dios!» ¡ah! cuán augusto, cuán bello, cuán sublime es este nombre! El niño lo balbucea con amor, el mozo lo canta con altivez. el anciano lo invoca con alegría, el justo lo bendice con alboroso. El gentil lo representó lanzando rayos ó empuñando tridentes; el cristiano repartiendo misericordias, derramando gracias, ó con la cruz á cuesta, buscando las ovejas perdidas para salvarlas. Éste lo vió con sus mismos ojos, tocándolo con sus mismas manos. El de aquél

lo hizo imaginariamente el orgullo ó la razon extraviada; el de este creóse así mismo, para venir con su muerte sacratísima á dar vida y salud á todo el linage humano.

III.

«Dios!» en mis toscos lábios toma esta palabra tan suave, tan armonioso, tan balsámico sonido, que con placer santo la repito á menudo. Yó miro en ella la grandeza del firmamento, la extension de las llanuras, el ventisquero de las montañas, la tranquilidad de las lagunas, la inmensidad de los mares, la hermosura de los vergeles. Lo mismo la veo en la luz de las estrellas, que en las chozas pastoriles, en los pajarillos que cantan á orillas de los rios, que en los reptiles que se arrastran en las de los arroyillos, en los robles empinados, que en las rastreras gramas, en las blancas rosas, que en los «amarillos jaramagos,»

en la mansa ovejuela, que bala en las praderías, que en el leon furioso que ruge en los desiertos. A donde quiera que vuelvo mis ojos, allí veo á Dios, admiro su Providencia, y respeto y acato sus leyes y sus mandatos.

IV.

«Dios:» felices los pueblos, bienhadadas las naciones, que honrando dignamente este hermoso nombre, fabrican templos, le levantan altares para bendecirlo y ensalzarlo, y dentro de ellos, al compás de las arpas de los ángeles y de los salterios de los serafines elevarle deliciosos cantares. En ellos reinan la paz, la alegría, la honestidad, la salud, la vida. Sus hijos ven años abundantes para cubrir sus necesidades, los campos llenos de mieses, los árboles cargados de frutas, las praderas cubiertas de flores, sugetos los huracanes, amansadas las tor-

mentas, y aquietados los terremotos. Llenos de religioso entusiasmo cantan con David y Jeremías las grandezas y las misericordias del Dios de «Sabaod» Para sus dulces remembranzas, y para sus recuerdos gratísimos, el libro de la historia guarda una de sus más doradas páginas.

V.

«Dios:» nada nada hay en esta divinísima palabra que no infunda cariño, ternura y respeto al mismo tiempo. Sus letras, juntas ó separadas, forman un oloroso ramillete de flores eternales. Es como la péndola del Universo, el cual sin ella, desquilibrándose, saliéndole de sus ejes, se haría pedazos ¡Hermosa palabra! llena los espacios alegra los horizontes, los climas. Al escucharla, los montes inclinan sus altivas frentes; los mares aquietan sus embravecidas olas;

las selvas exhalan sus delicados perfumes; el sol se arrodilla; la luna se prosterna, mientras que solo el «impío,» ese humilde gusano de la tierra, ese débil junco de los prados, insolento y descarado, sin bajar su cabeza satánica, permanece de pié. «¡Malvado, malvado; ya vendra el negro dia de tu castigo eterno.»

VI.

«Dios:» palabra soberana. Incrédulo, acércate ¿No la escucha? ¿No dice nada á tu alma? ¿No se introduce hasta la médula de tus huesos? ¿La desprecia? ¿La rechazas? ¡Ay de tí! que en la hora de la muerte, deshecho en lágrimas, ahogado en suspiros, azorado y convulso, cansado Dios de esperarte, y derramar sobre tu helada frente sus consuelos y sus misericordias, la repartirás en balde. Entonces la oirás. Un ángel baja-

rá de los cielos para enseñártela y decirte al oido. «Infeliz, ya es tarde. No hay remedio. No hay salvacion. Están cerradas para tí las puertas del cielo.»

ITÁLICA.

I.

Una linda Pastora, tras su rebaño, custodiado por dos bravos mastines, desciende á la Ossethania de los cercanos montes. Su flotante rubia cabellera, su rostro simpático, su áureo rayado de flores, su blanco cendal y su sombrerillo de paja, cuyas ricas cintas azules mece el áura suavemente, forman el tipo más bien acabado de la belleza, de la elegancia, de la sencillez. Los gilgueros y los ruiseñores, posados entre las ramas de

los fresnos, ó sobre las copas de los álamos y de los arrayanes, le dirigen sus armoniosos jorgeos, sus trinos deliciosos.

II.

Con ligero paso, toma el camino de Itálica, y los jazmines y las rosas, y las azucenas y los lirios que nacen, donde imprime sus plantas, perfuman aquellos contornos. Itálica gime. Tiemblan las ruinas: quieren levantarse. Sus templos destruidos se conmueven Sus necrópolis abren los sepulcros. La docta Minerva, Venus, la lasciva y el terrible Júpiter, ocultando sus rostros de vergüenza, huyen despavorido: y el marchito «amarillo jaramago» y la triste verbena que brotan sus escombros, afrentan la pompa fastuosa y la altanera soberbia del paganismo y de la idolatría.

Los manes de Trajano, de Elío, de Adriano, de Silio, y do otros grandes va-

rones, hijos de Itálica, corren veloces sobre aquellas ruinas solitarias, mientras que la Pastora y su ganado las visitan, cruzándolas por todas partes.

III.

Gritos funerales salen de los sepulcros. Agudos lamentos se oyen. El sol oculta sus luces. El viento agita furioso las ramas de los árboles. Las tímidas avecillas callan sus cantares. Los reptiles insolentes, saliendo de sus oscuras madrigueras, se arrastran sobre la mústia grama. Todo, todo parece el último dia de las ruinas, el último dia de Itálica, el último dia de su nefanda historia.

Pero nó, á los silbos cariñosos de la Pastora y á los inocentes balidos del rebaño, calma repentinamente aquel asvstador cataclismo. Todo vuelve al estado de silencio, de serenidad y de reposo. Callan los lamentos. Ciérranse los sepulcros. Las luces del sol aparecen. El

aire enfrena sus rencorosos vaivenes, y los reptiles tornan á sus inmundas cuevas.

IV.

La graciosa Pastorcilla, apasentando la piara, rodeada de sus mastines, se ausenta. Solamente la sombra confusa de Silio Itálico, del robusto Cantor de una «Guerra Púnica,» junto al brocal de la Fuente del «despedazado» Anfiteatro, gime sin consuelo la mala suerte del gentilismo, el infortunio de su pátria, y en sentidos dísticos, ensalza con su libro de oro, la bravura de Márte, los encantos de Minerva y las gracias de la Diosa de Citeres.

V.

¡Pobre Itálica! ¡pobre Itálica! ¡ay! tus filósofos, tus literatos, tus poetas, tus escultores, cuya famosa escuela, gloria de la Bética, engalanó á Roma con sus obras maestras, bajaron á la tumba poco despues que la clara luz del Evangelio iluminára tus collados. Tú, envanecida y soberbia, cerraste los ojos á aquella radiante lumbrera, siendo hecha pedazos, salpicada de polvo y de ceniza, en la encapotada noche del gentilismo, entre las tenebrosas tinieblas de la idolatría. ¡Pobre Itálica! ¡pobre Itálica!

LA MELANCOLÍA RELIGIOSA.

I.

La religion católica, considerando justamente al mundo como un valle de lágrimas, como un desierto de quebrantos, llora las flaquezas de las criaturas, y como David y Jeremías, brota en todas partes ayes y suspiros que suben hasta el cielo.

El católico, pues, no es aquel gentil, que en medio de las hecatombes de los circos y de los anfiteatros, reia de pla-

cer; ni el otro que asistía, lleno de alboroso, lo mismo a los templos de Pluton y de Saturno, que á los de Ceves, y Minorva, de Marte y de Venus, que á los de Jano y de Astrea y que todo lo miraba con la más fria indiferencia: no, mil veces no.

El cristiano, profesando una religion que comenzó en el Gólgota, «en aquél horrible drama,» tiene que llevar siempre en sus lábios «la hiel» y el «vinagre» en su alma, los «clavos» y la «lanzada,» y en sus oidos los «gritos» y los «martillazos» de la Cruz; por esto la religion cristiana, nacida en medio del sufrimiento y del dolor, es triste, es melancólica, es sentimental, no obstante, lo que de ella ha dicho el desvergonzado Voltáire, cuyo impío satírico escritor tiene ya, en materias religiosas, tan poca autoridad, tan poco crédito, que no merece los honores de la crítica, ni nombrarlo siquiera.

II.

Todas las ceremonias, todos los actos del catolicismo, son tristes, son patéticos; hasta el «bautismo,» de suyo tan placentero, tiene tambien sus visos melancólicos. Pero en cambio de tantas tristezas, de tantas amarguras, de tantas melancolías, el catolicismo está enriquecido por la Divina Providencia, con dos grandes alegrías, con dos encantos sobre naturales. ¿Cuáles son? El encanto del martirio, la alegría de la santidad. Justa y Rufina, caminando á morir en espantoso martirio, iban tan alborozadas, contentas y rientes, como, cuando niñas, se hallaban en los magnéticos é ilusores brazos de sus madres, y Gerónimo, aquel «Génio del Cristianismo,» aquel ilustre solitario de la Arabia desierta, que, castigando sus carnes, vivía entre escarpadas breñas, gozaba sin igual, en medio de sus duras mortifica-

ciones, de sus cilicios inaguantables. Y esto, ¿qué nos enseña? A seguir la senda estrecha de las virtudes. A imitar á los justos de la tierra. A no dar oidos, y á cerrar los ojos á las promesas falaces, á los falsos oropeles del mundo; y á esperar, en fin, la muerte con la alegría, la paz y la tranquilidad de los mártires y de los santos.

EL PERDON DEL ENEMIGO.

I.

Esta virtud sublime, la cual, como todas, nace de la caridad, no la pudo traer al mundo sino el Sagrado Fundador del Cristianismo, que en el Calvario pidió á su Eterno Padre, con voz débil y angustiosa, por aquellos mismos verdugos que lo estaban crucificando. ¡Oh, que feliz sería el escritor que pudiera pintarla con todas sus verdaderas tintas, con todo su dibujo severo, con toda

su entonacion, con todos sus perfiles deliciosos!

II.

«El perdon del enemigo:» ¡ah, que hecho tan generoso; que cuadro de tanta luz, de tanto colorido, de tanta belleza, de tanto sentimiento, de tanta valentía! Solamente para bosquejarlo, no sería bastante el pincel de Rafael, ni la pluma de Chateaubriand. Este cuadro pr ciosísimo no se puede ver ni estudiar en parte alguna, sino en las ricas galerías, ó en los deslumbrantes museos del Catolicismo.

III.

Perdonar al enemigo, es la accion más sublime, el hecho más celestial del

corazon humano. Ninguna hay tan noble y generosa como ella. Refrenar la soberbia. Templar la ira. Amansar el orgullo. Enfrenar la avaricia. Apagar la lascivia, no cuesta tanto trabajo ni es tan meritorio, como el «hacer bien» al que ofende, insulta, ó daña, «Pagar bien por mal,» no lo ha hecho ni lo hará nunca, sino el que sigue las Reglas de Cristo.

Jamás la filosofía soberbia del paganismo, en sus presumidas cátedras, enseñó á «perdonar al enemigo,» sino á tomar represalias, ó á seguir la cruel, bárbara ley del «Tolion,» afrenta de la antigüedad, mengua de sus legisladores y baldon eterno y vergonzoso de la historia del mundo. «Quien no perdona en la tierra, no será perdonado en el cielo.»

IV.

Si meditamos un poco sobre virtud santa y generosa, conoceremos, á las claras, su gran valor y alto precio. Solamente con ella serían felices las naciones de la tierra, gozando de eterna paz. Ella sola acabaría con esas guerras desastrosas, que endurecen los corazones más blandos; queman las villas y las ciudades; echan abajo los más altos y formidables castillos; riegan de sangre los campos de batalla; arrasan las cosechas del pobre labrador; degüellan las piaras de humilde vaquero; siembra la viudez y la horfandad, y nadie volvería á decir en lo sucesivo lo que con «alguna razon» el impío y voluptuoso filósofo de Ginebra: «No hay ejército cristiano.» Ella, en fin, concluiría para siempre con esos bandos vocingleros, con esas asquerosas pandillas políticas de «tirios y troyanos,» de «gueifos» y «gibelinos» mo-

dernos, que traen revuelto y alborotado al siglo XIX, y si Dios no lo remedia, lo precipitará en el más hondo y tenebroso abismo.

V.

Perdonar al enemigo, en fin, es ley sagrada que debe cumplir «á la letra» quien lleve el nombre dulcísimo de católico;» quien todavía sienta en su frente la frescura celestial de las aguas del bautismo; quien desee imitar á Jesucristo; quien quiera ganar el cielo.

EL AMOR A DIOS

I.

El amor á Dios es la virtud más galana, más poderosa, más digna y más meritoria del hombre. Ninguna la supera, ni siquiera le iguala. A todas vence, á todas supera, á todas eclipsa, á todas avasalla. Como el sol en el firmamento oscurece las estrellas, así el amor á Dios niebla en el corazon humano las demás virtudes, dejándolas en noche oscura, casi olvidadas.

II.

El amor es el sosten del mundo. Los séres orgánicos se aman. Sin el amor, los pajarillos callarían sus arpegios y sus trinos; la ovejuela no retosaría en los campos; el hombre viviría en cárcel de dolores; las flores, al nacer, caerían al suelo deshojadas; no correrían los arroyos entre juncias y espadañas, y el globo terráqueo se hundiría en el abismo. Y ¿por qué? Porque el amor solo es el fuerte arquitran que lo sostien; la uncion, seria argamasa que lo une y lo junta estrechamente, para darle consistencia y vida.

III.

Amar á Dios, que nos ha sacado de la nada; que nos dá el pan de cada dia; que cuida de nuestra vida y de nuestros hijos, y lo que es más, que nos ha hecho nacer en el gremio del Cristianismo, es un deber sagrado que tenemos los «católicos.»

El Gentilismo no conoció este divino amor, porque sus falsos Dioses no se lo podian inspirar, ni aquellos sátrapas «tumbones,» sacerdotes de Luzbel, en sus escandalosas poslutas, se cuidaban más que de juntar riquezas y vivir en medio del escándalo y la desenvoltura.

IV.

El amor á Dios es una pura fragantísima azucena, que anima con sus olores delicados, la triste carrera de la vida humana, y que, cual viva luz, la salva de caer en hondos despeñaderos, dirigiéndola, sin tropezar, por los anchos caminos de la Gracia.

Con el amor de Dios, San Pablo se presentó á anunciarlo en el Areopago, y confundió á aquellos gentiles vanidosos; San Agustin, San Gerónimo, San Ambrosio, y nuestro Padre Estella, escribieron sus admirables obras; Pelayo venció en Covadonga; Colon descubrió el «Nuevo Mundo;» Austria triunfó en Lepanto; Cortés en Otumba; Murillo manejó los pinceles; Hernandez esculpió sus estátuas. Nada noble, nada grande, nada bello, nada snblimo se ha hecho ni se hará en el mundo que no tenga orígen, que no nazca del amor á Dios.

V.

Los ángeles del cielo, los santos y los mártires de la tierra aman á Dios de tal manera, que inflamados en aquel fuego divino, cantan sus glorias en coros armoniosos, cuyos ecos dulcísimos resuenan en las altas cumbres del Sinaí y del Tabor, del Livano y del Calvario. ¡Dichosos los que, escuchándolos, logren acompañarlos, porque de ellos será el reino de los cielos!

LA IRA

I.

La ira es, sin disputa alguna, la pasion más desenfrenada y baja que afea al hombre sobre la tierra. El iracundo muerde, como el perro rabioso, la mano caritativa, que lo socorre, la que lo viste y lo sustenta, la que lo favorece y lo halaga. Vive infeliz, y nunca para él nace el dia de la paz. ¡Qué desgracia! Sus ojos errantes, sus lábios convulsos, su color azufrado, y su corazon latiendo

con fuerte ligereza, ofrece un cuadro lastimero, un irritante espectáculo.

El empuje de la ira se parece en todo al pujante remolino que arrastra las pagizas cabañas de los pastores, ó tira al suelo los palacios marmóreos de los reyes.

II.

El gentilismo, en sus soberbias locuras, hizo el apoteósis de la ira. Su vano orgullo la ensalzó. La iracundia era para él una virtud cívica de las más loables. ¡Pobre gentilismo! nada, nada has dejado en moral, religion, ni costumbres, que no te sirva de afrenta y vilipendio. ¿Por qué? Porque careciste de la luz del cielo, de la revelacion.

Tú esculpistes primorosas estátuas, pintastes cuadros soberanos, levantastes hermosos mausoleos, escribistes libros inmortales; pero falto de aquella clarísima lumbrera, no pudistes guiar con rec-

titud, ni pureza, las almas de aquellos mismos varones, que en ciencia, literatura y artes, son y serán siempre tenidos con sobrada justicia por los más sobresalientes, por los primeros del mundo.

Solamente la escuela de Zenon, la escuela estóica la condenó; porque el Génio de Dios, en su eterna sabiduría, iba ya dirigiendo al buen camino á la desenfrenada humanidad, é infiltrando en los corazones de los hijos de los hombres el saludable bálsamo de la sana moral y de las buenas costumbres.

III.

Sócrates, Epicteto, Séneca y algunos otros filósofos, comenzaron, aunque confusamente, á conocer á Dios y á predicar en embrion las santas verdades del cielo.

El iracundo, en sus violentos arranques, nada obedece ni respeta. A sus

mismos padres ofende con sus altaneras palabras. La amistad del iracundo es inaguantable. Su trato es peligroso. Nada en él hay tierno, nada dulce, nada arreglado. Su duro corazon no late de pena á la vista de los harapos del mendigo, ni de las llagas del elefanciaco. Con la misma serena, fria alma recorre los anchos salones de los Palacios perfumados, que las pequeñas estancias de las ahumadas chozas. Lo mismo mira desdeñoso y sombrío los huesos insepultos de los cementerios, que las pintadas flores de los vergeles. Para su empedernido corazon, nada hay amable, nada bello, nada sublime, nada sentimental. Con la misma frialdad lee las novelas insulsas de doña María de Zayas, que las melancólicas inspiraciones, ó los elevados cuadros literarios de Chateaubriand, las odas de Pindaro, que las de Gerardo Libo.

IV.

El iracundo camina á ciegas, hasta caer en profundos despeñaderos. Ni en ellos templa su loca altivez. La buena suerte lo ensoberbece. La mala lo irrita. Jamás baña su corazon en las limpias, cristalinas aguas de la templanza, ni de la caridad. El iracundo, en fin, es la vergüenza, el baldon, la deshonra y el oprobio de los hijos de los hombres.

EL VENDABAL.

Si temes al Rey de Reyes
Y cumples sus santas leyes:
Dichosa será tu suerte,
En la vida y en la muert .

I.

El espíritu religioso de los españoles, jamás se entibia, ni se entibiará, aunque corran por sus campos, como corren desgraciadamente hoy, los frios huracanes del libertinaje, del filosofismo y de la incredulidad. La valiente nacion que en

Covadonga y en Sobrarbe domó el fiero orgullo de los sarracenos, y en siete siglos de incansables luchas y de batallas mortíferas al grito patriótico de «Santiago cierra á España,» los arrojó de su santo suelo; que más tarde destrozó á los turcos en Lepanto y que, en muchos dias, rompió las belicosas huestes del «hombre invencible:» siempre será católica, apostólica y romana, adorando en sus purísimos altares al Salvador del mundo.

Que no vengan, sí: que no vengan los sofistas á esta tierra clásica, á esta tierra de caballeros y de héroes, á esparcir sus insolentes principios deletéreos. Nadie les pondrá oidos. Todos los despreciarán. Si quieren, entre otras mil, una prueba más: aquí la tienen.

II.

El dia 27 de Marzo de 1870, domingo cuarto de Cuaresma, á las seis de la tarde, levantóse en Sevilla un fuerte huracan, que asustó á las almas más virtuosas En la Alameda de Hércules, al aire libre, estaban reunidos en clubs muchos negros corifeos del bullangüerismo hispalense.

III.

La furia del viento arrancó gruesas ramas de los álamos seculares; levantó espesos remolinos de polvo y echó abajo el cajon trípode, cátedra pestilencial de desobediencia y de ateismo.

El que estaba perorando sobre la política luciferina de nuestros dias, rodó

por los suelos, quedando el campo sembrado, no de frios cadáveres ni de heridos agonizantes, sino de tantos papeluchos que se hallaban en la mesa del Presidente, de haraposas chaquetas, de sombreros mugrientos, de los que precipitados, despavoridos, huian exclamando:

—¡Dios mio, este es el fin del mundo! Estos son los mismos diablos, que vienen por nosotros. ¡Huyamos, huyamos!

IV.

¡Hombres desgraciados, que creyéndola, negais la existencia de Dios! ¿Por qué sois tan miserables. No veis que su soplo levanta los huracanes, que su brazo desbarata los árboles, su enojo conmueve el universo, y que ante su grandeza, no sois más que menudas arenillas de los mares, gusanillos débiles de la tierra, secas aristas del estío? ¡Ah! despertad, sí, despertad ya de vuestro profundísimo letargo!

ELVIRA DE MATALLANA.

Yo ceñiré tu frente de albas flores,
Que me darán los Montes Ossethanos;
Y el Betis llevará su nombre ilustre,
A las playas del piélago salado.

I.

En los primeros años del último tercio del siglo XVI, vivia en la alegre, pequeña villa de Gelves, la «Vergentum» de los romanos, la «Gelduva» de los sarracenos, una jóven llamada Elvira de Matallana, la más hermosa de todas las que entonces habitaban los graciosos

pueblecitos de aquella banda del Guadalquivir; por cuyo motivo era conocida con el poético nombre de la «Rosa de Gelves.» Sus padres eran ricos y nobles caballeros. El cielo no les habia dado más hija que á Elvira, por lo cual la amaban en extremo. Todos los mancebos hidalgos de Gelves y de los pueblos de la redonda, aspiraban á su mano; pero ella, obedeciendo á sus padres, á ninguno correspondía.

II.

Cuando doña Leonor de Milan, condesa de Gelves, iba en las primaveras y e los otoños á pasar algunas temporadas en su rico palacio, Elvira de Matallana, tocando el arpa, amenizaba las deliciosas horas de aquella nocturna tertulia de la condesa, compuesta del señor Cura párroco, del Alcalde por el Estado noble, de los padres de Elvira, de Fernando de Herrera, del Médico, del Boti-

cario, del Escribano y de algunas jóvenes de sus familias.

Elvira de Matallana, que manejaba el arpa con la mayor destreza, porque había sido en Sevilla la más brillante discípula del celebre maestro Guerrero, sacaba de aquellas cuerdas suaves las más patéticas notas, las cuales comunicaban al corazon de los oyentes; ora la alegría ó la trisreza; ora el llanto ó la risa; ora el placer ó el dolor; ora, en fin, la ternura ó el despecho, segun los tonos que caprichosamente escogía. La fama musical de Elvira de Matallana, estendíase con sobrada justicía, por la Banda Morisca, el Condado de Niebla y el País de las flores, y eso que entonces, por la escasez de comunicaciones, las mayores notabilidades, á veces, no salian de los pueblos donde moraban.

III.

Las singulares gracias de Elvira de Matallana, competian con las de la famosa Eliodora. Ésta la quería mucho, teniéndola siempre á su lado, mientras habitaba en su palacio de Gelves.

Por las tardes Leonor y Elvira, acompañadas de las personas ya dichas, salian á pasear por las inmediaciones de Gelves, visitando sus risueñas casas de campo, ó sentadas en las apacibles orillas del Guadalquivir, fronteras á la desembocadura del Guadaira, viendo ocultarse, tras los collados Ossethanos, el astro del dia, gozaban sobremanera.

Fernando de Herrera, pulsando su templada lira, poetizaba con tanta belleza, con tanto encanto que las Ninfas del Bétis y los pajarillos de las selvas, venian en tropel á escuchar sus divinos sonetos, sus xácaras robustas, sus elegantes odas, sus cantos sentimentales.

IV.

Una tarde de primavera que, sentados en las tranquilas orillas del Guadalquivir, esperaban contemplativos que las luces del sol traspasaran los Montes Ossethanos, para disfrutar la poética vista del crepúsculo, de ese espectáculo inspirador, donde la Divina Providencia, luciendo términos, campo, tintas y claro-oscuro, ostenta su poderío, canta su grandeza y publica su misericordia, oyeron á lo lejos los dulces ecos de una fláuta, tocada con sumo gusto y maestría.

Cuando ya estaban á menos distancia, conocieron claramente que la pieza musical era nada menos que «La Rosa de Gelves,» valiente fantasía, escrita por el maestro Guerrero, y dedicada á su linda discípula Elvira de Matallana. Quien la tocaba era un gallardo jóven, capitan de mar y guerra, llamado don

Isidoro de Baraona, que en una ligera lancha de ocho remos, venia á Gelves desde el sitio de Borrego, donde estaba descargando la Armada de Tierra Firme, al mando del ilustre Almirante Bartolomé de Villavicencio

El capitan Baraona saltó en tierra, y los mareantes volviéronse á la Armada. Con la ingeniosa franqueza de aquellos nobles marinos españoles, que eran en el mundo entero mirados con predilecta consideracion y dulce cariño, despues de saludar á todos los presentes, prosigue tocando la referida fantasía.

Entonces Leonor de Millan, haciéndose la desentendida, le preguntó:

—¿Qué tocais, capitan?

—Señora, ¿no lo conoceis? «La Rosa de Gelves,» de ese pintoresco lugarillo que vemos ahí: lindísima fantasía, que hace dos años, navegando por el Estrecho de Magallanes, me enseñó mi buen compañero don Alvaro de Azeves, capitande mar y guerra, á bordo de su navío, perteneciente á la Flota del intrépido Almirante Alonso de Chaves Galin-

do. (1) Tanto me gusta, que vengo á parar unos dias en Gelves para tocarla á mi sabor.

—¿Teneis posada donde parar?

—No.

—Pues entonces os la dará mi palacio. Yo soy Leonor de Milan, ésta Elvira de Matallana, «La Rosa de Gelves,» y aquél mi Cantor Herrera

—¡Ah! sí, ya os conozco, Eliodora, la celebrada por el Pindaro Sevillano. Tengo sus versos manuscritos. La primera vez, que hace años, los leí, fué entre las densas brumas del Occéano, montando el Cabo de Buena Esperanza. Todavía recuerdo los siguientes, dedicados á vuestra belleza:

Yo entretejer quisiera,
Su nombre esclarecido,
Entre la blanca luna y sol dorado:
Y su gloria pusiera,
En el peplo estendido;
Que en otra edad, Atenas, vió estimado.

(1) Murió en Sevilla en 1606. Está sepultado en la Iglesia Parroquial de San Vicente, Mártir.

—Sois muy galante, capitan. Bien se conoce que pertenecéis á la noble marina española. Y ¿cómo está mi antiguo amigo el ilustre Almirante Bartolomé de Villavicencio? le preguntó con voz amable la condesa.

—Tan bueno y robusto, á pesar de sus años y de la arriesgada, larga y trabajosa navegacion que hemos traido por esos borrascosos mares, por esas costas bravías. No parece que pasa dia por él.

—Mucho me alegro, Capitan; pues yo quiero á Villavicencio, como á cosa propia. Desde niña lo conozco. Antes de ir á la memorable batalla de Lepanto, donde, mandando una galera hizo prodigios de valor, ya visitaba diariamente en Sevilla la casa de mis padres, los cuales lo miraban con la más alta predileccion, lo distinguian mucho.

—Es muy digno, señora, el Almirante de todas las consideraciones que se le tenga, de todos los honores que se le tributen.

—Marchemos ya á mi palacio, porque la noche se aproxima, dijo Leonor de Millan.

V.

Puesto todos en camino, don Isidoro de Baraona dió al brazo á la condesa y Fernando de Herrera á Elvira de Matallana. Rodeados de los demás compañeros de paseo, algo entrada la noche, traspasaron los umbrales del palacio, en los que, atildados pajes, con hachas encendidas de cuatro pábilos ya los estaban esperando.

Sentados en los salones sobre blandos sitiales de tisú, comenzó, como tenia de costumbre, aquella reunion campestre y halagüeña, donde, como en todas las de su clase, el ánimo se dilata, la amistad se estrecha y todos los sentimientos nobles se ponen en dulce juego.

—D. Isidoro, la dijo la condesa, ahora tocareis en la fláuta la fantasía de «La Rosa de Gelves,» acompañada por el arpa de Elvira. Vereis que buen duo formais.

—Bien condesa, contestó el capitan de mar y guerra, mirando á todos los presentes.

VI.

Habiendo, pues, Elvira tomado el arpa y don Isidoro la fláuta, comenzaron á preludiar la valiente fantasía de «La Rosa de Gelves» con tanto gusto y talento, que los oyentes, estasiados de placer, prorumpieron, á una voz, en acalorados vivas.

Entonces Leonor de Milan, levantándose del blando sitial, forrado de terciopelo de Utrech, corrió á circundar las frentes de los dos concertistas con graciosas coronas de mirtos, salpicadas de lirios y de violetas, que habia mandado entretejer á los pajes.

La arrebatadora fantasía tambien fué tocada con el mismo primor que los preludios. Jamas habianse oido en Gelves tan plácidos acordes.

Así que concluyeron aquella larga y casi divina creacion del maestro Guerrero, cuya pérdida llorará el arte eternamente, le dijo la condesa al marino:

—A la verdad, don Isidoro, no pensaríais encontrar en Gelves, en este olvidado pueblecito, una reunion tan grata, ni una jóven como Elvira de Matallana, en la que se han reunido las Gracias todas para enriquecerla con sus méritos, para adornarla con sus primores.

Ciertamente, condesa, yo conocía en Gelves más dama que á la hermosa «Eliodora,» cantada por el «Divino» Herrera; pero ya veo, que para su glorioso orgullo, alberga otras «Eliodoras,» á quienes otros poetas cantáran con cítaras de oro y de márfil.

—Sí, capitan.

La modesta tertulia tocó á su término.

VII.

A las siete de la mañana del siguiente dia, que era domingo, el maestro Guerrero, Juan de Mal-Lara, Diego de Giron, Fernando de Cangas, Luis Pardo, Mateo Aleman y Gutierrez de Cetina, llamaban á las puertas del palacio de «Eliodora,» saliendo á recibirlos los pajes con las mayores muestras de respeto y de alegría.

Aquella noche la modesta tertulia de la condesa, convirtióse en un sábio Liceo, donde las letras y las artes estaban representadas dignamente. Allí, sí, bajo los ya apolillados techos y los desnudos salones del palacio, que hoy infunden tristeza y dolor, el maestro Guerrero y Elvira de Matallana, crearon las más sorprendentes armonías, y Fernando de Herrera y Juan de Mal-Lara, y Diego de Giron, y Fernando de Cangas, y Gutierrez de Cetina, y Luis Pardo, y Mateo

Aleman, leyeron bellísimos idilios, odas sublimes, encantadores madrigales.

VIII.

Durante la tertulia, el capitan de mar y guerra, don Isidoro de Baraona, se declaró á Elvira de Matallana, siendo admitido por ella.

A los tres meses, con licencia del Rey, del padre de Elvira, y pláceme del Almirante Bartolomé de Villavicencio, en el palacio de «Eliodora,» haciendo ésta de madrina, y de testigos Fernando de Herrera, Baltasar del Alcázar y Gutierrez de Cetina, el sacerdote del Altísimo unió para siempre, con los indisolubles lazos del matrimonio católico, «únicos sagrados,» al caballero don Isidoro de Baraona, capitan de mar y guerra, soltero, natural del Señorío de Vizcaya, y á doña Elvira de Matallana, doncella, natural de Gelves, provincia de Sevilla.

Los recien casados fueron á vivir en la casa de los ricos padres de Elvira.

IX.

A los cuarenta dias, el capitan Baroana, por órden del Almirante Villavicencio, salió á perseguir con su velero navío, una insolente cuadrilla de piratas berberiscos, que en las costas españolas del Mediterráneo estaban cometiendo sus acostumbradas tropelías Los vecinos de Gelves sintieron mucho la temprana ausencia de tan cumplido caballero, como valiente marino.

Muchas funciones religiosas se hicieron á Nuestra Señora de Gracia, á espensas de la condesa, de Elvira, de sus padres y de otras personas de Gelves, para que la Vírgen Santísima librára á Baraona de los peligros de los mares y de las batallas.

X.

La escuadra berbirisca, campuesta de ocho galeras, y mandadas por un renegado español, natural de Ronda, era entonces, con sus frecuentes alevosas correrías, el terror de los navegantes. A la caida de una encapotada tarde de fines de Octubre, en la que el mar estaba pisado por los vientos de Levante, el navío de Baraona, la avistó sobre las costas de Orán.

No bien fué divisada, cuando el valiente, soberbio marino, la ombistió de frente con bravura. El renegado español, conociendo el peligro en que se encontraba, abrigóse en una de las ensenadillas de aquella ágria costa, y así amparado, esperó al navío.

Ya la noche derramaba su manto tenebroso sobre las revueltas olas del mar, y el renegado cauteloso, aprovechándose de tan densa y horrible negrura, salió de

su madriguera, para huir cobarde y pavoroso á las anchuras del Mediterráneo, cuando ¡ay dolor! ocho arcabuzazos, tirados en su veloz escape por los piratas, al pasar con sus galeras por la proa del navío, mataron al capitan, al piloto y al contramaestre. Suceso tristísimo, llorado por toda la tripulacion, que estimaba sobremanera al pundonoroso y bizarro Baraona.

El navío izó banderas y gallardetes de luto, y su yerto cadáver fué conducido en una balandra mallorquina á Guipúzcoa, donde en el panteon de su noble familia, le dieron sepultura con todos los honores que la ordenanza de marina prescribe. Así acabó sus gloriosos dias este esforzado batallador, uno en aquellos tiempos de los más notables de las temidas escuadras españolas.

XI.

No tardó mucho sin que la muerte de Baraona se supiera en Gelves. El primero que tuvo noticia de ella fué Fernando de Herrera, que, como fiel amigo, le escribió una Elegia, la cual, por la injuria de los siglos ó la indiferencia de los hombres, desgraciadamente se ha perdido.

Elvira de Matallana, ignorándose por quién, ni cómo, supo el fallecimiento de su marido, y desde entonces «La Rosa de Gelves,» comenzó á enfermar. Ni los cuidados esquisitos de sus buenos padres, ni los cariños dulces de Eliodora, ni las distinciones marcadas de Herrera, ni las visitas de sus paisanos, ni las continuas consultas de los médicos, ni, en fin, las súplicas fervorosas de toda la villa de Gelves á Nuestra Señora de Gracia, pudieron salvarla de la muerte. Como el lirio nevado que antes de des-

XII.

Puntar de su capullo troncha el huracan, revolcándolo por las selvas, así cayó en el sepulcro.

No quedó en Gelves ni un habitante siquiera que no asistiese á sus pomposos funerales. Todos lloraban á mares la temprana muerte de aquella jóven lindísima, de aquella hermosa flor, caida al suelo y deshojada. Un pino frondoso nació espontáneamente junto á su tumba para sombrearla.

El sábio humanista sevillano Fernando Sanchez, llamado el «Catedrático,» compuso para su sepulcro un sentido y elegante epitafio latino, donde lamentando sus tristes infortunios, publicaba en en dísticos virgelianos, la hermosura de sus virtudes cristianas.

MATEO BOZA.

I.

La pequeña villa de Gelves, perteneciente al Condado del mismo nombre, cercana á las alegres márgenes del Guadalquivir, está situada á una legua de Sevilla, sobre el ágrio declive de altos cerros, que los antiguos llamaron Montes Ossethanos, á los cuales, por su gatlanura, lozanía y fertilidad, han cantado algunos poetas modernos. Sus aires, sus aguas y sus alimentos son inmejorables. Las casas y las chozas respiran aseo, salud y limpieza. Las mujeres son trabajadoras, y los hombres jamás se entregan á la gandulería. Para un hábil

investigador, para un anticuario concienzudo, Gelves no deja de tener algunas curiosidades, que le puedan prestar materia á sus vigilias. La siguiente leyenda es una de ellas.

II.

En los primeros años del siglo XVII, se avecindó en Gelves el rico actor de comedias Mateo Boza, natural de Valladolid, que despues de haber andado de Seca en Meca, corrido largas carabanas, y trabajado en los mejores coliseos de España, quiso, á la edad de cuarenta y seis años, ocultarse en aquella olvidada villa, para engañar á sus sencillos moradores, y seguir viviendo á mansalva con sus vicios y sus maldades.

Desde que el comediante Mateo Boza se domicilió en una casa de la calle de «Abajo,» contigua á la hoy llamada «Cuesta del Escribano,» dedicóse, sin tregua alguna, á asear la Iglesia Parro-

quial de Santa María de Gracia, á componer su pavimento, á restaurar sus altares, y hacer á su costa, novenas y septenarios, ya á la Patrona, ya á Nuestra Señora de los Remedios, ya á la Vírgen del Rosario, ya á San Cristóbal, ya á Santo Domingo de Guzman, ya, en fin, á todas las sagradas imágenes que se veneraban en ella, con lo que llegó á captarse la voluntad y el cariño de los piadosos vecinos de Gelves.

No contento Mateo Boza con estos beneficios hechos á la Iglesia para su lustre y decoro, era el sochantre, el organista, el fabricante gratuito de las cajas de muerto, y hubiera sido hasta el mismo enterrador, á no impedírselo su poco ánimo y mucha cobardía.

III.

A las pocas semanas de estar en Gelves el comediante Mateo Boza, comenzó por las noches, cerca del Alba, á cruzar

las calles una horrible fantasma, la cual, dando tristes alaridos, gritos tremebundos, subiendo de la calle de «Abajo,» la empinada «Cuesta del Escribano,» venía á pararse delante de las puertas de Santa María de Gracia, en las que articulando en alta voz algunas palabras ininteligibles, desaparecía como por encanto.

Este raro suceso, hasta entonces desconocido en Gelves, tenia zurrados de miedo á todos sus habitantes. Unos creian que aquella fantasma era el «alma en pena» de un escribano muy ladron, que habia fallecido de repente en aquel mismo año; otros la de un blasfemo y escandaloso zapatero, ahogado en el rio; estos la de un hortelano, natural de Umbrete, muerto á puñaladas en la Fuente del Algarrobo; aquellos, en fin, la de una vieja gitana muy borracha y enredadora, que se habia reventado, tirándose en noche oscura por el balcon de su casa. Pero nadie, nadie llegaba á poner el dedo en la llaga. Todos se equivocaban.

Mientras tanto, el comediante Mateo Boza seguia disfrutando de la mejor fa-

ma Con la más refinada malicia, para sostener su crédito de buen cristiano, aseguraba á todos que sus frecuentes viajes á Sevilla eran para confesarse con un Venerable Religioso dominico de la casa grande de San Pablo, órden de Predicadores. ¡Tanta era, pues, su hábil y astuta hipocrecía!

IV.

En aquellos tiempos, la Justicia de Dios castigó á Gelves con una mortífera epidemia de tercianas malignas, las cuales hicieron mucho estrago en sus pobladores. El Palacio de los Condes y las casas de los particulares, quedábanse desiertas, faltando enfermeros que asistiesen á los invadidos.

El comediante Mateo Boza, con fingida caridad, tomó á su cargo llevar las medicinas y caldos grátis de casa en casa, y costear el entierro de los pobres, lo cual le grangeó más y más el aprecio

público. Los agradecidos hijos de Gelves lo miraban con el más profundo respeto, siendo el consultor y el árbitro en todos sus negocios y altercados.

Acabado, pues, aquel fatal contagio, aquel azote terrible de la mano del Todopoderoso, vuelve de nuevo á aparecer la fantasma á las mismas horas nocturnas; pero dando mayores, feroces ahullidos, los cuales extremecían á los más valientes. Parada junto á las ventanas bajas del Palacio de los Condes, con eco apagado y lastimero, exclamaba así: «¡Quién me socorre, que estoy ardiendo por mis grandes pecados entre las abrasadoras llamas del Purgatorio!» La fantasma daba contínuo pávulo á las conversaciones, no hablándose en Gelves de otra cosa que de su salida y de su marcha.

V.

A la entrada del invierno de aquel año lamentable, cuatro Religiosos Franciscanos, «ilustres misioneros,» llegaron á Gelves á predicar la palabra de Dios. Venian de las Indias Occidentales, de paso para la Córte, donde iban á pedir licencia al Rey para fundar una Casa de Misiones en San Luis de Potosí, Estado de Nueva España.

El comediante Mateo Boza los asistió en todo lo que necesitára, quedando los misioneros muy agradecidos, contentos y satisfechos de su tierna y cuidadosa solicitud. Aquellos benditos hijos de San Francisco, de cuyas bocas salian volcanes de la más encendida caridad, torrentes de la más bíblica elocuencia, sacaron en Gelves mucho fruto de sus apostólicos trabajos; pues la fantasma desapareció por entonces, la fe y la piedad se avivaron en los corazones de sus natu-

rales, las costumbres se reformaron, concluyeron las rencillas, y todo á su despedida quedó tranquilo, pacífico y sereno.

VI.

A los dos años, una pobre anciana de Gelves, en la hora terrible de la muerte, que nada se oculta, que nada se calla, que todo se dice, que todo se manifiesta, descubrió al virtuoso Cura párroco las lascivias y las obscenidades de Mateo Boza, el cual era de la impura, maldita secta de los «alumbrados,» y fingiendo hipócritas santidades, habia corrompido en Gelves á muchas infelices doncellas, valiéndose para entrar en sus casas, del disfraz de fantasma. La enferma murió, y el buen Cura párroco guardó el secreto.

VII.

El comediante Mateo Boza, que nada sabia de esta revelacion, vuelve á asustar á Gelves con aquel embeleco de fantasma, sin tener en cuenta que la paciencia divina se cansa algunas veces, y entonces arroja sobre la cabeza del pecador su pesada mano de bronce, aquella mano poderosa, que seca los mares, arranca las montañas y sumerge en el hondo abismo los pueblos y las naciones de la tierra.

El marido de una de las mujeres más hermosas de Gelves que Mateo Boza trataba de se lucir, habiendo sabido por ella misma, las ideas del malvado comediante, pensó castigarlo severamente.

Puesto de acuerdo con su esposa, ésta, por medio de un billete, lo citó aquella misma noche al alba, en la hoy llamada «Cuesta del Escribano.»

El virtuoso Cura párroco, que desde

que supo por la anciana moribunda la mala conducta y los vicios sacrílegos del comediante, andaba á su mira, y con piadosa y solícita caridad espiándolo, seguía sus pasos á todas partes, evitó, como vamos á ver, la horrible venganza que el marido, justamente irritado, le preparaba.

VIII.

Era el florido Mayo. La noche estaba clara y hermosa. El Guadalquivir corría lentamente. Sus pacíficas riberas alumbradas dor la luua, exhalaban perfumes deliciosos. Los desfallecidos airecillos apenas movian las flores. Los buhos, escondidos entre las lánguidas ramas de los sáuces, estendían por aquellas pacíficas comarcas sus lamentos tibularios, y todo allí cantaba la misericordia del cielo y la galanura de la tierra.

No era, pues, arreglado ni posible, cometer un homicidio en sitios tan poé-

ticos, en lugares tan augustos y recreadores, ni entre los cariñosos brazos de la Divina Providencia. Así sucedió.

Al alba en punto, el comediante Mateo Boza, ardiendo en impuras cavilaciones, sin mascara alguna, acudió á la cita; pero cual sería su sorpresa y sobresalto, cuando se encontró con el marido, en lugar de la mujer, que deseaba prostituir.

Aquel hombre, ultrajado en su honor, con un gran puñal en la mano, usando de estremecedoras palabras, lo amenazó de muerte si no lo seguía. Mateo Boza, cobarde por naturaleza y costumbre, obedeció ciegamente.

Ya habian bajado la áspera «Cuesta del Escribano» Ya habian salido de las calles de Gelves. Ya iban por el Prado, derechos á la honda barranca del Guadalquivir, cuando una misteriosa sombra, un bulto negro los seguía. Era el bendito Cura párroco, que iba á evitar la muerte de un culpable. Era el Pastor cariñoso que iba á volver al rebaño la oveja perdida. Era, en fin, el mismo Jesucristo, que no quería desperdiciar su

sangre preciosíma en aquella pobre y flaca criatura, que tanto lo habia ofendido.

IX.

Ya estaba Mateo Boza en los bordes de la barranca con una piedra al cuello para ser tirado al rio. Ya, temblando de pavor, le pedía clemencia á su enemigo, cuando el buen Cura párroco gritó de esta manera: «¡Detente, hombre, detente, que vás á condenar á ese infeliz. Oye, escucha. Quien no perdona en la tierra, no será perdonado en el cielo.»

Estas reparadoras, dulcísimas palabras, contuvieron y desarmaron al airado brazo del marido, el cual, llorando á mares, arrojóse á los piés del Cura párroco, exclamando con lángido acento: «Padre mio, lo perdono, para que Dios me perdone.» Mientras tanto, el comediante Mateo Boza, permanecía de pié, mudo como una estátua.

X.

Para pintar este gran cuadro, que solo el catolicismo puede imaginar. Para describir esta escena terrible, este melancólico acontecimiento con todas sus tintas y claro-oscuros, se necesitaría el pincel de los Angeles, ó la pluma de los Profetas. Yo no puedo pintarlo, ni describirlo. Callo, y voy á concluir.

Con tan duro como claro aviso del cielo, el comediante Mateo Boza, abjuró de todo corazon los sacrílegos errores de la perniciosa secta de los «alumbrados,» y sin que nadie llegára á percibir los tristes sucesos de aquella noche amarga, haciendo una confesion general con el santo Cura párroco, huyó para siempre de Gelves, sin saberse jamás su paradero.

Á DON EUSEBIO MERCADILLO
ANTICUARIO

UN VIAJE Á GELVES

Sevilla 4 de Octubre de 1878.

I.

Mi querido amigo: el juéves 16 de Setiembre de 1875, á las diez de la mañana, en un carruaje de cuatro asientos, salia yo de Sevilla, camino de Gelves (la antigua Vengentum), en la dulce compañía de tres jóvenes señoritas, c-

yos padres y abuelos, ya difuntos, fueron en vida mis más fieles amigos.

La profunda consideracion de aquellos arrebatadores paisajes, de aquellas ramoras arboledas, de aquellas casas rústicas, y las consoladoras áuras de tan benéfica mañana, entusiasmaron grandemente á mis compañeras de romería. «Buena-Vista,» Santa Eufemia,» ricas alquerías, situadas sobre las cumbres del Ossethano, y el piño solitario que se levanta en ellas, daban alto interés á los campos alegres que íbamos atravesando.

II.

Al pasar por frente del Convento de Padres terceros franciscanos de San Juan de Aznalfarache, les hice una ligera lacónica reseña de su interesante historia, la cual escucharon con suma atencion y agrado.

Con tono lastimero les recité la cas-

tiza oda de Mármol intitulada «Mi situacion,» leida en Cádiz en 1807, á una Academia de jóvenes poéticas, en la que, entre otras bellas estancias, brilla la siguiente:

La triste noche que mi yerta mano,
La lira suspendió de añosa oliva
En los callados montes Ossethanos,
Donde á las flores dixe mis canciones,
Mi funesto quebranto
Las ninfas condolieron con su llanto.

Mucho gustó, mucho aplaudieron las tres jóvenes esta linda poesía del «Cantor de Tarfira.»

III.

En risueña amigable conversacion, atravesamos el pintoresco Aznalfarache (la antigua Ossebt Bética) y dejando á nuestra derecha las graciosas haciendas de Valdeparaiso y Simon Verde, pronto

nos vimos á las faldas de la villa de Galvss, la cual recostada sobre una alta ladera de los montes Ossethanos, forma un precioso panorama. La Iglesia Parroquial, el Palacio y las humildes casas, escalonadas y desunidas unas de otras por recreadores huertecillos, tienen «un no sé qué» de atractivo bucólico, que despiertan la inútil curiosidad de los ignorantes, y el provechoso estudio de los inteligentes.

IV.

Llenos de respeto y memorias lastimosas, pisamos los misteriosos umbrales del Palacio de «Eliodora,» de la Condesa de Gelves, de Leonor de Milan, de aquella hermosa Dama, cantada por el grande Herrera.

Con fuertes impresiones y poético entusiasmo, subimos las escaleras y cruzamos las desnudas salas, sin oir más que el monótono ruido de nuestros pa-

ses. ¡Ay, los armoniosos cantares de la preciosa «Eliodora» habian enmudecido, y el triste suspirar del viento que entraba por los balcones, nos recordaron sus encantadores arpegios!

Asomados á ellos, tendiendo nuestra vista por aquellos sorprendentes paisajes, sentimos dentro de nuestros pechos dulcísimas alegorías. Los sublimes recuerdos de la antigüedad y de los siglos más cercanos, llenaron nuestras almas de nobles pensamientos.

Volviendo nuestras mentes hácia los remotos pasados tiempos, vimos las ricas naves de la Señora del mundo, surcando las aguas del caudaloso Bétis, llegar, cargadas de oro, de plata y de márfil, á la cercana «Caura Bética» (Coria del Rio), escuchando en sus orillas los robustos himnos, dedicados á Neptuno, por la inmensa apiñada muchedumbre que las esperaba.

Divisamos á lo léjos los formidables arietes y las airosas legiones del Lacio salir de «Romulea» (Sevilla), con sus Aguilas triunfadoras, para llevar la guerra á Lusitania.

Oimos, en fin, la algazara atolondradora de las pomposas fiestas de «Los llantos de Vénus» que el aire nos traia de Itálica, donde era tan adoradora del loco gentilismo esta Diosa de los amores.

Por una cronológica gradacia, tragimos nuestros recuerdos á tiempos más próximos. Miramos á los árabes con sus cortantes cimitarras, sus ricas marlotas y albornoces, que cabalgando ligeros alazanes, atravesaban la llanura para ir á los campos de «Oripo» (Dos-Hermanas) á pelear contra los defensores de la Cruz.

En fin, ahogados en célicos contentos, sentimos cerca de nosotros los belicosos relinchos de la caballería del Gran Maestre de Santiago Pelay Perez Correa, que viniendo de Buena-Vista, á la cabeza de valientes escnadrones, venció á la feroz morisma en la banda derecha de Guadalquivir.

El eco de los atabales, el ruido de las lanzas, el rechinamento de las espadas, y el «ay» de los moribundos, resonaban en los montes y las selvas, mientras

nosotros, apartando los ojos del campo de batalla, escuchamos con placer los virtuosos himnos de los nazarenos, que mandados por San Fernando, entraban en Sbilia (Sevilla)

V.

Al separarnos de los balcones, la sombra del «Cantor de Lepanto,» vagaba ligera por aquellos abandonados salones, envuelta en nube cineraria, elogiando la hermosura de «Eliodora» en los siguientes versos, parte de una cancion, que en vida, le habia dedicado.

Espera en estas flores
Pura nieve y rocío,
Blanca y serena luz de nueva Aurora;
Y con varios colores
Estrene el bosque umbrío
Los esmaltes de Zéfiro y de Flora;
Pues la excelsa Eliodora
Descubre su belleza;

Dó con ledo semblante
Bétis corre pujante,
Y del Ponto acrecienta la granleza;
Y vos, astros hermosos,
Mirad la última Hespecia venturosos.

—

Yo entretejer quisiera
Su nombre esclarecido,
Entre la blanca luna y sol dorado;
Y su gloria pusiera
En ol peplo estendido
Que en otra edad, Atenas, vió estimado.

VI.

Tomando un tono altamente sentimental, concluyó sus cantares con estos trozos de las «Elegias á la muerte de Eliodora »

Quien pudo ver la luz suave y pura,
Clarísima Eliodora, de tus ojos,
Nunca esperó tan grande desventura.
Las ricas hebras, lucidos mangos

De oro terso, sutil, y ensortijado,
Son ya de muerte míseros despojos.
Ves el dulce color amortiguado;
Y sin vigor la bella y blanca frente,
Y queda el cuello apuesto, derribado.

—

No espero, y amo: y huyo ya, y porfío,
Y si busco pretesto á mi ventura
Es inútil, pues temo y descofío.

—

Y aquí dó el Bétis desigual varía
El curso, y vuelve, y trueca la corriente,
Un apartado puesto escogería.

—

Concci yo el poder de vuestros ojos,
Rendíme y sugeté mi libre cuello
Con aquejada cuita á mis enojos.
Tegióme en bellos lazos el cabello,
Que excede al oro arabio, la cadena,
Que el mal me acaba, y fuerza á sostenello.

—

Pueden de este apartado y gran asiento
Colocarte, ó sin par bellla Eliodora
En los giros de eterno movimiento.
Tú serás en el cielo nueva aurora,
Ante luciente sol, que muestre al dia
La riqueza y valor, que en tí atesora.

—

No quiso el claro Olimpo, ni pudiste,
Ya esperar más trabajos, y dejaste,
Alegre al cielo todo, á España triste.

—

Yo canté tu valor, y ahora canto
El premio merecido de tu gloria;
Aunque á la voz impide el tierno llanto.

—

Tendí al próspero céfiro la vela
De mi ligera nave en mar abierto,
Donde el peligro en vano se recela.

—

Yo procuro hacer vuestra belleza,
Perpétua con osado y noble canto,
Que en el tiempo asegure su grandeza.

—

Collados altos, bosque deleitoso,
Fuente abundosa y agradable puerto,
Testigos de mi bien y de mi reposo.

—

Llore Bétis los versos, que me oia;
Y tú, que no te ofendes de mis males
Llora conmigo, amor, la pena mia.
Las aves con sus cantos desiguales
Acompañan la voz de mi lamento,
Y de esta fuente rotos los cristales.
No es mi queja mayor que mi tormento

Que el corazon que tengo es bien bastante,
Para cualquier profundo sentimiento.
Más éste que padezco, va delante
A todos cuantos tiene el amor fiero,
No puede alguno ser su semejaute.
Desconfío, aborresco, amo, espero,
Y llega á tal extremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero, ó si nó quiero.
Testigo es de mis males el desierto,
Quo me vé en su desnuda y roja arena,
Vencido del dolor y casi muerto.
Cándida luna, que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mio:
¿Haz visto en otro amante, otra igual pe-
Esta triste ribera de afan llena, (na?
Qua vió desaparecer su blanca aurora,
Con mústio curso murmurando suena.
La sublime y bellísima Eliodora,
Roto el cansado y grave peso frio,
Abrasada en la eterna luz, que adora:
Es tutela del sacro esperio río.

Los gloriosos manes de Fernando de Herrera, quedaron llorando la temprana muerte de Leonor de Milan; las polillas roedoras, anidadas en los techos y las puertas, con su perpétuo crugidero, le

hacian coro, mientras nosotros asustados, descendíamos con inciertos pasos las escaleras, para huír de aquellos fatídicos lugares.

VII

Habiendo salido del Palacio, nos dirigimos á la contigua Iglesia Parroquial de «Santa María de Gracia,» de una nave con crucero, en cuya cúpula están pintados los blasones ilustres de la Casa de los señores Duques de Veragua, con la conocida leyenda:

A Castilla y á Leon,
Nuevo Mundo dió Colon.

Poco encontramos en esta Iglesia digno de renombranza. En el Altar Mayor una pintura de «Nuestra Señora de Belen,» del estilo de Alonso Cano. En el del Sagrario un «Niño de Jesús,» de la escuela de Juan Martinez Montañez, y

por último, otra pequeña escultura, que representa la «Pura y Limpia,» tan grave y correcta, como las que esculpian los severos cinceles de Gerónimo Hernandez, y un «San Cristóbal» del estilo de Zurbarán. (1)

VIII.

Antes de abandonar á la antigua «Vergentum,» quisimos beber el agua de la celebrada «Fuente del Algarrobo,» la cual, por su dulzura y delgadez, es digna de la antigua fama que disfruta.

(1) En el Panteon que está bajo el suelo del Crucero, hay dos grandes nichos, donde en arcones de madera, se guardan los huesos de los «Portugales,» primeros Condes de Gelves. Allí estarán, sin duda alguna, los de doña Leonor de Milan, la hermosa «Eliodora,» esperando oir, no la lira acorde del «Cantor de Lepanto,» sino la aterradora trompeta del Angel de la Resurrecion de la Carne.

A las cinco en punto de la tarde, montado en el mismo carruaje, salimos de tan pintoresco pueblecito para volvernos á Sevilla, despues de haber pasado siete horas alegres, tranquilas y felices, las cuales nunca jamás olvidaremos. Dios me guarde á V. muchos años como deseo.

LA COCINA DEL HOMBRE ETERNO. (1)

I.

En el invierno de 1764, tres sábios anticuarios, el uno natural de Granada, el otro de Córdoba, y el otro de Cádiz, buscando monumentos y ruinas, dignas de su erudito estudio, juntáronse casualmente en la moresca villa de Aznalcóllar, á cinco leguas de Sevilla.

Ya habian recorrido todas sus calles y sus plazas. Ya habian visitado su Par-

(1) Así llamado, por andar siempre vestido con ropas de unos mismos colores, clases y hechuras.

roquia, su Cementerio, su Pósito y su Ayuntamiento. Ya, en fin, habian atravesado sus alrededores, sin encontrar ninguna cosa digna de sus plumas, cuando al pasar por la calle de Sevilla, reparó el cordobés anticuario en la puerta de una casa, frontera á la del Hornillo. Lleno de alegría, señalando á la puerta, dijo á sus compañeros:

—Al fin, señores, hemos encontrado en Aznalcóllar algo apreciable. En esta casa espero consultar grandes antigüallas, que nos llenen de alto placer.

Los tres arqueologos penetraron en ella. Dos anchos pasillos, con dos puertas á los lados, daban entrada á una larga cocina, que se estendía á la izquierda. Un hombre alto, blanco, cano, de semblante sério, vestido de campo, como de cincuenta años, estaba sentado en un viejo sillon de adelfa, con asiento de tomiza, escogiendo pausadamente, sobre una mesa, un monton de trigo. Frontera al labrador, veíase, sentada tambien en otro sillon igual, á una mujer alta, morena y gruesa, ocupada en la misma faena. Era un honrado matrimonio, que

de aquella dulce manera compartía los trabajos domésticos.

Grande fué el gusto de nuestros anticuarios al echar una ojeada sobre todos los trastos y los muebles que adornaban á aquella vetustísima cocina. El labrador, al mirar invadida su casa por tres hombres desconocidos, levantándose de su asiento y dirigiéndoles la palabra, les habló así:

—Señores, ¿qué estais «aquellando» ahí? Yo no creia que tres sugetos, que parecen caballeros, se hubieran introducido en mi casa de un modo tan brusco y singular.

Al escuchar los tres arqueólogos el anterior razonamiento, trataron de disculparse, diciéndoles: que la aficion que profesaban á las antigüedades, era la única causa que los habia impelido á allanar su casa.

—Venimos, caballero, le dijo el granadino, á consultar los raros, viejos muebles que hay en esta cocina, para mandar sus diseños á la Academia arqueológica de París.

—Pues entonces, señores, les dijo el

buen labrador, consultad lo querais de esta cocina y de todas las habitaciones de mi casa.

II.

Muy contentos nuestros arqueólogos con lo que acababan de oir, comenzaron por un estante ó armario. El ilustre gaditano, que de los tres, era el más entendido en muebles vetustos, dijo.

—Amigos, este armario es, sin disputa alguna, del siglo de Neron. Pertenece á aquellos donde los verdugos de los primeros confesores de Jesucristo, los cristanos, guardaban las armas, con que, en medio de agudísimos dolores, los hacian morir. Su techo, sus puertas, sus cerraduras, su llave, todo, todo me afirma en lo que os dicho ¡Cuánto me alegraría yo de que Rodrigo Caro, Florian de Ocampo y Ambrosio de Morales, clarísimas lumbreras de las antigüeda-

des españolas, lo hubieran estudiado detenidamente.

Nada tuvieron que responder los dos arqueólogos á las razones científicas de su compañero el insigne gaditano.

El labrador, su mujer y su hija, linda muchacha de veinte años, llamada Adela, que acababa de entrar en la cocina, mirándose de hito en hito, se quedaron asombrados de poseer un escaparate tan antiquísimo, que habia escondido, en algun tiempo, los mismos puñales, los clavos y los cuchillos que derramaron tanta y tan preciosa sangre de los primeros católicos.

El laborioso cordobés, acercándose á una grande, descomunal tinaja, llena de agua potable que estaba junto á las hornillas, exclamó:

—¡Venid, amigos mios, venid á beber en la misma tinaja, donde, riéndose de los palacios alabastrinos de los reyes y de los poderosos de la tierra, se albergaba el inmortal Diógenes! Por este mismo que ahora metemos nuestros brazos, aquel filósofo celebérrimo sacó su cabeza, para suplicarle al soberbio conquis-

tador Alejandro «que no le quitase lo que no le podia dar.»

—No creo yo, le interrumpió el sábio cordobés, que esta tinaja sea griega. Las tinajas aticas no tenian esta figura, ni estaban hechas de esta clase de barro. En mi sentir, no es griega, sino romana.

III.

Altercada disputa se levantó entre los anticuarios sobre el orígen de la tinaja Pero despues de haber discutido largo tiempo, todos convinieron en que era romana, procedente de las ruinas de «Lelia,» de «Pésula» ó de «Itálica.»

Bastante alegre se mostraba el labrador y su familia al ir sabiendo la riqueza envidiable de los muebles de su cocina, que ellos, sin pena alguna, hubieran arrojado al muladar ó á la hoguera.

—Ahora, señores, les dijo el labrador

con tono bonachon, voy conociendo el aquél de estos muebles. Porque, como dice el refran: «el que no sabe, es lo mismo que el que no vé.» Yo los heredé de mis padres. Ignoro de quiénes los heredaron ellos. Conque así, estoy contentísimo de saber que tengo en mi cocina cosas tan raras y originales. De aquí en adelante yo tendré con ellos más cuidado que he tenido hasta hoy. ¡Pues no es nada la fecha del armario y de la tinaja! ¡Vaya, Mariana, vaya, dijo á su mujer, que estos caballeros han venido á llamarnos la atencion sobre unos objetos que nosotros en nada estimábamos! Cuidados ahora con extremo, hija mia, para que nunca se rompan ni se deterioren en lo más mínimo.

Acabadas estas palabras del labrador, los anticuarios prosiguieron en sus indagaciones. El granadino, mirando á los techos de la cocina, habló así:

—Alzad los ojos, amigos, para ver esas gruesas y negrísimas vigas. Ellas son las mismas que sostenian el Portal de Belen, la noche en que nació el Salvador del mundo. Esas ramas, que hacen

el oficio de tablas, son de los seis haces que sobraron á los Pastores que vinieron á adorar al Rey de los Reyes en aquel pesebre humildísimo, donde quiso nacer, para enseñarnos la humildad y la modestia.

Toda la familia del labrador, hincada de rodillas, cruzadas las manos, y los ojos clavados en el techo, permaneció estática largo rato, adorando á aquellas vigas y á aquellas ramas, que creian haber encerrado los ayes de la Vírgen, los llantos de Jesús, los cánticos de los Reyes Magos y de los Pastores.

—Esta es la misma puerta, señores, dijo el sábio cordobés, tocando á la que daba paso al corral de la cabaña de Melibeo, que Virgilio nos describe en sus «Bucólicas.» Reparad en estos rasguños, hechos con los cuernos de sus morruecos, ó las uñas de sus perros. En toda España, prosiguió, habrá una casa como esta, que conserve monumentos arqueológicos de tan extraordinario mérito.

VII

Habiendo los tres anticuarios subido una medio desbaratada escalera, que arrancaba de la cocina y conducía á los graneros, se pararon á la entrada de la puerta

—¿Sabeis, por ventura, amigos mios, les preguntó el docto granadino, á qué género de arquitectura pertenece esta puesta, que tenemos delante?

—A ninguno, contestó el profundo gaditano. No parece sino la de una mazmorra de Argel.

—Sí, dijo el castizo cordobés Yo he visto alguna que otra muy parecida en los castillos sarracenos de Marchenana, de Utrera, de Andújar y de Jaen. Bajemos, pues, porque juzgo que en esos saquizamis, no encontraremos sino ratones y salamanquesas.

Nuestros tres anticuarios bajaron á la cocina, donde habiéndose despedido

de toda aquella buena familia, pusiéronse en marcha. Cuando iban saliendo por la puerta de la calle, los detuvo el cordobés diciéndoles:

—Esta puerta vetustísima fué, señores, el monumento que me llamó la atencion. Por su causa hemos visto todo lo que encierra esta casa. Vamos ahora á estudiarla escrupulosamente. Confieso con franqueza que ignoro el siglo en que se hizo; pero mirando á su hechura, á sus clavos y á lo incrustrado de sus tablas, juzgo que pertenece á la «edad media,» y que serviría en las caballerías de algun castillo feudal. Aquí cerca estuvo el de Umbrete. No será extraño que proceda de este orígen.

—No, no, interrumpió con calor el gaditano. Ni esta puerta, ni ese zapato que sostiene la hoja derecha, haciendo que su quicio no se hunda son tan modernos, tanto la una como el otro, pertenecen á los tiempos fabulosos. Estos dos rarísimos monumentos son antidiluvianos. Si nó veremos este zapato. Entonces el honrado labrador, sugetando al gaditano, que ya se inclinaba para

cogerlo, le dijo: Deje V. ahí ese zapato, que si lo quita se cae la media puerta y nos estruja á todos.

Hasta ahora, dijo el granadino, dando una fuerte carcajada, jamás he visto una puerta sostenida por un zapato. Yo he visitado la Italia, la Grecia, la Siria, el Egipto y toda la dilatada costa de Berberia, buscando rarezas y antiguallas, y confieso con verdad que este zapato y esta puerta me han llamado mucho la atencion.

V.

Una polémica muy acalorada tuvieron los tres anticuarios sobre si aquel zapato perteneció á nuestro padre Adan, á Noé, á Platon ó á Licurgo, no habiendo, al fin, podido sacar en claro nada de su orígen.

—Toda esta admirable casa forma, dijo el cordobés, un bellísimo monumento arqueológico, que por desgracia l...

permanecido oculto hasta hoy. Por mi dictámen, se arrancaría de cimientos para, como la de la Vírgen, trasladarla, no á Loreto, sino al riquísimo Conservatorio de Lóndres ó de Viena.

Todo aquí respira antigüedad. Todo dá á conocer el lejano principio del mundo. Esta cocina no es árabe, gótica, romana, cartaginesa, fenicia ni céltica.

Su fundacion se pierde en la oscura noche de los siglos. Es, por último, señores, la «Cocina del Hombre Eterno.

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS. (1)

I.

Este es indudablemente, por el gran número de sus producciones, y por lo castizo de su estilo, uno de los primeros

---

(1) Tuve con él una buena amistad. Cuando en 1848 era Director de la «Gaceta» sin conocerme más que por mis humildes escritos, me convidó á escribir en ella, lo cual hice por término de dos años. En 1854 lo traté en Madrid siendo Secretario perpétuo de la Academia española. Conservo suyas muchas cartas autógrafas, en las cuales resaltan la modestia del literato, la amabilidad del caballero y la nobleza del riojano.

escritores de nuestro actual repertorio cómico.

Dotado el señor Breton de los Herreros de ese talento especial que estudia al hombre á fondo, y de ese tacto «sui generis,» que para criticarlo en lo que tiene de vituperable, ni lo rebaja demasiado, ni menos lo denigra con incultos dicterios, ha sabido dar á sus trabajos cómicos cierto gusto y cierta novedad, los cuales distraen, encantan y conmueven el ánimo de los espectadores.

En todas las comedias de este apreciable ingenio, campean graciosamente los chistes y las sales, siendo en ellas la risa, pero la risa inocente, el colorido más notable.

Unas veces se muestra lozano y fácil como Lopez, otras austero y grave como Tirso A ocasiones, el más delicado epigrama viene á cerrar, con mucho efecto. una escena semi-séria.

Florida y dulce versificacion, correcto lenguaje, diálogos floridos y amenos, que corren como los pequeños torrentes que se resbalan de las montañas para venir á serpear en las praderas entre

flores y verduras, mucha atencion y tino en observar las reglas clásicas, hé aquí las más principales excelencias de las obras de este literato tan modesto como estimable.

Sábio observador, el señor Breton de los Herreros de las puerilidades y de las demencias de nuestro siglo, y penetrador profundo de eso, que hoy llaman «gran mundo, gran tono, altas regiones sociales,» que Moreto y Calderon felizmente desconocieron, porque en sus tiempos «estériles,» la lengua castellana no se había enriquecido todavía con esas bellas frases, ha podido mejor que otros, dar á sus creaciones, toda la gracia, la gala y la frescura de un poeta, con toda la severidad, la conciencia y la verdad de un filósofo.

En prueba de esto, entre sus muchos lindísimos trabajos cómicos, léase con cuidadosa reflexion su justamente aplaudida comedia titulada «El pelo de la dehesa,» comedia, atendida su forma; juguete teatral, atendido su objeto.

El argumento de esta comedia no

puede ser ni más verosímil, ni más patricio. Se reduce, pues, como todos saben, á pintar un ricachon y naturalote aragonés, criado allá en un rincon de su provincia, y de consiguiente, teniendo encima todavía lo que indica su gracioso título, y una cortesana marquesa, pobre y llena de deudas, la cual, no obstante de que conoce la nativa é indomable aspereza del «belchitano,» quiere, forzada por el triste y tremendo «auris sacra fames.» desposarlo con su remilgada hija.

Pero que, ¿en medio de la sencillez misma de su argumento, el célebre poeta don Manuel Breton de los Herreros, no ha logrado sacar grande partido de la eterna é interesante lucha del rico aragonés «D. Frutos Calamocha,» soñando á todas horas con su «Belchite,» con sus perros, con sus mulas, con sus yugadas de tierra, y con sus juegos de barra y de pelota, y de la pobre cortesana marquesa, su presunta suegra, ó como hoy dicen las gentes de buen tono, «su madre política,» deseando vaciarle al sencillo lugareño, sus talegas, sus graneros, sus cubas, sus toneles, sus bodegas y hasta el

quilo? Sí, mucho, muchísimo ha sacado.

Presentando, pues, en su verdadero punto de vista, la sociedad madrileña del siglo XIX en la avara marquesa, y el atraso y la incultura de Aragon en el desabrido y rústico «don Frutos Calamocha,» ha dado una gran pincelada á la historia.

Tiene, esta comedia, sin embargo de todo lo dicho. algunos leves lunares algunas pequeñas faltas, que poco rebajan su mérito.

Bien puede, pues, el señor don Manuel Bretou de los Herreros descansar en la firme y dulce confianza de que el «Pelo de la dehesa,» es una de sus obras cómicas que pasará ciertamente á la posteridad más remota. En ella, libre de émulos sarcárticos envidiosos, resonarán sus glorias y su nombre en todos los coliseos castellanos, y ¡oh eterno y cruel martirio del talento! allí sí, reunidas allí, aquellas lejanas naciones lé prodigarán entusiastas aplausos, estrepitosos bravos, cuando ya no los oiga. cnando ya, convertido en polvo, duerma modes-

to entre las negras y pavorosas sombra-
del sepulcro.

Sevilla 1 55.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

A LA MUERTE DEL GRAN POETA FERNANDO DE HERRERA

SONETO

El que subió por sendas nunca usadas
Del sacro monte á la más alta cumbre;
El que á una «Luz» se hizo todo lumbre
Y lágrimas en dulce voz cantadas;
El que con casta vena las sagradas
De Helicon y Pirene en muchedumbre
(Libre de toda humana pesadumbre)
Bebió y dejó en divinas transformadas:
Aquel á quien envidia tuvo Apolo
Porque á par de su «Luz» tiende su fama,
De donde nace á donde muere el dia:
El agradable al cielo, al suelo solo,
Vuelto en ceniza de su ardiente llama
Yace debajo desta losa fria.

La sentida muerte del príncipe de los poetas españoles, del Pindaro Sevillano, Fernando de Herrera, acaecida en su pátria en 1589, fué un suceso lamentabilísimo para nuestra literatura. Al bajar á la tumba dejaba vacío un puesto eminente, el cual no ha sido todavía por nadie ocupado. El vici-señor de la Andalucía, el Cisne del Guadalquivir que cantó á Lepanto, y llovió á Eliodora: el vate celebérrimo que, con sin igual destreza, unió en sus versos la ponpa bíblica con la belleza ática, debia ser cantado por sus contemporáneos. Todos los poetas castellanos de aquella época vinieron llorosos á derramar mústias azucenas sobre el sepulcro de su gran maestro. No hubo, pues, ninguno que no le dedicara una obra melancólica, que no pusiese en su lira un lazo de crespon, que no pulsase el arpa de ébano triste para rendirle en sacras endechas ó elegías el debido tributo de llanto y de respeto. Fernando de Herrera, con más justos títulos, que despues Lope de Vega, fué calebrado por todos sus admiradores.

Entre el número de aquellos poetas

se contó felizmente á nuestro inmortal Miguel de Cervantes. ¿Cómo este bellísimo ingenio no habia de romper en ayes lastimeros, al ver que Fernando de Herrera moría en medio de su gloria y de su celebridad? ¿Por ventura podia, sin llevar la nota de ingrato, permanecer callado en medio de aquel duelo nacional, de aquella general tristeza? No, mil veces no. Cervantes que lleno de entusiasmo recitaba, durante su oscura permanencia en Sevilla, los versos del divino Herrera, teniéndolos por los mejores de nuestro Parnaso: Cervantes que, en todas ocasiones, rendía tributo al mérito de Herrera: Cervantes, en fin, que siempre ensalzaba á Herrera, considerándolo como el más clásico y elevado de nuestros poetas, no podía menos de colocar tambien sobre su huesa algunos ramos de eternas siemprevivas. El anterior soneto prueba hasta la evidencia su amor al vate hispalense.

Examinemos, pues, detenidamente este soneto. Su facilidad y su soltura, prueban bien á las claras el sábio dominio que habia adquirido nuestro Cervan-

tes en la lengua de Mena, de Manrique y de Garcilaso. Ciertamente un buen crítico no escuchará en él los fuertes ecos de la lira Osiánica, ni los roncos sonidos del laud Píndárico. No verá tampoco los altos y súbitos arranques de Virgilio, ni las tintas trasparentes y suavísimas de Cátulo; pero en cambio reconocerá á maravilla, el tierno dolor y la pálida tristeza del gran Cervantes al escribirlo.

Que equívoco tan bello é ingenioso encierra el primer terceto. Cuán agradable imágen, á pesar de la incandente repeticion del adverbio de lugar «donde,» forma su último verso:

«De donde nace á donde muere el dia,»

Pero esta maestra repeticion, trabando más las voces, hace al verso robusto, cadencioso y magnífico. Parece imposible que á un pensamiento tan repetido, que á una antítesis ó contraposicion tan vulgarizada, se le haya podido dar tanta tersura y belleza.

El terceto final tiene buena disposi-

cion y mucho sentimiento, aunque las numerosas «des» y los tres «los,» le den un sonido desagradable, tosco y prosáico.

Aunque este soneto es bueno, aunque mirado en su totalidad, tiene bastante mérito; sin embargo, no lo juzgo yo digno, para llorar el fallecimiento del grande Herrera. Pero en esto siempre perdonaré á Cervantes; porque me huelgo en decir que al mismo Virgilio, al mismo Horacio, al mismo Tíbulo, al mismo Cátulo, al mismio Propercio, le hubiera costado mucho trabajo, le hubiera sido casi imposible cantar con dignidad la muerte del ilustre é inolvidable vate que con vena fecunda y armoniosa ensalzó á Lepanto y lloró la pérdida de la linda «Eliodora.» Para encontrar en asuntos tan delicados como el de este soneto música y colorido, se necesita subir al cielo y oir el arpa de los Angeles ó el salterio de los Serafines. Los hombres nunca pueden alcanzar tanto, los hombres jamás pueden llegar allá. Para ello, son muy estrechos sus entendimientos, sus facultades muy finitas.

Últimamente; si nuestro Miguel de Cervantes no ha dejado en este soneto un modelo de poesía, al menos ha trasmitido á la posteridad una clara muestra de su castiza versificacion, y un eterno y honroso monumento de su amor á Herrera, al soberbio Rey de los poetas sevillanos. Con esto ha hecho demasiado; con esto ha dejado bastante.

LOS HERIDOS.

I.

En el caloroso estío del año noventa de la Era Cristiana, cerca de «Carmo Bética» (Carmona), una airosa Centuria de caballería romana, herida casi toda por un fiero combate que acababa de librar en los campos de «Martia Augusta» (Marchena), permanecía de pié, al salir la aurora, en las orillas de pintoresco arroyuelo. Los quegidos y los ayes, entristecian aquellos silenciosos y risueños lugares. Muchos soldados estaban moribundos. El centurion Propercio, aunque en el brazo izquierdo, era el solo que, andando de acá á allá, auxiliaba

con sus palabras y sus obras aquellos bravos guerreros.

II.

Ya venía clareando el dia, cuando Propercio, que volvía á descansar á su tienda de campaña, vé venir á lo léjos, por el camino de «Romulea» (Sevilla), un hermoso Pastor. La curiosidad le forzó á esperarlo.

El Pastor llega. Con la más esquisita amabilidad saluda al Centurion. Este se inmuta. Calla. No sabe que contestarle. Un fuerte, profundo ¡ay!, como el tañido de la campana mortuoria, sale de su corazon, el cual vá á perderse entre los árboles y los matorrales de la vecina selva, ó entre las almenas, las murallas y los torreones de la cercana «Carmo Bética »

II.

La rizada, rubia cabellera del Pastor, su cara hermosa y simpática, sus ojos azules como el cielo, que despedian rayos de luz clarísima, sus manos de alabastro y pulcras, como las azucenas de los prados, y en fin, sus palabras electrizadoras y sus magestuosos pasos, fueron el asombro de toda la valiente Centuria.

Al estar en medio del círculo que formaba, el Pastor preguntó á Propercio.

—Centurion: ¿Qué tienen estos pobrecitos soldados?

—Están heridos.

—¿Y tú tambien?

—Yo tambien, (enseñándole el brazo.)

—¿Dónde fué la batalla.

—En los campos de la cercana «Martia Augusta.»

—¡Qué dolor! pero pronto se verán sanos.

—¿Haz estudiado la ciencia de Hipócrates) le pregunta el Centurion.

—No, pero sé la de mi Padre.

—Y ¿quién es tu Padre?

—El único Dios, uno y trino del cielo y de la tierra.

—Pues entonces, cura mi Centuria.

—Ya está curada, y bendiciéndola, desapareció.

Los moribundos, repentinamente, se levantan del suelo, los heridos cicatrizan sus llagas, y el Centurion, con su brazo ya sano, exclama así:

—«Soldados: este Pastor es Jesús, el hijo de María. ¡Bendito sea por los siglos de los siglos!

IV.

A los pocos dias de tan admirable acontecimiento, el Centurion Propercio y todos aquellos insignes batalladores, recibieron en la alegre «Carmo» las saludables aguas del bautismo de manos

de un Presbítero lusitano, que á la sazon estaba en la Bética.

Aquellos mismos soldados que habian vertido muchas veces su sangre por la soberbia Roma, comenzaron las campañas celestiales del humilde Jesús, en las que, por su heróico denuedo y su bravura, se distinguieron sobremanera.

LOS SEGADORES

I.

A los cien años de la muerte de Jesús en el Calvario, una numerosa cuadrilla de segadores romanos, que de la «Lusitania» venian á la «Bética» para trabajar en sus tenitoríos feraces se encontraron en el camino en el camino á una bellísima Pastora que, como ellos, tambien venia á la «Betica.»

II.

El maginero, jefe de los segadores, viéndola tan sola y desamparada le pregunta.

—Pastora: ¿dónde caminas?

—A «Carisia» «Aurelia,» en la Betica, Convento Jurídico de «Gades.»

Allá vamos tambien nosotros: para segar sus campos, los cuales, siete años tienen una pingüe cosecha. ¿Quieres, que te acompañemos?

—Bueno: no tengo inconveniente, contestó la Pastora.

III.

El manigero y los segadores romanos caminaban, llenos de gran curiosidad. El glorioso semblante de la Pastora les

infundia respeto profundo, sus amables palabras reverente cariño, y lo que más los admiraba era ver, que las flores nacian, repentinamente, en la tierra á la sola impresion de sus plantas y los pajarillos cantaban á su paso. Esto los llenaba de sorpresa, causándoles pasmo y asombro.

IV.

Una mañana que pararon á almorzar en una casa de campo, cerca de «Hesperia,» (Espera), el manigero, no pudiendo por más tiempo contener su anciosa curiosidad, le dijo:

—Pastora: yo, y estos segadores, desde que te uniste con nosotros, venimos admirados, creyéndote una Divinidad, por las cosas sobrenaturales que vemos en tí ¿Eres Vénus, Minerva, Diana ó Palas, en forma de Pastora?

—No, no soy Vénus, Minerva, Diana ni Palas, en forma de Pastora, sino una mujer solamente.

—Lo será, pero lo dudo, no lo creo; porque á una mujer solamente no le cantan las avecillas como á tí, ni le brotan flores debajo de los piés.

—Pues vás á arrancar mi secreto. Yo soy María, la madre de Cristo, y tuya, y de estos segadores y de todo el linage humano, al cual he concurrido á salvarlo desde el pié de la Cruz, donde murió mi Hijo Santísimo.

V.

El manigero y los segadores romanos, al acabar María estas dulces palabras, arrodillados á los piés de la Señora, exclamaron á una voz.

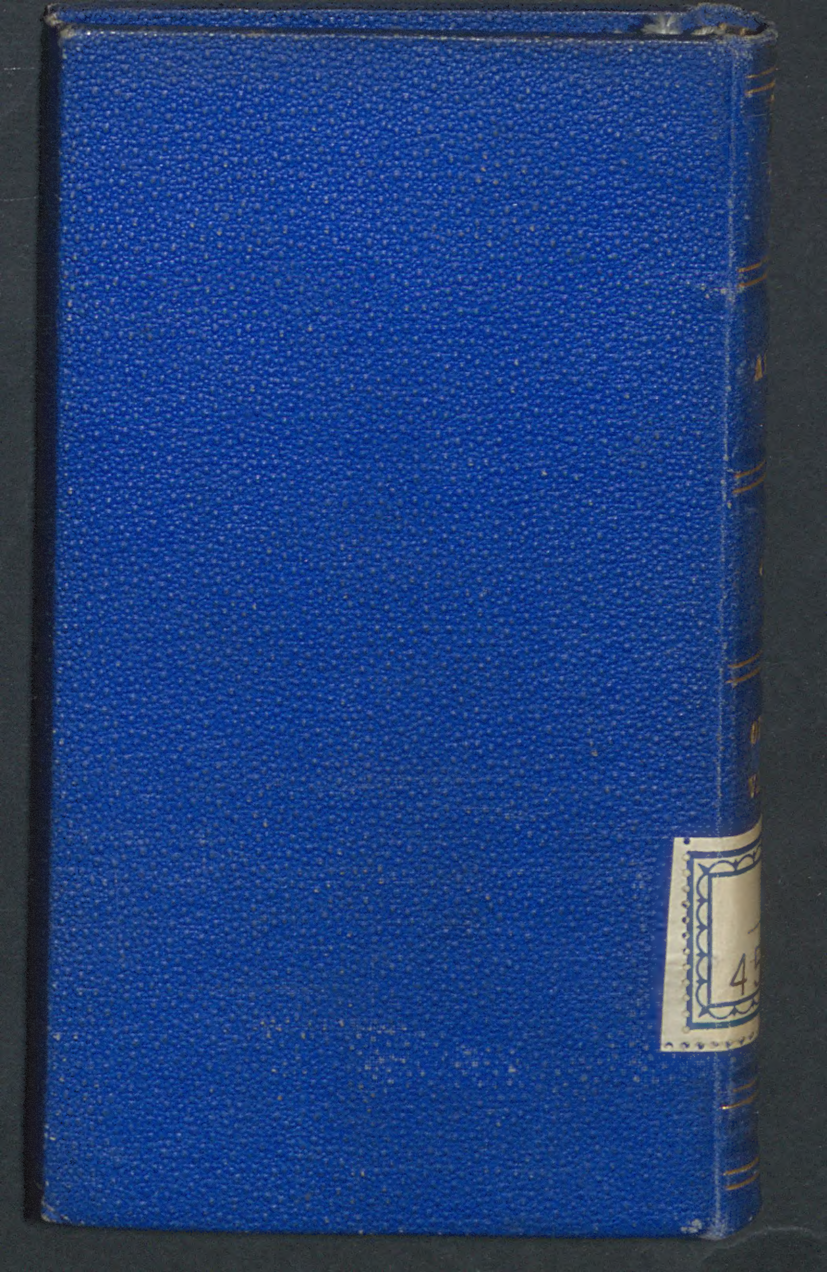
—¡María, madre amantísima, lirio de las florestas, azucena de los valles, queremos ser cristianos y arrojar de nuestros corazones las feas manchas del paganismo. Tú y sola tú, eres el amparo, la alegría y la Diosa de los hijos de los hombres.

VI.

La Vírgen desapareció de repente, quedando los segadores romanos como electrizados, caidos en el suelo, oyendo en las Alturas cantos dulcísimos al compás de arpas y salterios de los Angeles y de los Serafines, que penetrando hasta el fondo de sus corazones, dejaron en ellos la paz serena, la dulce alegría de los justos y de los santos de la tierra.

Los segadores llegaron á «Carissa Aurelia,» donde un cristiano sacerdote de «Gades» (Cádiz) que, por falta de salud, pasaba una temporada en aquella colonia romana, los baustizó en secreto, entrándolos en el rebaño del Buen Pastor.

Vueltos á Lusitania, estendieron entre los recien convertidos al cristianismo, la sencilla y dulce devocion á María, cuya Señora, en la hora de sus muertes, los cubrió con su amoroso manto, llevándolos á gozar las delicias de la Gloria.




AZEVES
OBRAS
VARIAS
Ha
4583

colorchecker CLASSIC

mm

calibrite